



Jack London

La Fuerza de los Fuertes y otros relatos



E LEJANDRIA



Jack London

La Fuerza de los
Fuertes y otros
relatos



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA FUERZA DE LOS FUERTES Y OTROS RELATOS

JACK LONDON

PUBLICADO: 1914
FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LA FUERZA DE LOS FUERTES

Las parábolas no mienten, pero los mentirosos parabolizan.

—*Rey-Labio.*

El viejo Barba-Larga hizo una pausa en su relato, se lamió los dedos grasientos y se los limpió en los costados desnudos, donde la única piel de oso hecha jirones que llevaba no alcanzaba a cubrirlo. Agachados a su alrededor, en cuclillas, había tres hombres jóvenes, sus nietos: Corre-Ciervos, Cabeza-Amarilla y Miedo-a-la-Oscuridad. De aspecto eran muy parecidos. Piel de animales salvajes los cubrían a medias. Eran de constitución magra y escuálida, estrechos de caderas y de piernas torcidas, y al mismo tiempo de pecho profundo, con brazos pesados y manos enormes. Tenían mucho pelo en el pecho y los hombros, y en la parte exterior de brazos y piernas. Llevaban la cabeza enmarañada de pelo sin cortar, largos mechones que a menudo les caían delante de los ojos, negros y brillantes como cuentas, como los ojos de los pájaros. Eran estrechos entre los ojos y anchos entre las mejillas, mientras que sus mandíbulas inferiores eran prominentes y macizas.

Era una noche de estrellas claras, y debajo de ellos, extendiéndose a lo lejos, se sucedían hilera tras hilera de colinas cubiertas de bosque. En la distancia, el cielo estaba rojo por el resplandor de un volcán. A sus espaldas se abría la boca negra de una cueva, de la que, de vez en cuando, soplaban ráfagas de aire. Justo delante de ellos ardía una hoguera. A un lado, parcialmente devorada, yacía la res de un oso, y alrededor, a respetuosa distancia,

varios perros grandes, hirsutos y con aspecto de lobo. Junto a cada hombre yacían su arco y sus flechas y una enorme maza. En la boca de la cueva había varias lanzas toscas apoyadas contra la roca.

—Así que así fue como pasamos de la cueva al árbol —habló el viejo Barba-Larga.

Se rieron a carcajadas, como niños grandes, al recordar una historia anterior que sus palabras traían a la memoria. Barba-Larga también rio, y el punzón de hueso de doce centímetros que llevaba atravesado por el cartílago de la nariz saltaba y bailaba, añadiendo a su aspecto feroz. No pronunciaba exactamente las palabras aquí escritas, sino que hacía con la boca sonidos animales que significaban lo mismo.

—Y eso es lo primero que recuerdo del Valle del Mar —siguió Barba-Larga—. Éramos un grupo muy necio. No conocíamos el secreto de la fuerza. Pues, mirad, cada familia vivía por su cuenta y se cuidaba a sí misma. Había treinta familias, pero no sacábamos fuerza los unos de los otros. Nos temíamos continuamente unos a otros. Nadie hacía nunca visitas. En lo alto de nuestro árbol construimos una casa de hierba, y en la plataforma de fuera había un montón de piedras, que eran para las cabezas de cualquiera que se le ocurriera intentar visitarnos. También teníamos nuestras lanzas y flechas. Tampoco caminábamos nunca bajo los árboles de las otras familias. Mi hermano lo hizo una vez, bajo el árbol del viejo Boo-oogh, y le rompieron la cabeza, y ese fue su fin.

—El viejo Boo-oogh era muy fuerte. Se decía que podía arrancarle la cabeza a un hombre adulto de un tirón. Nunca oí que lo hiciera, porque ningún hombre le daba ocasión. Padre tampoco. Un día, cuando padre estaba abajo, en la playa, Boo-oogh fue tras madre. Ella no podía correr deprisa, porque el día anterior un oso le había arañado la pierna cuando andaba por el monte recogiendo bayas. Así que Boo-oogh la atrapó y se la llevó a su árbol. Padre nunca la recuperó. Tenía miedo. El viejo Boo-oogh le hacía muecas.

—Pero a padre no le importaba. Brazo-Fuerte era otro hombre fuerte. Era uno de los mejores pescadores. Pero un día, trepando en busca de huevos de gaviota, se cayó del acantilado. Nunca volvió a ser fuerte después de aquello. Tosía mucho, y los hombros se le iban juntando. Así que padre le quitó la esposa a Brazo-Fuerte. Cuando este venía y tosía bajo nuestro árbol, padre se reía de él y le tiraba piedras. Así eran nuestras costumbres en aquellos tiempos. No sabíamos sumar las fuerzas y hacernos fuertes.

—¿Un hermano le quitaría la esposa a otro hermano? —preguntó Corre-Ciervos.

—Sí, si se había ido a vivir a otro árbol, solo.

—Pero ahora no hacemos esas cosas —objetó Miedo-a-la-Oscuridad.

—Es porque yo he enseñado mejor a vuestros padres. —Barba-Larga hundió su zarpa peluda en la carne del oso y sacó un puñado de sebo, que chupó con aire meditabundo. Volvió a limpiarse las manos en los costados desnudos y continuó—: Lo que os cuento sucedió hace mucho, mucho tiempo, antes de que supiéramos hacerlo mejor.

—Debíais de ser unos necios, para no saberlo mejor —comentó Corre-Ciervos, mientras Cabeza-Amarilla gruñía su aprobación.

—Lo éramos, sí, pero llegamos a ser necios mayores, como veréis. Aun así, aprendimos a hacerlo mejor, y así fue como sucedió. Nosotros, los Comedores de Pescado, no habíamos aprendido a sumar nuestra fuerza hasta que nuestra fuerza fue la fuerza de todos nosotros juntos. Pero los Comedores de Carne, que vivían al otro lado del collado, en el Valle Grande, se mantenían juntos, cazaban juntos, pescaban juntos y luchaban juntos. Un día entraron en nuestro valle. Cada una de nuestras familias se metió en su propia cueva o árbol. Los Comedores de Carne no eran más que diez, pero lucharon juntos, mientras que nosotros luchamos cada familia por su lado.

Barba-Larga contó largo rato con los dedos, perplejo.

—Éramos sesenta hombres —fue lo que consiguió decir con los dedos y los labios a la vez—. Y éramos muy fuertes, solo que no lo sabíamos. Así que vimos cómo los diez hombres atacaban el árbol de Boo-oogh. Él luchó bien, pero no tuvo ninguna oportunidad. Nosotros mirábamos. Cuando algunos de los Comedores de Carne intentaron trepar al árbol, Boo-oogh tuvo que asomarse para arrojarles piedras a la cabeza, y entonces los demás Comedores de Carne, que esperaban precisamente eso, lo llenaron de flechas. Y ese fue el fin de Boo-oogh.

—Después, los Comedores de Carne atraparon a Un-Ojo y a su familia en su cueva. Encendieron fuego en la entrada y los ahumaron para sacarlos, igual que hoy hemos ahumado a ese oso de ahí. Luego fueron a por Seis-Dedos, a su árbol, y mientras lo mataban a él y a su hijo ya crecido, el resto de nosotros huimos. Atraparon a algunas de nuestras mujeres, y mataron a dos ancianos que no podían correr deprisa y a varios niños. A las mujeres se las llevaron con ellos al Valle Grande.

—Después de aquello, el resto volvimos arrastrándonos, y, de algún modo, quizá porque teníamos miedo y sentíamos la necesidad de estar juntos, hablamos del asunto. Fue nuestro primer consejo, nuestro primer consejo de verdad. Y en aquel consejo formamos nuestra primera tribu. Porque habíamos aprendido la lección. De los diez Comedores de Carne, cada hombre había tenido la fuerza de diez, porque los diez habían luchado como un solo hombre. Habían sumado su fuerza. Pero de las treinta familias y los sesenta hombres que éramos, solo habíamos tenido la fuerza de un hombre, porque cada uno había luchado solo.

—Fue una gran conversación la que tuvimos, y fue una conversación difícil, porque entonces no teníamos las palabras que tenemos ahora para hablar. El Bicho inventó algunas de las palabras mucho después, y también otros de nosotros fuimos inventando palabras de vez en cuando. Pero al final acordamos sumar nuestra fuerza y ser como un solo hombre cuando los Comedores de Carne cruzaran el collado para robarnos las mujeres. Y aquello fue la tribu.

—Pusimos a dos hombres en el collado, uno para el día y otro para la noche, para vigilar si venían los Comedores de Carne. Eran los ojos de la tribu. Además, día y noche, había diez hombres despiertos con sus mazas, lanzas y flechas en la mano, listos para luchar. Antes, cuando un hombre iba a por pescado, o almejas, o huevos de gaviota, llevaba consigo sus armas, y la mitad del tiempo la pasaba consiguiendo comida y la otra mitad vigilando, por miedo a que algún otro hombre lo atrapara. Ahora todo aquello cambió. Los hombres salían sin sus armas y pasaban todo el tiempo consiguiendo comida. Del mismo modo, cuando las mujeres iban a las montañas a por raíces y bayas, cinco de los diez hombres iban con ellas para protegerlas. Y todo el tiempo, día y noche, los ojos de la tribu vigilaban desde lo alto del collado.

—Pero llegaron los problemas. Como siempre, era por las mujeres. Los hombres sin esposa querían las esposas de otros hombres, y hubo muchas peleas entre los hombres, y de vez en cuando a alguno le rompían la cabeza o le atravesaban el cuerpo con una lanza. Mientras uno de los vigías estaba en lo alto del collado, otro hombre le robó la esposa, y bajó a pelear. Entonces el otro vigía tuvo miedo de que alguien le quitara la suya, y bajó también. Además, hubo problemas entre los diez hombres que llevaban siempre sus armas, y lucharon cinco contra cinco, hasta que unos huyeron costa abajo y los otros corrieron tras ellos.

—Así fue como la tribu se quedó sin ojos ni guardias. No teníamos la fuerza de sesenta. No teníamos fuerza alguna. Así que celebramos un consejo e hicimos nuestras primeras leyes. Yo no era entonces más que un cachorro, pero lo recuerdo. Dijimos que, para ser fuertes, no debíamos luchar unos contra otros, e hicimos una ley: que cuando un hombre matara a otro, a él lo mataría la tribu. Hicimos otra ley: que a quien robara la esposa de otro hombre, a él lo mataría la tribu. Dijimos que a todo hombre que tuviera demasiada fuerza, y con esa fuerza dañara a sus hermanos de la tribu, a él lo mataríamos para que su fuerza no dañara más. Porque, si dejábamos que su fuerza hiciera daño, los hermanos se llenarían de miedo y la tribu se vendría abajo, y volveríamos a ser tan débiles

como cuando los Comedores de Carne vinieron por primera vez sobre nosotros y mataron a Boo-oogh.

—Hueso-de-Nudillo era un hombre fuerte, muy fuerte, y no conocía la ley. Solo conocía su propia fuerza, y en la plenitud de ella salió y tomó a la esposa de Tres-Almejas. Tres-Almejas intentó luchar, pero Hueso-de-Nudillo le machacó los sesos a golpes de maza. Pero Hueso-de-Nudillo había olvidado que todos nosotros habíamos sumado nuestra fuerza para mantener la ley entre nosotros, y a él lo matamos, al pie de su árbol, y colgamos su cuerpo de una rama como advertencia de que la ley era más fuerte que cualquier hombre. Porque la ley éramos nosotros, todos nosotros, y ningún hombre era más grande que la ley.

—Luego hubo otros problemas, porque sabed, oh Corre-Ciervos, y Cabeza-Amarilla, y Miedo-a-la-Oscuridad, que no es fácil hacer una tribu. Había muchas cosas, cosas pequeñas, y era un gran engorro llamar a todos los hombres para celebrar un consejo sobre ellas. Teníamos consejos por la mañana, al mediodía y por la noche, y en plena madrugada. Apenas encontrábamos tiempo para salir a buscar comida, por culpa de los consejos, porque siempre había alguna cosilla que resolver, como nombrar a dos vigías nuevos para ocupar el lugar de los viejos en la colina, o decidir cuánta comida debía corresponder a los hombres que llevaban siempre sus armas en la mano y no conseguían comida para sí mismos.

—Necesitábamos un hombre jefe que hiciera estas cosas, que fuera la voz del consejo, y que rindiera cuentas al consejo de lo que hacía. Así que nombramos jefe a Fith-Fith. Era también un hombre fuerte, y muy astuto, y cuando se enfadaba hacía un ruido igual que ese, *fith-fith*, como un gato montés.

—A los diez hombres que protegían la tribu los pusimos a construir un muro de piedras a través de la parte estrecha del valle. Las mujeres y los niños grandes ayudaron, igual que otros hombres, hasta que el muro quedó fuerte. Después de eso, todas las familias bajaron de sus cuevas y sus árboles y construyeron casas de hierba al abrigo del muro. Estas casas eran grandes y mucho mejores que

las cuevas y los árboles, y todos vivían mejor porque los hombres habían sumado su fuerza y se habían hecho tribu. Gracias al muro, y a los guardias, y a los vigías, había más tiempo para cazar, pescar y recoger raíces y bayas; había más comida, y mejor comida, y nadie pasaba hambre. Y Tres-Piernas, llamado así porque de niño se le habían aplastado las piernas y caminaba con un bastón, Tres-Piernas consiguió semilla de maíz silvestre y la plantó en la tierra del valle, cerca de su casa. También probó a plantar raíces gordas y otras cosas que encontraba en los valles de la montaña.

—Gracias a la seguridad del Valle del Mar, que se debía al muro, y a los vigías, y a los guardias, y porque había comida en abundancia para todos sin necesidad de pelear por ella, muchas familias llegaron de los valles de la costa, de uno y otro lado, y de las altas montañas del interior, donde habían vivido más como animales salvajes que como hombres. Y no pasó mucho tiempo antes de que el Valle del Mar se llenara, y en él hubiera familias sin cuento. Pero, antes de que sucediera esto, la tierra, que había sido libre para todos y de todos, se repartió. Tres-Piernas lo empezó cuando plantó maíz. Pero a la mayoría de nosotros la tierra no nos importaba. Pensábamos que marcar los lindes con cercas de piedra era una necesidad. Teníamos de sobra para comer, ¿qué más podíamos querer? Recuerdo que mi padre y yo construimos cercas de piedra para Tres-Piernas, y a cambio nos dieron maíz.

—Así que solo unos pocos se quedaron con toda la tierra, y Tres-Piernas se quedó con la mayor parte. Además, otros que habían tomado tierra se la cedieron a los pocos que la conservaban, a cambio de que les pagaran con maíz y raíces gordas, y pieles de oso, y pescado, que los agricultores conseguían de los pescadores a cambio de maíz. Y, antes de que nos diéramos cuenta, toda la tierra había desaparecido.

—Fue por esta época cuando murió Fith-Fith y nombraron jefe a Diente-de-Perro, su hijo. Él exigió que lo nombraran jefe de todos modos, porque su padre había sido jefe antes que él. Además, se tenía por un jefe más grande que su padre. Al principio fue un buen

jefe, y trabajó duro, de modo que al consejo le quedaba cada vez menos que hacer. Entonces se alzó una nueva voz en el Valle del Mar. Era Labio-Torcido. Nunca lo habíamos tenido en mucha estima, hasta que empezó a hablar con los espíritus de los muertos. Más tarde lo llamamos Gran-Gordo, porque comía en exceso, y no trabajaba, y se puso redondo y grande. Un día Gran-Gordo nos dijo que los secretos de los muertos eran suyos, y que él era la voz de Dios. Se hizo gran amigo de Diente-de-Perro, quien ordenó que le construyéramos a Gran-Gordo una casa de hierba. Y Gran-Gordo puso tabúes por todo alrededor de aquella casa y guardó a Dios dentro.

—Cada vez más, Diente-de-Perro se hizo más grande que el consejo, y cuando el consejo refunfuñó y dijo que nombraría un nuevo jefe, Gran-Gordo habló con la voz de Dios y dijo que no. Además, Tres-Piernas y los demás que tenían tierra respaldaban a Diente-de-Perro. Es más, el hombre más fuerte del consejo era León-Marino, y a él los terratenientes le dieron tierra en secreto, junto con muchas pieles de oso y cestos de maíz. Así que León-Marino dijo que la voz de Gran-Gordo era de verdad la voz de Dios y había que obedecerla. Y poco después nombraron a León-Marino voz de Diente-de-Perro, y él hacía la mayor parte de su hablar por él.

—Luego estaba Panza-Chica, un hombrecillo tan flaco por el centro que parecía no haber comido lo bastante en su vida. En la desembocadura del río, después de que la barra de arena hubiera peinado la fuerza del oleaje, construyó una gran nasa de pesca. Ningún hombre había visto ni imaginado nunca una nasa. Trabajó semanas en ella, con su hijo y su esposa, mientras el resto de nosotros nos reíamos de su trabajo. Pero, cuando estuvo terminada, el primer día pescó en ella más peces de los que la tribu entera podía pescar en una semana, y hubo gran regocijo por ello. Solo había otro sitio en el río para una nasa, pero, cuando mi padre y yo y una docena de hombres más empezamos a hacer una nasa muy grande, llegaron los guardias de la gran casa de hierba que habíamos construido para Diente-de-Perro. Y los guardias nos pincharon con sus lanzas y nos dijeron que nos fuéramos, porque

Panza-Chica iba a construir allí una nasa él mismo, por palabra de León-Marino, que era la voz de Diente-de-Perro.

—Hubo mucho refunfuñar, y mi padre convocó un consejo. Pero, cuando se levantó para hablar, León-Marino lo atravesó la garganta con una lanza, y murió. Y Diente-de-Perro y Panza-Chica, y Tres-Piernas y todos los que tenían tierra dijeron que aquello estaba bien. Y Gran-Gordo dijo que era la voluntad de Dios. Y después de eso, todos los hombres tuvieron miedo de levantarse en el consejo, y ya no hubo más consejo.

—Otro hombre, Quijada-de-Cerdo, empezó a criar cabras. Había oído hablar de ello entre los Comedores de Carne, y no pasó mucho tiempo antes de que tuviera muchos rebaños. Otros hombres, que no tenían tierra ni nasas, y que de otro modo habrían pasado hambre, se alegraron de trabajar para Quijada-de-Cerdo, cuidando sus cabras, protegiéndolas de los perros salvajes y los tigres, y llevándolas a los pastos de las montañas. A cambio, Quijada-de-Cerdo les daba carne de cabra para comer y pieles de cabra para vestir, y a veces cambiaban la carne de cabra por pescado, maíz y raíces gordas.

—Fue por esta época cuando nació el dinero. León-Marino fue el hombre que primero lo pensó, y lo habló con Diente-de-Perro y Gran-Gordo. Veréis, estos tres eran los que se llevaban una parte de todo lo que había en el Valle del Mar. Un cesto de cada tres de maíz era suyo, un pez de cada tres, una cabra de cada tres. A cambio, alimentaban a los guardias y a los vigías, y se quedaban con el resto para sí. A veces, cuando se hacía una gran pesca, no sabían qué hacer con toda su parte. Así que León-Marino puso a las mujeres a hacer dinero con conchas: piececitas redondas, con un agujero en cada una, todas pulidas y finas. Se ensartaban en cordeles, y a los cordeles los llamaban dinero.

—Cada cordel valía treinta peces, o cuarenta peces, pero a las mujeres, que hacían un cordel al día, les daban dos peces a cada una. Los peces salían de las partes de Diente-de-Perro, Gran-Gordo y León-Marino, que los tres no se comían. Así que todo el dinero les

pertenecía a ellos. Entonces le dijeron a Tres-Piernas y a los demás terratenientes que tomarían su parte de maíz y raíces en dinero, a Panza-Chica que tomarían su parte de pescado en dinero, a Quijada-de-Cerdo que tomarían su parte de cabras y queso en dinero. Así, un hombre que no tenía nada trabajaba para uno que sí tenía, y le pagaban en dinero. Con ese dinero compraba maíz, y pescado, y carne, y queso. Y Tres-Piernas y todos los dueños de las cosas pagaban a Diente-de-Perro, a León-Marino y a Gran-Gordo su parte en dinero. Y ellos pagaban a los guardias y a los vigías en dinero, y los guardias y los vigías compraban su comida con el dinero. Y, como el dinero era barato, Diente-de-Perro hizo guardias a muchos hombres más. Y, como el dinero era barato de hacer, varios hombres empezaron a hacer dinero de concha por su cuenta. Pero los guardias les clavaron lanzas y los llenaron de flechas, porque estaban intentando romper la tribu. Era malo romper la tribu, porque entonces los Comedores de Carne vendrían por el collado y los matarían a todos.

—Gran-Gordo era la voz de Dios, pero tomó a Costilla-Rota y lo hizo sacerdote, de modo que este se convirtió en la voz de Gran-Gordo y hacía la mayor parte de su hablar por él. Y ambos tenían otros hombres que les servían. Así también Panza-Chica, Tres-Piernas y Quijada-de-Cerdo tenían otros hombres que se tumbaban al sol junto a sus casas de hierba, les llevaban mensajes y daban órdenes. Y cada vez apartaban a más hombres del trabajo, de modo que los que quedaban trabajaban más duro que nunca. Parecía que los hombres deseaban no trabajar y se esforzaban por buscar otras formas de que otros trabajaran para ellos. Ojos-Torcidos encontró una de esas formas. Hizo el primer aguardiente de maíz. Y a partir de entonces no volvió a trabajar, porque habló en secreto con Diente-de-Perro y Gran-Gordo y los demás amos, y se acordó que él sería el único que hiciera aguardiente. Pero Ojos-Torcidos mismo no trabajaba nada. Otros hombres le hacían el aguardiente, y él les pagaba en dinero. Luego vendía el aguardiente por dinero, y todos los hombres compraban. Y muchos cordeles de dinero les dio a Diente-de-Perro y a León-Marino y a todos ellos.

—Gran-Gordo y Costilla-Rota respaldaron a Diente-de-Perro cuando tomó su segunda esposa, y su tercera esposa. Dijeron que Diente-de-Perro era distinto de los demás hombres, y solo por debajo de Dios, a quien Gran-Gordo guardaba en su casa tabú, y Diente-de-Perro decía lo mismo, y quería saber quiénes eran ellos para refunfuñar sobre cuántas esposas tomaba. Diente-de-Perro mandó hacer una gran canoa, y apartó del trabajo a muchos hombres más, que no hacían nada y se tumbaban al sol, salvo cuando Diente-de-Perro salía en la canoa, que entonces remaban por él. E hizo a Cara-de-Tigre jefe de todos los guardias, de modo que Cara-de-Tigre se convirtió en su brazo derecho, y cuando no le gustaba un hombre, Cara-de-Tigre lo mataba por él. Y Cara-de-Tigre, a su vez, hizo de otro hombre su brazo derecho, para dar órdenes y matar por él.

—Pero esta era la cosa extraña: a medida que pasaban los días, los que quedábamos trabajábamos cada vez más duro, y sin embargo comíamos cada vez menos.

—¿Pero qué hay de las cabras y el maíz y las raíces gordas y la nasa? —intervino Miedo-a-la-Oscuridad—. ¿Qué hay de todo eso? ¿Acaso no se conseguía más comida con el trabajo del hombre?

—Así es —convino Barba-Larga—. Tres hombres en la nasa conseguían más pescado que toda la tribu antes de que hubiera nasa. Pero ¿no os he dicho que éramos necios? Cuanta más comida éramos capaces de conseguir, menos comida teníamos para comer.

—¿Pero no era evidente que los muchos hombres que no trabajaban se lo comían todo? —preguntó Cabeza-Amarilla.

Barba-Larga asintió con tristeza.

—Los perros de Diente-de-Perro estaban atiborrados de carne, y los hombres que se tumbaban al sol y no trabajaban rebosaban de grasa, y, al mismo tiempo, había niños pequeños que se dormían llorando, con el hambre mordiéndolos a cada gemido.

El relato del hambre espoleó a Corre-Ciervos a arrancar un trozo de carne de oso y asarlo en un palo sobre las brasas. Se lo devoró

chasqueando los labios, mientras Barba-Larga continuaba:

—Cuando refunfuñábamos, Gran-Gordo se levantaba, y con la voz de Dios decía que Dios había elegido a los hombres sabios para poseer la tierra y las cabras y la nasa y el aguardiente, y que sin esos hombres sabios todos seríamos animales, como en los días en que vivíamos en los árboles.

—Y se alzó uno que se hizo cantor de canciones para el rey. A él lo llamaban el Bicho, porque era pequeño y torpe de rostro y de miembros, y no destacaba ni en el trabajo ni en la hazaña. Le encantaban los huesos de tuétano más gordos, el pescado más selecto, la leche tibia recién sacada de las cabras, el primer maíz maduro y el sitio calentito junto al fuego. Y así, al hacerse cantor de canciones para el rey, encontró la manera de no hacer nada y estar gordo. Y cuando el pueblo refunfuñaba cada vez más, y algunos tiraban piedras contra la casa de hierba del rey, el Bicho cantaba una canción de lo bueno que era ser un Comedor de Pescado. En su canción decía que los Comedores de Pescado eran los elegidos de Dios y los mejores hombres que Dios había hecho. Cantaba de los Comedores de Carne como cerdos y cuervos, y cantaba lo hermoso y bueno que era que los Comedores de Pescado lucharan y murieran haciendo la obra de Dios, que era matar Comedores de Carne. Las palabras de su canción eran como fuego dentro de nosotros, y clamábamos que nos llevaran contra los Comedores de Carne. Y nos olvidábamos de que teníamos hambre, y de por qué habíamos refunfuñado, y nos alegrábamos de que Cara-de-Tigre nos llevara al otro lado del collado, donde matábamos a muchos Comedores de Carne y quedábamos satisfechos.

—Pero las cosas no mejoraban en el Valle del Mar. La única forma de conseguir comida era trabajar para Tres-Piernas, o Panza-Chica, o Quijada-de-Cerdo, porque no había tierra que un hombre pudiera plantar de maíz para sí mismo. Y a menudo había más hombres de los que Tres-Piernas y los demás tenían trabajo que dar. Así que estos hombres pasaban hambre, y también sus esposas, y sus hijos, y sus madres ancianas. Cara-de-Tigre dijo que podían hacerse

guardias si querían, y muchos lo hicieron, y a partir de entonces no trabajaban en nada, salvo pinchar con la lanza a los hombres que sí trabajaban y que refunfuñaban por tener que alimentar a tantos holgazanes.

—Y cuando refunfuñábamos, el Bicho siempre cantaba canciones nuevas. Decía que Tres-Piernas y Quijada-de-Cerdo y los demás eran hombres fuertes, y que por eso tenían tanto. Decía que debíamos alegrarnos de tener hombres fuertes entre nosotros, pues de lo contrario pereceríamos por nuestra propia inutilidad y por los Comedores de Carne. Por tanto, debíamos alegrarnos de dejar que esos hombres fuertes se quedaran con todo lo que pudieran echar mano. Y Gran-Gordo, y Quijada-de-Cerdo, y Cara-de-Tigre, y todos los demás decían que era verdad.

—«Está bien —dijo Colmillo-Largo—, entonces yo también seré un hombre fuerte.» Y se consiguió maíz, y empezó a hacer aguardiente y a venderlo por cordeles de dinero. Y, cuando Ojos-Torcidos se quejó, Colmillo-Largo dijo que él mismo era un hombre fuerte, y que si Ojos-Torcidos hacía más ruido le machacaría los sesos. Ante esto, Ojos-Torcidos tuvo miedo y fue a hablar con Tres-Piernas y Quijada-de-Cerdo. Y los tres fueron a hablar con Diente-de-Perro. Y Diente-de-Perro habló con León-Marino, y León-Marino mandó un mensajero con un recado a Cara-de-Tigre. Y Cara-de-Tigre mandó a sus guardias, que quemaron la casa de Colmillo-Largo junto con el aguardiente que había hecho. Y también lo mataron a él y a toda su familia. Y Gran-Gordo dijo que aquello estaba bien, y el Bicho cantó otra canción sobre lo bueno que era observar la ley, y qué tierra tan hermosa era el Valle del Mar, y cómo todo hombre que amara el Valle del Mar debía salir a matar a los malos Comedores de Carne. Y de nuevo su canción fue como fuego para nosotros, y nos olvidamos de refunfuñar.

—Era muy extraño. Cuando Panza-Chica pescaba demasiado pescado, tanto que hacía falta un montón para venderlo por poco dinero, tiraba muchos de los peces de vuelta al mar, para que pagaran más dinero por lo que quedaba. Y Tres-Piernas a menudo

dejaba muchos campos grandes sin cultivar, para conseguir más dinero por su maíz. Y las mujeres hacían tanto dinero de concha que hacía falta mucho dinero para comprar con él, así que Diente-de-Perro detuvo la fabricación de dinero. Y las mujeres se quedaron sin trabajo, así que ocuparon el lugar de los hombres. Yo trabajaba en la nasa, y ganaba un cordel de dinero cada cinco días. Pero ahora mi hermana hacía mi trabajo, y ganaba un cordel de dinero cada diez días. Las mujeres trabajaban más barato, y había menos comida, y Cara-de-Tigre dijo que debíamos hacernos guardias. Solo que yo no podía hacerme guardia porque cojeaba de una pierna, y Cara-de-Tigre no me quería. Y había muchos como yo. Éramos hombres quebrados, y solo servíamos para mendigar trabajo o cuidar de los bebés mientras las mujeres trabajaban.

A Cabeza-Amarilla, también, el relato le dio hambre, y asó un trozo de carne de oso sobre las brasas.

—¿Pero por qué no os alzasteis, todos juntos, y matasteis a Tres-Piernas y a Quijada-de-Cerdo y a Gran-Gordo y a los demás, y conseguisteis suficiente para comer? —preguntó Miedo-a-la-Oscuridad.

—Porque no podíamos entender —respondió Barba-Larga—. Había demasiadas cosas en qué pensar, y además estaban los guardias clavándonos lanzas, y Gran-Gordo hablando de Dios, y el Bicho cantando canciones nuevas. Y cuando algún hombre pensaba bien, y lo decía, Cara-de-Tigre y los guardias lo atrapaban, y lo ataban a las rocas en marea baja, para que las aguas al subir lo ahogaran.

—Era algo extraño, el dinero. Era como las canciones del Bicho. Parecía correcto, pero no lo era, y tardamos en entenderlo. Diente-de-Perro empezó a acumular el dinero. Lo ponía en un gran montón, en una casa de hierba, con guardias que lo vigilaban día y noche. Y cuanto más dinero amontonaba en la casa, más caro se volvía el dinero, de modo que un hombre trabajaba más tiempo por un cordel de dinero que antes. Además, también, siempre había habladurías de guerra con los Comedores de Carne, y Diente-de-Perro y Cara-de-Tigre llenaron muchas casas de maíz, y pescado seco, y carne de

cabra ahumada, y queso. Y con la comida amontonada allí en montañas, el pueblo no tenía suficiente para comer. Pero ¿qué importaba eso? Cada vez que el pueblo refunfuñaba demasiado fuerte, el Bicho cantaba una canción nueva, y Gran-Gordo decía que era palabra de Dios que matáramos Comedores de Carne, y Cara-de-Tigre nos llevaba más allá del collado a matar y a morir. Yo no era lo bastante bueno para ser guardia y tumbarme gordo al sol, pero, cuando hacíamos guerra, Cara-de-Tigre se alegraba de llevarme con él. Y cuando nos habíamos comido toda la comida almacenada en las casas, dejábamos de luchar y volvíamos al trabajo para amontonar más comida.

—Entonces estabais todos locos —comentó Corre-Ciervos.

—Entonces estábamos de verdad todos locos —convino Barba-Larga—. Era extraño, todo aquello. Estaba Nariz-Partida. Decía que todo estaba mal. Decía que era verdad que nos hacíamos fuertes sumando nuestra fuerza. Y decía que, cuando formamos la tribu por primera vez, había sido justo que a los hombres cuya fuerza dañaba a la tribu los despojaran de su fuerza, esos hombres que machacaban las cabezas de sus hermanos y les robaban las esposas a sus hermanos. Y ahora, decía, la tribu no se hacía más fuerte, sino más débil, porque había hombres con otra clase de fuerza que dañaban a la tribu: hombres que tenían la fuerza de la tierra, como Tres-Piernas; que tenían la fuerza de la nasa, como Panza-Chica; que tenían la fuerza de toda la carne de cabra, como Quijada-de-Cerdo. Lo que había que hacer, decía Nariz-Partida, era despojar a esos hombres de su mala fuerza, ponerlos a todos a trabajar, y no dejar comer a ningún hombre que no trabajara.

—Y el Bicho cantó otra canción sobre hombres como Nariz-Partida, que querían volver atrás y vivir en los árboles.

—Pero Nariz-Partida decía que no, que él no quería volver atrás, sino ir hacia delante; que solo se hacían fuertes sumando su fuerza; y que, si los Comedores de Pescado sumaran su fuerza a la de los Comedores de Carne, no habría más luchas, ni más vigías, ni más

guardias, y que, trabajando todos los hombres, habría tanta comida que cada hombre no tendría que trabajar más de dos horas al día.

—Entonces el Bicho volvió a cantar, y cantó que Nariz-Partida era un holgazán, y cantó también el «Canto de las Abejas». Era una canción extraña, y los que la escuchaban se volvían locos, como si hubieran bebido aguardiente fuerte. La canción hablaba de un enjambre de abejas, y de una avispa ladrona que había venido a vivir con las abejas y que les robaba toda la miel. La avispa era holgazana, y les decía que no había necesidad de trabajar; también les decía que se hicieran amigos de los osos, que no eran ladrones de miel, sino solo muy buenos amigos. Y el Bicho cantaba con palabras torcidas, de modo que los que escuchaban sabían que el enjambre era la tribu del Valle del Mar, que los osos eran los Comedores de Carne, y que la avispa holgazana era Nariz-Partida. Y cuando el Bicho cantaba que las abejas escuchaban a la avispa hasta que el enjambre estuvo a punto de perecer, el pueblo gruñía y bufaba, y cuando el Bicho cantaba que al fin las abejas buenas se alzaron y mataron a la avispa a aguijonazos, el pueblo cogió piedras del suelo y apedreó a Nariz-Partida hasta matarlo, de modo que de él no quedó nada a la vista salvo el montón de piedras que le habían arrojado encima. Y hubo muchos pobres que trabajaban largo y duro y no tenían suficiente para comer que ayudaron a tirarle piedras a Nariz-Partida.

—Y, después de la muerte de Nariz-Partida, solo hubo otro hombre que se atrevió a alzarse y decir lo que pensaba, y ese hombre fue Cara-Peluda. «¿Dónde está la fuerza de los fuertes?», preguntó. «Los fuertes somos nosotros, todos nosotros, y somos más fuertes que Diente-de-Perro y Cara-de-Tigre y Tres-Piernas y Quijada-de-Cerdo y todos los demás que no hacen nada y comen mucho y nos debilitan con el daño de su fuerza, que es mala fuerza. Los hombres que son esclavos no son fuertes. Si el hombre que primero descubrió la virtud y el uso del fuego hubiera usado su fuerza, habríamos sido sus esclavos, igual que hoy somos esclavos de Panza-Chica, que descubrió la virtud y el uso de la nasa; y de los hombres que descubrieron la virtud y el uso de la tierra, y de las cabras, y del

aguardiente. Antes vivíamos en los árboles, hermanos míos, y ningún hombre estaba a salvo. Pero ya no luchamos unos con otros. Hemos sumado nuestra fuerza. Entonces, dejemos de luchar con los Comedores de Carne. Sumemos nuestra fuerza y la suya. Entonces seremos de verdad fuertes. Y entonces saldremos juntos, los Comedores de Pescado y los Comedores de Carne, y mataremos a los tigres y a los leones y a los lobos y a los perros salvajes, y apacentaremos nuestras cabras en todas las laderas y plantaremos nuestro maíz y nuestras raíces gordas en todos los valles altos de la montaña. Ese día seremos tan fuertes que todos los animales salvajes huirán ante nosotros y perecerán. Y nada nos resistirá, porque la fuerza de cada hombre será la fuerza de todos los hombres del mundo.»

—Así habló Cara-Peluda, y lo mataron, porque decían que era un hombre salvaje y quería volver atrás y vivir en un árbol. Era muy extraño. Cada vez que un hombre se alzaba y quería ir hacia delante, todos los que se quedaban quietos decían que iba hacia atrás y que había que matarlo. Y los pobres ayudaban a apedrearlo, y eran necios. Todos éramos necios, salvo los que estaban gordos y no trabajaban. A los necios los llamaban sabios, y a los sabios los apedreaban. Los hombres que trabajaban no tenían suficiente para comer, y los hombres que no trabajaban comían demasiado.

—Y la tribu siguió perdiendo fuerza. Los niños estaban débiles y enfermizos. Y, como no comíamos lo suficiente, extrañas enfermedades cayeron sobre nosotros, y morimos como moscas. Y entonces los Comedores de Carne cayeron sobre nosotros. Habíamos seguido demasiadas veces a Cara-de-Tigre al otro lado del collado y los habíamos matado. Y ahora venían a cobrárnoslo con sangre. Estábamos demasiado débiles y enfermos para defender el gran muro. Y nos mataron, a todos nosotros, salvo a algunas de las mujeres, a las que se llevaron con ellos. El Bicho y yo escapamos, y yo me escondí en los lugares más salvajes, y me hice cazador de carne, y no volví a pasar hambre. Le robé una esposa a los Comedores de Carne, y me fui a vivir a las cuevas de las altas montañas, donde no podían encontrarme. Y tuvimos tres hijos, y

cada hijo le robó una esposa a los Comedores de Carne. Y el resto ya lo sabéis, ¿pues no sois vosotros los hijos de mis hijos?

—¿Pero el Bicho? —preguntó Corre-Ciervos—. ¿Qué fue de él?

—Se fue a vivir con los Comedores de Carne, a ser cantor de canciones para el rey. Ahora es un anciano, pero canta las mismas canciones de siempre; y, cuando un hombre se alza para ir hacia delante, canta que ese hombre camina hacia atrás, para ir a vivir a un árbol.

Barba-Larga hundió la mano en la res del oso y chupó con las encías desdentadas un puñado de sebo.

—Algún día —dijo, limpiándose las manos en los costados—, todos los necios estarán muertos, y entonces todos los hombres vivos irán hacia delante. La fuerza de los fuertes será suya, y sumarán su fuerza, de modo que, de todos los hombres del mundo, no habrá uno que luche con otro. No habrá guardias ni vigías en los muros. Y todos los animales de caza serán matados, y, como dijo Cara-Peluda, todas las laderas se apacentarán de cabras y todos los altos valles de la montaña se plantarán de maíz y raíces gordas. Y todos los hombres serán hermanos, y ningún hombre se tumbará ocioso al sol para que lo alimenten sus semejantes. Y todo eso sucederá en el tiempo en que los necios estén muertos, y cuando ya no haya más cantores que se queden quietos cantando el «Canto de las Abejas». Las abejas no son hombres.

AL SUR DE LA RAJA

Al viejo San Francisco, que es el San Francisco de hace nada, el de la víspera del terremoto, lo partía por la mitad la Raja. La Raja era una grieta de hierro que recorría el centro de Market Street, y de ella subía el zumbido del cable incesante, sin fin, al que se enganchaban a voluntad los tranvías que arrastraba calle arriba y calle abajo. En realidad eran dos rajas, pero en la rápida gramática del Oeste se ahorra tiempo llamándolas, a ellas y a mucho más de lo que representaban, «la Raja». Al norte de la Raja estaban los teatros, los hoteles y el barrio comercial, los bancos y las serias y respetables casas de negocios. Al sur de la Raja estaban las fábricas, los barrios bajos, las lavanderías, los talleres mecánicos, los de calderería y las moradas de la clase obrera.

La Raja era la metáfora que expresaba la división de clases de la sociedad, y ningún hombre cruzó esa metáfora, en uno y otro sentido, con más éxito que Freddie Drummond. Tenía por costumbre vivir en los dos mundos, y en ambos vivió de manera señalada. Freddie Drummond era profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de California, y fue en calidad de profesor de sociología como cruzó por primera vez la Raja, vivió durante seis meses en el gran gueto obrero y escribió *El trabajador no cualificado*, libro que fue aclamado en todas partes como una valiosa contribución a la literatura del progreso y como una espléndida réplica a la literatura del descontento. En lo político y en lo económico, era todo lo ortodoxo que cabe imaginar. Los presidentes de las grandes compañías ferroviarias compraban ediciones enteras

para repartirlas entre sus empleados. Sólo la Asociación de Fabricantes distribuyó cincuenta mil ejemplares. En cierto modo, era casi tan inmoral como el célebre y tristemente afamado *Mensaje a García*, y en su perniciosa prédica de la parsimonia y la conformidad no le iba a la zaga a *El señor Wiggs del huerto de coles*.

Al principio, Freddie Drummond encontró enormemente difícil desenvolverse entre la gente trabajadora. No estaba habituado a sus costumbres, y ellos, desde luego, no lo estaban a las suyas. Desconfiaban. No tenía antecedentes. No podía hablar de trabajos anteriores. Tenía las manos blandas. Su exquisita cortesía resultaba inquietante. Su primera idea del papel que desempeñaría era el de un americano libre e independiente que elegía trabajar con las manos sin dar explicaciones. Pero no funcionó, como pronto comprendió. Al principio lo aceptaron, muy provisionalmente, como a un tipo raro. Algo después, conforme fue orientándose mejor, fue derivando sin darse cuenta hacia el papel que sí encajaba: el de un hombre que había conocido tiempos mejores, mucho mejores, pero que estaba pasando una racha de mala suerte, aunque, eso sí, sólo de forma temporal.

Aprendió muchas cosas, y generalizó mucho y a menudo con error, todo lo cual puede encontrarse en las páginas de *El trabajador no cualificado*. Sin embargo, se salvó, a la manera sensata y conservadora propia de su clase, calificando sus generalizaciones de «provisionales». Una de sus primeras experiencias fue en la gran Conservera Wilmax, donde lo pusieron a trabajar a destajo fabricando cajas pequeñas de embalaje. Una fábrica de cajas suministraba las piezas, y todo lo que Freddie Drummond tenía que hacer era encajarlas en un molde y clavar los clavos de alambre con un martillo ligero.

No era un trabajo cualificado, pero era a destajo. Los peones ordinarios de la conservera cobraban un dólar y medio al día. Freddie Drummond comprobó que los otros hombres que hacían el mismo trabajo que él trotaban a un ritmo pausado y ganaban un dólar setenta y cinco al día. Al tercer día fue capaz de ganar lo

mismo. Pero era ambicioso. No tenía ganas de trotar y, siendo un hombre excepcionalmente capaz y en forma, al cuarto día ganó dos dólares.

Al día siguiente, habiéndose forzado hasta una tensión agotadora, ganó dos dólares y medio. Sus compañeros de trabajo lo obsequiaron con ceños fruncidos y miradas torvas, y le hicieron comentarios en argot, sarcásticos y que él no entendía, acerca de lamerle las botas al jefe, de marcar el ritmo y de «aguantar el tipo cuando lleguen las lluvias». Se asombró de su pasotismo trabajando a destajo, generalizó sobre la pereza congénita del trabajador no cualificado, y al día siguiente se puso a martillear cajas por valor de tres dólares.

Y aquella noche, al salir de la conservera, sus compañeros de trabajo le salieron al paso: estaban muy enfadados y hablaban en argot de manera incoherente. No alcanzó a comprender el motivo que los impulsaba a actuar así. La acción en sí fue contundente. Cuando se negó a aflojar el ritmo y balbuceó sobre la libertad de contrato, el americanismo independiente y la dignidad del trabajo, procedieron a inutilizarle la capacidad de marcar el ritmo. Fue una pelea encarnizada, pues Drummond era un hombre corpulento y atlético, pero al final la pandilla le saltó sobre las costillas, le pisoteó la cara y le aplastó los dedos, de modo que sólo al cabo de una semana en cama pudo levantarse y buscar otro trabajo. Todo ello está debidamente narrado en aquel primer libro suyo, en el capítulo titulado «La tiranía del trabajo».

Algo más tarde, en otro departamento de la Conservera Wilmax, cargando como repartidor de fruta entre las mujeres, intentó cargar dos cajas de fruta a la vez y sus compañeros de reparto lo reprendieron de inmediato. Era un pasotismo evidente; pero él estaba allí, decidió, no para cambiar las condiciones, sino para observar. Así que a partir de entonces cargó una sola caja, y tan bien estudió el arte del escaqueo que le dedicó un capítulo especial, con los últimos párrafos consagrados a generalizaciones provisionales.

En aquellos seis meses trabajó en muchos empleos y se convirtió en una imitación muy lograda de un obrero auténtico. Era un lingüista nato, y llevaba cuadernos de notas en los que hacía un estudio científico del argot o jerga de los trabajadores, hasta que pudo hablar con bastante soltura. Ese lenguaje también le permitía seguir con mayor intimidad sus procesos mentales, y así reunir abundante material para un capítulo proyectado en algún futuro libro que pensaba titular *Síntesis de la psicología de la clase obrera*.

Antes de salir a la superficie tras aquella primera inmersión en el mundo subterráneo, descubrió que era un buen actor y demostró la plasticidad de su naturaleza. Él mismo se asombraba de su propia fluidez. Una vez dominado el lenguaje y vencidos numerosos escrúpulos de delicadeza, descubrió que podía fluir hacia cualquier rincón de la vida de la clase obrera y encajar en él tan perfectamente que se sentía cómodo como en casa. Según dijo en el prefacio de su segundo libro, *El trabajador*, se propuso conocer de verdad a la gente trabajadora, y la única manera posible de lograrlo era trabajar a su lado, comer su comida, dormir en sus camas, divertirse con sus diversiones, pensar sus pensamientos y sentir sus sentimientos.

No era un pensador profundo. No tenía fe en las teorías nuevas. Todas sus normas y criterios eran convencionales. Su tesis sobre la Revolución Francesa era notable en los anales universitarios, no sólo por su meticulosa y voluminosa exactitud, sino por ser el escrito más seco, más muerto, más formal y más ortodoxo que jamás se había escrito sobre el tema. Era un hombre muy reservado, y su inhibición natural era abundante en cantidad y acerada en calidad. Tenía muy pocos amigos. Era demasiado poco expresivo, demasiado frío. No tenía vicios, ni nadie le había descubierto tentación alguna. El tabaco le repugnaba, la cerveza le daba asco, y nunca se le conoció beber nada más fuerte que algún que otro vino ligero en la cena.

De estudiante de primer año lo habían bautizado «Nevera» sus compañeros de sangre más caliente. Como miembro del claustro lo conocían por «Frigorífico». Sólo tenía un motivo de pena, y ese era

«Freddie». Se lo había ganado cuando jugaba de defensa en el equipo universitario, y su alma formal no había conseguido sacudírselo de encima. «Freddie» sería siempre, salvo en lo oficial, y a través de pesadillescas perspectivas vislumbraba un futuro en que su mundo hablaría de él como «el viejo Freddie».

Porque era muy joven para ser doctor en sociología, sólo veintisiete años, y aparentaba menos. En aspecto y en porte era un universitario bien plantado y robusto, de rostro lampiño y modales fáciles, limpio, sencillo y saludable, con fama de ser un atleta espléndido y una vasta posesión implícita de esa fría cultura del tipo inhibido. Nunca hablaba de trabajo fuera del aula y de las salas de reuniones, salvo más adelante, cuando sus libros lo abrumaron con una notoriedad pública que le resultaba ingrata y cedió hasta el punto de leer ocasionales ponencias ante ciertas sociedades literarias y económicas.

Todo lo hacía bien, demasiado bien; y en el vestir y en el comportamiento era inevitablemente correcto. No es que fuera un dandi. Nada de eso. Era un universitario, en el vestir y en el porte tan igual a sí mismo como un guisante al tipo que en los últimos años sale tan generosamente de nuestras instituciones de enseñanza superior. Su apretón de manos era satisfactoriamente firme y rígido. Sus ojos azules eran fríamente azules y convincentemente sinceros. Su voz, firme y varonil, clara y nítida en la dicción, era agradable al oído. El único inconveniente de Freddie Drummond era su inhibición. Nunca se relajaba. En sus tiempos de jugador de fútbol, cuanto mayor era la tensión del partido, más frío se ponía. Era conocido como boxeador, pero se le consideraba un autómatas, con la precisión inhumana de una máquina que calibra distancias y mide golpes, que guarda, bloquea y contiene. Rara vez recibía castigo, y rara vez castigaba al adversario. Era demasiado hábil y demasiado controlado para permitirse poner un gramo más de peso en un golpe del que pretendía. Para él era una cuestión de ejercicio. Lo mantenía en forma.

Con el paso del tiempo, Freddie Drummond se encontró cruzando la Raja con mayor frecuencia y perdiéndose al sur de Market. Sus vacaciones de verano e invierno las pasaba allí, y tanto si era una semana como un fin de semana, le parecía que el tiempo empleado era valioso y agradable. Y había tanto material que recopilar. Su tercer libro, *Masa y poder*, se convirtió en libro de texto en las universidades americanas; y casi sin darse cuenta, ya estaba trabajando en un cuarto, *La falacia de los ineficientes*.

En algún lugar de su constitución había un extraño pliegue o capricho. Quizá era una reacción contra su entorno y su formación, o una semilla templada de sus antepasados, que habían sido hombres de libros generación tras generación; pero en cualquier caso, encontraba disfrute en adentrarse en el mundo de la clase obrera. En su propio mundo era «Frigorífico», pero ahí abajo era Bill Totts «el Grande», que sabía beber y fumar, y hablar en argot y pelear, y ser el favorito de todos. A Bill le quería todo el mundo, y más de una obrera se enamoró de él. Al principio no había sido más que un buen actor, pero con el tiempo la simulación se convirtió en segunda naturaleza. Ya no interpretaba un papel, y le encantaban las salchichas, las salchichas con beicon, alimentos ante los cuales, en su propia esfera, no había nada más repugnante.

De hacer las cosas por necesidad pasó a hacerlas por placer. Se sorprendía lamentándose cuando se acercaba el momento de volver al aula y a su inhibición. Y a menudo se sorprendía esperando con impaciencia que pasaran los soñolientos días para poder cruzar la Raja, soltarse y hacer de las suyas. No era un malvado, pero como Bill Totts «el Grande» hacía mil cosas que a Freddie Drummond nunca se le habrían permitido. Es más, Freddie Drummond nunca las habría querido hacer. Ésa era la parte más extraña de su descubrimiento. Freddie Drummond y Bill Totts eran dos criaturas totalmente distintas. Los deseos, los gustos y los impulsos de cada uno chocaban con los del otro. Bill Totts podía escaquearse en el trabajo con la conciencia tranquila, mientras que Freddie Drummond condenaba el escaqueo como vicioso, criminal y antiamericano, y le dedicaba capítulos enteros a denunciar ese vicio. A Freddie

Drummond no le gustaba bailar, pero Bill Totts no se perdía las noches en los distintos clubes de baile, como La Magnolia, La Estrella del Oeste y El Élite; y además ganó una maciza copa de plata de setenta y cinco centímetros de altura por ser el disfraz mejor sostenido en el gran baile de máscaras anual de los Carniceros y Trabajadores de la Carne. Y a Bill Totts le gustaban las chicas y a las chicas les gustaba él, mientras que Freddie Drummond se complacía en hacer el asceta en ese particular, se manifestaba abiertamente contrario al sufragio femenino y era cínicamente amargo en su condena secreta de la educación mixta.

Freddie Drummond cambiaba sus modales junto con la ropa, y sin esfuerzo. Cuando entraba en el cuartito que usaba como camerino para sus escenas de transformación, andaba con una rigidez excesiva. Se erguía demasiado, los hombros un par de centímetros demasiado echados hacia atrás, y su rostro era grave, casi duro, y prácticamente inexpresivo. Pero cuando salía con la ropa de Bill Totts era otra criatura. Bill Totts no se encorvaba, pero de algún modo todo su cuerpo se aflojaba y se volvía gracioso. Incluso el sonido de la voz cambiaba, y la carcajada era sonora y sincera, mientras que el habla suelta y algún que otro taco eran lo más natural de sus labios. Además, Bill Totts tenía cierta tendencia al trasnochar, y a veces, en las tabernas, a ponerse de buen humor pendenciero con otros obreros. Y en los picnics del domingo, o al volver del espectáculo, cualquiera de sus brazos traicionaba una familiaridad ejercitada al colarse por la cintura de las chicas, mientras desplegaba un ingenio vivo y delicioso en el coqueto palique que se esperaba de un buen tipo de su clase.

Tan por completo era Bill Totts él mismo, tan por completo un obrero, un verdadero habitante del sur de la Raja, que tenía tanta conciencia de clase como el promedio de los suyos, y su odio al esquirol superaba incluso al del sindicalista leal medio. Durante la Huelga del Frente Portuario, Freddie Drummond era capaz de algún modo de mantenerse al margen de aquella singular combinación y, con fría mirada crítica, observar cómo Bill Totts apaleaba alegremente a los estibadores esquiroles. Porque Bill Totts era

miembro de cuota de la Unión de Estibadores y tenía derecho a indignarse con los usurpadores de su puesto. Bill Totts «el Grande» era tan corpulento, y tan capaz, que era «el Grande» Bill el que avanzaba al frente cuando se oía bronca. De fingir sentimientos de ultraje, Freddie Drummond, en el papel de su otro yo, llegó a experimentar un ultraje genuino, y sólo cuando regresaba al ambiente clásico de la universidad era capaz, con sensatez y cautela, de generalizar sobre sus experiencias en el mundo subterráneo y plasmarlas en el papel como correspondía a un sociólogo formado. Que Bill Totts carecía de la perspectiva necesaria para elevarse por encima de la conciencia de clase era algo que Freddie Drummond veía con claridad. Pero Bill Totts no podía verlo. Cuando veía a un esquirolo quitándole el trabajo, le entraba ceguera al mismo tiempo, y poco más veía. Era Freddie Drummond, impecablemente vestido y aseado, sentado ante su mesa de estudio o encarando a su clase en *Sociología 17*, quien veía a Bill Totts, y todo lo que rodeaba a Bill Totts, y todo lo que rodeaba al problema completo del esquirolaje y el sindicalismo y su relación con el bienestar económico de los Estados Unidos en la lucha por el mercado mundial. Bill Totts, en realidad, no era capaz de ver más allá de la próxima comida y del combate de boxeo de la noche siguiente en el Club Atlético Gaiety.

Fue mientras recopilaba material para *Las mujeres y el trabajo* cuando Freddie recibió la primera advertencia del peligro en que se encontraba. Tenía demasiado éxito viviendo en los dos mundos. Aquel extraño dualismo que había desarrollado era, a fin de cuentas, muy inestable, y, al sentarse en su estudio a reflexionar, veía que no podía perdurar. Era en realidad una etapa de transición, y si persistía veía que inevitablemente tendría que abandonar uno de los dos mundos. No podía continuar en ambos. Y al contemplar la hilera de volúmenes que adornaban el estante superior de su librería giratoria, sus volúmenes, que empezaban por su tesis y terminaban con *Las mujeres y el trabajo*, decidió que ése era el mundo al que se aferraría y en el que permanecería. Bill Totts había cumplido su función, pero se había convertido en un cómplice demasiado peligroso. Bill Totts tendría que desaparecer.

El susto de Freddie Drummond se debía a Mary Condon, presidenta del Sindicato Internacional de Trabajadores del Guante n.º 974. La había visto por primera vez, desde la galería del público, en el congreso anual de la Federación Obrera del Noroeste, y la había visto con los ojos de Bill Totts, y ese individuo había quedado muy favorablemente impresionado por ella. No era en absoluto el tipo de Freddie Drummond. ¿Qué importaba que fuera una mujer de cuerpo regio, grácil y nerviosa como una pantera, con unos ojos negros asombrosos que podían llenarse de fuego o de risa amorosa según lo dictase el estado de ánimo? Le repugnaban las mujeres con una vitalidad demasiado exuberante y una falta de... bueno, de inhibición. Freddie Drummond aceptaba la doctrina de la evolución porque estaba bastante universalmente aceptada entre los universitarios, y creía a rajatabla que el hombre había trepado por la escala de la vida desde el lodazal hirviente y el fango de los organismos inferiores y monstruosos. Pero le avergonzaba un poco esa genealogía y prefería no pensar en ella. De ahí que, probablemente, practicara su férreo control y lo predicara a los demás, y prefiriera mujeres de su propio tipo, que pudieran sacudirse esa ancestral y lamentable línea bestial y, mediante la disciplina y el dominio de sí mismas, acentuar la amplitud del abismo que las separaba de lo que habían sido sus remotos antepasados.

Bill Totts no tenía ninguna de esas consideraciones. Le había gustado Mary Condon desde el momento en que sus ojos posaron en ella por primera vez en la sala del congreso, y se había propuesto, allí mismo, averiguar quién era. La siguiente vez que se encontró con ella, y de manera completamente fortuita, fue cuando conducía un carro de transporte para Pat Morrissey. Fue en una casa de huéspedes de Mission Street, adonde lo habían llamado para llevar un baúl a un almacén. La hija de la patrona lo había llamado y lo había llevado hasta el cuartito, cuya ocupante, una guantería, acababa de ser ingresada en el hospital. Pero Bill no lo sabía. Se agachó, levantó el baúl, que era grande, lo puso en vertical, se lo cargó al hombro y, de espaldas a la puerta abierta, se esforzó por incorporarse. En ese momento oyó una voz de mujer.

—¿Estás en el sindicato? —fue la pregunta.

—¡Eh, y a ti qué te importa! —replicó—. Anda, circula y quítate de en medio. Quiero darme la vuelta.

Lo siguiente que supo fue que, corpulento como era, lo habían girado a medias y lo habían mandado tambaleándose hacia atrás, con el baúl desequilibrándolo, hasta que fue a estrellarse contra la pared. Empezó a soltar un taco, pero en ese mismo instante se encontró mirando a los ojos centelleantes y furiosos de Mary Condon.

—Claro que estoy en el sindicato —dijo—. Sólo estaba tomándote el pelo.

—¿Dónde está tu carné? —exigió ella en tono profesional.

—En el bolsillo. Pero ahora no puedo sacarlo. Este baúl pesa demasiado. Baja al carro conmigo y te lo enseño.

—Deja ese baúl —fue la orden.

—¿Para qué? Si te digo que tengo el carné.

—Déjalo, y punto. Ningún esquirol va a tocar ese baúl. Debería darte vergüenza, cobardón, haciendo el esquirol a hombres honrados. ¿Por qué no te afilias al sindicato y te portas como un hombre?

Mary Condon había palidecido y era evidente que estaba fuera de sí de rabia.

—Menudo hombre grande como tú traicionando a su clase. Supongo que estarás deseando alistarte en la milicia para tener ocasión de disparar contra los conductores sindicados en la próxima huelga. A lo mejor ya estás en la milicia, que para el caso es lo mismo. Eres del tipo que...

—¡Para ya, eso ya es demasiado! —Bill dejó caer el baúl al suelo con un golpe seco, se irguió y metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta—. Te dije que sólo estaba bromeando. Toma, mira esto.

Era una cartilla sindical en toda regla.

—Está bien, llévatelo —dijo Mary Condon—. Y la próxima vez, no me vengas con guasas.

Su rostro se relajó al advertir la facilidad con que se echó el pesado baúl al hombro, y le brillaron los ojos al recorrer la corpulencia airosa de aquel hombre. Pero Bill no lo vio. Estaba demasiado ocupado con el baúl.

La siguiente vez que vio a Mary Condon fue durante la Huelga de las Lavanderías. Las Obreras de la Lavandería, organizadas hacía muy poco, eran novatas en el asunto y le habían pedido a Mary Condon que dirigiera la huelga. Freddie Drummond había tenido un barrunto de lo que se avecinaba y había enviado a Bill Totts a afiliarse al sindicato y a investigar. El puesto de Bill estaba en el cuarto de lavado, y a los hombres los habían hecho salir primero aquella mañana, con el fin de dar ánimos a las muchachas; y quiso el azar que Bill estuviera cerca de la puerta del cuarto de las calandrias cuando Mary Condon fue a entrar. El encargado, que era corpulento y grueso, le cerró el paso. No iba a consentir que le sacaran a sus muchachas de allí, y le daría una lección para que aprendiera a meterse en sus propios asuntos. Y cuando Mary intentó colarse a su lado, la echó hacia atrás con una mano gorda sobre el hombro. Ella miró en torno y vio a Bill.

—Oiga, señor Totts —llamó—. Écheme una mano. Quiero entrar.

Bill sintió un sobresalto de cálida sorpresa. Se había acordado de su nombre por la cartilla del sindicato. Un instante después el encargado había sido arrancado del umbral vociferando sobre sus derechos ante la ley, y las muchachas abandonaban sus máquinas. Durante el resto de aquella breve y exitosa huelga, Bill se erigió en secuaz y recadero de Mary Condon, y cuando terminó regresó a la Universidad para ser Freddie Drummond y preguntarse qué le podía ver Bill Totts a semejante mujer.

Freddie Drummond estaba completamente a salvo, pero Bill se había enamorado. No había forma de negar el hecho, y era ese hecho lo que le había servido de advertencia a Freddie Drummond.

En fin, ya había hecho su trabajo, y sus aventuras podían cesar. No tenía por qué volver a cruzar la Raja. Todo salvo los tres últimos capítulos de su última obra, *Táctica y estrategia obreras*, estaba terminado, y disponía de material suficiente para nutrir debidamente esos capítulos.

Otra conclusión a la que llegó fue que, para anclarse a sí mismo como Freddie Drummond, le hacían falta lazos y relaciones más estrechas en su propio rincón social. De todos modos, ya iba siendo hora de que se casara, y era plenamente consciente de que si Freddie Drummond no se casaba, Bill Totts lo haría sin duda, y las complicaciones eran demasiado espantosas para siquiera imaginarlas. Y así entra en escena Catherine Van Vorst. Ella misma era una mujer universitaria, y su padre, el único miembro adinerado del claustro, era además el director del Departamento de Filosofía. Sería un matrimonio prudente desde cualquier punto de vista, concluyó Freddie Drummond cuando el compromiso quedó consumado y anunciado. De apariencia fría y reservada, aristocrática y sanamente conservadora, Catherine Van Vorst, aunque cálida a su manera, poseía una contención igual a la de Drummond.

Todo parecía irle bien, pero Freddie Drummond no lograba sacudirse del todo la llamada de los bajos fondos, el señuelo de la vida libre y franca, sin trabas ni responsabilidades, al sur de la Raja. A medida que se acercaba la fecha de su boda, sentía que, en efecto, había corrido sus buenas juergas de juventud, y sentía, además, lo bueno que sería poder darse una última cana al aire, hacer de buen compañero y de calavera una última vez, antes de asentarse entre grises aulas de conferencias y un sobrio matrimonio. Y, para tentarlo aún más, el último capítulo de *Táctica y estrategia obreras* seguía sin escribir por falta de un poquito más de datos esenciales que había descuidado reunir.

Así que Freddie Drummond bajó por última vez convertido en Bill Totts, consiguió sus datos y, por desgracia, se topó con Mary Condon. Ya instalado de nuevo en su gabinete, no era grato recordar lo ocurrido. Hacía su advertencia doblemente imperiosa. Bill Totts se

había portado de un modo abominable. No solo se había encontrado con Mary Condon en el Consejo Central Obrero, sino que se había detenido con ella en una casa de comidas, de camino a casa, y la había invitado a ostras. Y antes de separarse en la puerta de ella, la había estrechado entre sus brazos y la había besado en los labios, y la había besado una y otra vez. Y las últimas palabras de ella en su oído, palabras pronunciadas dulcemente con un sollozo entrecortado en la garganta que no era ni más ni menos que un grito de amor, fueron: «Bill... querido, querido Bill».

Freddie Drummond se estremeció al recordarlo. Veía el abismo abrirse a sus pies. No era polígamo por naturaleza, y le horrorizaban las posibilidades de la situación. Había que ponerle fin, y solo podía acabar de una de dos maneras: o se convertía por entero en Bill Totts y se casaba con Mary Condon, o seguía siendo por entero Freddie Drummond y se casaba con Catherine Van Vorst. De lo contrario, su conducta sería despreciable y espantosa.

En los meses que siguieron, San Francisco quedó desgarrada por el conflicto obrero. Los sindicatos y las asociaciones patronales habían trabado los cuernos con una determinación que hacía pensar que pretendían zanjar el asunto, de un modo u otro, para siempre. Pero Freddie Drummond corregía pruebas, dictaba clases y no se movía. Se consagró a Catherine Van Vorst, y día tras día encontraba en ella más que respetar y admirar; es más, hasta que amar. La Huelga de los Tranvías lo tentó, pero no tan severamente como habría esperado; y llegó la gran Huelga de la Carne y lo dejó frío. El fantasma de Bill Totts había quedado exorcizado con éxito, y Freddie Drummond, con celo rejuvenecido, se enfrascó en un opúsculo, planeado hacía mucho, sobre el tema de los «rendimientos decrecientes».

Faltaban dos semanas para la boda cuando, una tarde, en San Francisco, Catherine Van Vorst pasó a recogerlo y se lo llevó a ver un Club de Muchachos, instituido hacía poco por los trabajadores sociales por los que ella se interesaba. Era el coche de su hermano, pero iban solos, salvo por el chófer. En el cruce con la calle Kearny,

las calles Market y Geary se intersecan como los lados de una letra «V» de ángulo agudo. Ellos, en el automóvil, bajaban por Market con la intención de sortear el agudo vértice y subir por Geary. Pero no sabían qué bajaba por Geary, calculado por el destino para salirles al encuentro en el vértice. Aunque sabía por los periódicos que la Huelga de la Carne estaba en marcha y que era una huelga sumamente enconada, en aquel momento nada estaba más lejos de la mente de Freddie Drummond. ¿No iba acaso sentado junto a Catherine? Y, además, le estaba exponiendo con esmero sus opiniones sobre el trabajo social, opiniones en cuya formulación habían tenido su parte las aventuras de Bill Totts.

Por la calle Geary bajaban seis carros de carne. Junto a cada esquirol conductor iba sentado un policía. Delante y detrás, y a lo largo de cada costado de esta procesión, marchaba una escolta protectora de cien policías. Tras la retaguardia policial, a una distancia respetuosa, iba una turba ordenada pero vociferante, de varias manzanas de largo, que atestaba la calle de acera a acera. El Trust de la Carne hacía un esfuerzo por abastecer a los hoteles y, de paso, por empezar a romper la huelga. El St. Francis ya había sido abastecido, a costa de muchas ventanas rotas y muchas cabezas rotas, y la expedición marchaba en socorro del Hotel Palace.

Sin sospechar nada, Drummond iba sentado junto a Catherine, hablando de trabajo social, mientras el automóvil, tocando el claxon metódicamente y esquivando el tráfico, describía una amplia curva para rodear el vértice. Un gran carro de carbón, cargado de carbón en trozos y tirado por cuatro enormes caballos, que justo desembocaba de la calle Kearny como para doblar por Market, les cerró el paso. El conductor del carro parecía indeciso, y el chófer, que iba despacio pero desatendió una advertencia gritada por los policías del cruce, viró el automóvil a la izquierda, violando las normas de circulación, con el fin de pasar por delante del carro.

En aquel momento Freddie Drummond interrumpió su conversación. Y no volvió a reanudarla, pues la situación se desarrollaba con la rapidez de un cambio de decorado. Oyó el

bramido de la turba a sus espaldas y alcanzó a ver de reojo a los policías con casco y los bamboleantes carros de carne. En ese mismo instante, sacudiendo el látigo y poniéndose de pie para la faena, el carbonero lanzó caballos y carro justo delante de la procesión que avanzaba, frenó a los caballos en seco y echó el gran freno. Luego amarró las riendas a la palanca del freno y se sentó con el aire de quien se ha detenido para quedarse. También el automóvil había tenido que parar, atascado contra los grandes caballos delanteros, que resollaban y se habían encajado contra él.

Antes de que el chófer pudiera echar marcha atrás para despejarse, un viejo irlandés, que conducía un desvencijado carro de transporte y arreaba a latigazos a su único caballo hasta el galope, había enganchado las ruedas con las del automóvil. Drummond reconoció tanto al caballo como al carro, pues él mismo los había conducido a menudo. El irlandés era Pat Morrissey. Al otro lado, un carro de cervecería se enganchaba con el carro de carbón, y un tranvía de la calle Kearny que iba hacia el este, haciendo sonar frenéticamente su campana, con el conductor gritándole desafíos al policía del cruce, se precipitaba hacia delante para completar el bloqueo. Y carro tras carro se iban enganchando y bloqueando y sumándose a la confusión. Los carros de carne se detuvieron. La policía quedó atrapada. El bramido de la retaguardia arreció cuando la turba se lanzó al ataque, mientras la vanguardia de la policía cargaba contra los carros que obstruían el paso.

—La hemos hecho buena —le comentó Drummond con frialdad a Catherine.

—Sí —asintió ella, con idéntica frialdad—. Qué salvajes son.

Su admiración por ella se duplicó sobre sí misma. Era, en efecto, de su misma clase. Se habría dado por satisfecho con ella aunque hubiera chillado y se hubiera aferrado a él, pero esto... esto era magnífico. Estaba sentada en pleno ojo del huracán tan tranquila como si no fuera más que un atasco de carruajes a la salida de la ópera.

La policía forcejeaba por abrir un pasadizo. El conductor del carro de carbón, un hombretón en mangas de camisa, encendió una pipa y se quedó fumando. Miró con complacencia hacia abajo, a un capitán de policía que lo increpaba entre juramentos, y su único reconocimiento fue un encogimiento de hombros. De la retaguardia se alzaba el ta-ta-tá de las porras sobre las cabezas y un pandemónium de juramentos, alaridos y gritos. Un violento estallido de ruido proclamó que la turba había roto las líneas y estaba arrancando a un esquirol de un carro. El capitán de policía se reforzó con hombres de su vanguardia, y la turba de la retaguardia fue repelida. Entretanto, ventana tras ventana del alto edificio de oficinas de la derecha se habían ido abriendo, y los oficinistas con conciencia de clase hacían llover un chaparrón de mobiliario de oficina sobre las cabezas de policías y esquiroles. Papeleras, tinteros, pisapapeles, máquinas de escribir... cualquier cosa que cayera a mano llenaba el aire.

Un policía, por orden de su capitán, trepó hasta el elevado pescante del carro de carbón para detener al conductor. Y el conductor, incorporándose sin prisa y en son de paz para recibirlo, de pronto lo estrujó entre sus brazos y lo arrojó encima del capitán. El conductor era un joven gigante, y cuando se encaramó a su carga y sopesó un trozo de carbón con ambas manos, un policía que estaba justo escalando el carro por el costado se soltó y cayó de vuelta a tierra. El capitán ordenó a media docena de sus hombres que tomaran el carro. El carretero, gateando de un lado a otro sobre la carga, los derribaba a golpes con enormes trozos de carbón.

La multitud de las aceras y los carreteros de los carros enganchados rugían de aliento y de puro gozo. Al conductor del tranvía, que rompía cascos con la barra de mando, lo molieron a golpes hasta dejarlo sin sentido y lo arrancaron de su plataforma. El capitán de policía, fuera de sí ante el rechazo de sus hombres, encabezó el siguiente asalto al carro de carbón. Una veintena de policías trepaba en enjambre por la fortaleza de altos costados. Pero el carretero se multiplicaba. Por momentos había seis u ocho policías rodando por el pavimento y bajo el carro. Enfrascado en repeler un

ataque contra la parte trasera de su fortaleza, el carretero se volvió y vio al capitán justo en el acto de poner pie sobre el pescante desde el frente. Aún estaba en el aire y en el más inestable equilibrio cuando el carretero lanzó un trozo de carbón de casi catorce kilos. Le dio al capitán de lleno en el pecho, y este cayó de espaldas, dio contra el lomo de uno de los caballos, se desplomó al suelo y quedó encajado contra la rueda trasera del automóvil.

Catherine lo creyó muerto, pero se levantó y volvió a la carga. Ella tendió su mano enguantada y palmeó el flanco del caballo, que resoplaba y temblaba. Pero Drummond no reparó en el gesto. No tenía ojos para nada salvo para la batalla del carro de carbón, mientras en algún lugar de su complicada psicología un tal Bill Totts se agitaba y se esforzaba por cobrar vida. Drummond creía en la ley y el orden y en el mantenimiento de lo establecido, pero aquel amotinado salvaje que llevaba dentro no quería saber nada de eso. Entonces, como nunca, invocó Freddie Drummond su férrea contención para salvarse. Pero está escrito que la casa dividida contra sí misma ha de caer. Y Freddie Drummond descubrió que había repartido toda su voluntad y su fuerza con Bill Totts, y que entre ambos la entidad que los constituía a los dos estaba siendo desgarrada en dos mitades.

Freddie Drummond iba sentado en el automóvil, muy sereno, al lado de Catherine Van Vorst; pero quien miraba por los ojos de Freddie Drummond era Bill Totts, y en algún punto detrás de aquellos ojos, batallando por el control del cuerpo que compartían, estaban Freddie Drummond, el sociólogo cuerdo y conservador, y Bill Totts, el obrero sindicalista belicoso y con conciencia de clase. Fue Bill Totts, mirando por aquellos ojos, quien vio el final inevitable de la batalla del carro de carbón. Vio a un policía ganar lo alto de la carga, luego a un segundo, luego a un tercero. Se tambaleaban torpemente sobre aquel suelo movedizo, pero sus largas porras antidisturbios estaban fuera y en movimiento. Un golpe alcanzó al carretero en la cabeza. Un segundo lo esquivó, recibéndolo en el hombro. Para él, la partida estaba claramente perdida. Se lanzó de golpe hacia delante, agarró a dos policías entre sus brazos y se

arrojó al pavimento hecho prisionero, sin aflojar en ningún momento la presa sobre sus dos captores.

A Catherine Van Vorst le daba náuseas y desfallecía a la vista de la sangre y de la pelea brutal. Pero sus escrúpulos quedaron vencidos por el hecho sensacional y de lo más inesperado que siguió. El hombre que iba a su lado profirió un alarido sobrehumano e incivilizado y se puso en pie. Lo vio saltar por encima del asiento delantero, brincar a la ancha grupa del caballo de varas y desde allí ganar el carro. Su embestida fue como un torbellino. Antes de que el desconcertado agente que estaba sobre la carga pudiera adivinar el propósito de aquel caballero de atuendo convencional pero de aspecto exaltado, recibió un puñetazo que lo hizo describir un arco por el aire hasta el pavimento. Una patada en la cara indujo a un policía que subía a seguir su ejemplo. Una arremetida de otros tres logró alcanzar la cima y trabarse con Bill Totts en un descomunal abrazo, durante el cual una porra le abrió el cuero cabelludo, y la chaqueta, el chaleco y media camisa almidonada le fueron arrancados. Pero los tres policías salieron despedidos a diestro y siniestro, y Bill Totts, haciendo llover trozos de carbón, mantuvo el fuerte.

El capitán encabezó gallardamente el ataque, pero fue derribado por un pedazo de carbón que le estalló en la cabeza en negro bautismo. La necesidad de la policía era romper el bloqueo por delante antes de que la turba pudiera irrumpir por detrás, y la necesidad de Bill Totts era conservar el carro hasta que la turba lograra abrirse paso. Y así prosiguió la batalla del carbón.

La multitud había reconocido a su campeón. «Big» Bill, como de costumbre, se había puesto al frente, y a Catherine Van Vorst la desconcertaban los gritos de «¡Bill! ¡Ay, tú, Bill!» que se alzaban por todas partes. Pat Morrissey, en el pescante de su carro, brincaba y chillaba en pleno éxtasis: «¡Cómetelos, Bill! ¡Cómetelos! ¡Cómetelos vivos!». Desde la acera oyó la voz de una mujer que gritaba: «¡Ojo, Bill... por delante!». Bill atendió al aviso y con carbón bien dirigido despejó de asaltantes la parte delantera del carro. Catherine Van

Vorst volvió la cabeza y vio, en el bordillo de la acera, a una mujer de colorido vivo y centelleantes ojos negros que miraba con toda su alma al hombre que unos minutos antes había sido Freddie Drummond.

Las ventanas del edificio de oficinas se llenaron de aplausos vociferantes. Cayó un nuevo chaparrón de sillas de oficina y archivadores. La turba había roto por un lado la línea de carros y avanzaba, y cada policía aislado era el centro de un grupo de pelea. Los esquirols fueron arrancados de sus asientos, se cortaron los tiros de los caballos y se puso en fuga a los aterrados animales. Muchos policías se metían a rastras bajo el carro de carbón buscando refugio, mientras los caballos sueltos, con aquí y allá un policía a lomos o forcejeando en sus cabezas para sujetarlos, se abalanzaban a través de la acera de enfrente del atasco e irrumpían en la calle Market.

Catherine Van Vorst oyó la voz de la mujer que llamaba a modo de advertencia. Estaba de nuevo en el bordillo y gritaba:

—¡Lárgate, Bill! ¡Ahora es tu momento! ¡Lárgate!

Por el momento, la policía había sido barrida. Bill Totts saltó al pavimento y se abrió camino hacia la mujer de la acera. Catherine Van Vorst la vio echarle los brazos al cuello y besarlo en los labios; y Catherine Van Vorst lo observó con curiosidad mientras él seguía acera abajo, con un brazo alrededor de la mujer, hablando y riendo ambos, y él con una locuacidad y un desenfreno que ella jamás habría podido imaginar posibles.

La policía había vuelto y despejaba el atasco mientras esperaba refuerzos y nuevos conductores y caballos. La turba había hecho su trabajo y se dispersaba, y Catherine Van Vorst, que seguía mirando, alcanzaba a ver al hombre que había conocido como Freddie Drummond. Sobresalía una cabeza por encima del gentío. Seguía con el brazo en torno a la mujer. Y ella, en el automóvil, mirando, vio a la pareja cruzar la calle Market, cruzar la Raja y desaparecer calle Third abajo, en el gueto obrero.

* * * * *

En los años que siguieron, un tal Freddie Drummond no volvió a dictar conferencias en la Universidad de California, y no volvieron a aparecer libros de economía ni sobre la cuestión obrera bajo el nombre de Frederick A. Drummond. En cambio, surgió un nuevo líder obrero, William Totts de nombre. Fue él quien se casó con Mary Condon, presidenta del Sindicato Internacional de Guanteras nº 974; y fue él quien convocó la célebre Huelga de Cocineros y Camareros, que, antes de su exitoso desenlace, arrastró consigo a decenas de otros sindicatos, entre los cuales, de los más remotamente afines, figuraban los Desplumadores de Pollos y los de Pompas Fúnebres.

LA INVASIÓN SIN PARALELO

Fue en el año 1976 cuando el conflicto entre el mundo y China alcanzó su punto culminante. Fue por ello por lo que se aplazó la celebración del segundo centenario de la libertad americana. Otros muchos planes de las naciones de la tierra se vieron trastocados, enredados y pospuestos por la misma razón. El mundo despertó de manera bastante brusca a su peligro; pero durante más de setenta años, sin que nadie lo advirtiera, los acontecimientos habían ido perfilándose hacia ese mismo desenlace.

El año 1904 marca lógicamente el comienzo del proceso que, setenta años más tarde, había de sembrar la consternación en el mundo entero. La guerra ruso-japonesa tuvo lugar en 1904, y los historiadores de la época dejaron constancia, con gravedad, de que aquel acontecimiento señalaba la entrada del Japón en el concierto de las naciones. Lo que en realidad señalaba era el despertar de China. Ese despertar, largo tiempo esperado, se había dado ya por perdido. Las naciones occidentales habían intentado despertar a China, y habían fracasado. Por su optimismo innato y su egotismo de raza, habían concluido, en consecuencia, que la empresa era imposible, que China no despertaría jamás.

Lo que no habían tenido en cuenta era esto: *que entre ellos y China no existía un habla psicológica común*. Sus procesos de pensamiento eran radicalmente distintos. No había vocabulario íntimo entre ambos. La mente occidental penetraba en la mente china tan solo un breve trecho, y ya se encontraba perdida en un laberinto insondable. La mente china penetraba en la mente

occidental un trecho igual de breve, y ya topaba con un muro ciego e incomprensible. Todo era cuestión de lenguaje. No había manera de comunicar las ideas occidentales a la mente china. China seguía dormida. El logro material y el progreso de Occidente eran para ella un libro cerrado, y Occidente tampoco podía abrirle ese libro. En lo más hondo y recóndito de la conciencia, digamos, de la raza de habla inglesa, había una capacidad de vibrar ante las palabras breves y sajonas; en lo más hondo y recóndito de la conciencia de la mente china había una capacidad de vibrar ante sus propios jeroglíficos; pero la mente china no podía vibrar ante las palabras breves y sajonas, ni la mente de habla inglesa podía vibrar ante los jeroglíficos. Las urdimbres de sus mentes estaban tejidas con materiales completamente distintos. Eran extraños el uno para la mente del otro. Y así fue como el logro material y el progreso de Occidente no lograron hacer mella en el sueño profundo de China.

Llegó el Japón, y con él su victoria sobre Rusia en 1904. Ahora bien, la raza japonesa era el capricho y la paradoja entre los pueblos de Oriente. De algún modo extraño, el Japón se mostraba receptivo a cuanto Occidente tenía que ofrecer. El Japón asimiló con rapidez las ideas occidentales, las digirió, y las aplicó con tal capacidad que irrumpió de pronto, pertrechado de pies a cabeza, como potencia mundial. No hay manera de explicar esta peculiar apertura del Japón hacia la cultura extraña de Occidente. Tan bien podría explicarse cualquier capricho biológico del reino animal.

Tras haber derrotado sin paliativos al gran Imperio ruso, el Japón se puso de inmediato a soñar un colosal sueño de imperio para sí mismo. Había convertido Corea en granero y colonia suya; los privilegios de sus tratados y su diplomacia zorruna le dieron el monopolio de Manchuria. Pero el Japón no estaba satisfecho. Volvió los ojos hacia China. Allí se extendía un vasto territorio, y en ese territorio se hallaban los mayores yacimientos del mundo de hierro y carbón, la columna vertebral de la civilización industrial. Dados los recursos naturales, el otro gran factor de la industria es la mano de obra. En ese territorio había una población de 400.000.000 de almas, la cuarta parte de la población total de la tierra por entonces.

Además, los chinos eran trabajadores excelentes, y su filosofía (o religión) fatalista, junto con su recia organización nerviosa, los convertía en soldados espléndidos, siempre que se los dirigiera como es debido. No hace falta decir que el Japón estaba dispuesto a proporcionar esa dirección.

Pero, y esto era lo mejor de todo desde el punto de vista del Japón, el chino era una raza afín. El enigma desconcertante del carácter chino, que tanto desconcertaba a Occidente, no era ningún enigma para el japonés. El japonés comprendía lo que nosotros jamás podríamos aprender a comprender, ni siquiera esperarlo. Sus procesos mentales eran los mismos. El japonés pensaba con los mismos símbolos de pensamiento que el chino, y pensaba siguiendo los mismos surcos peculiares. En la mente china, el japonés seguía avanzando allí donde a nosotros nos detenía el obstáculo de la incompreensión. Tomaba el recodo que nosotros no alcanzábamos a percibir, sorteaba el obstáculo y se perdía de vista en las ramificaciones de la mente china, donde nosotros no podíamos seguirlo. Eran hermanos. Hacía mucho tiempo, el uno había tomado prestada la lengua escrita del otro, y, generaciones incontables antes de eso, se habían separado del tronco mongol común. Había habido cambios, diferenciaciones provocadas por condiciones diversas e infusiones de otra sangre; pero en lo más hondo de su ser, entretejida en sus fibras mismas, quedaba una herencia común, una identidad de naturaleza que el tiempo no había borrado.

Y así fue como el Japón asumió la dirección de China. En los años que siguieron inmediatamente a la guerra con Rusia, sus agentes pulularon por todo el Imperio chino. A mil seiscientos kilómetros más allá de la última estación misionera se afanaban sus ingenieros y sus espías, vestidos de culis, bajo la apariencia de mercaderes ambulantes o de sacerdotes budistas dedicados al proselitismo, anotando la potencia de cada salto de agua, los emplazamientos idóneos para fábricas, la altura de montañas y desfiladeros, las ventajas y debilidades estratégicas, la riqueza de los valles de labranza, el número de bueyes de cada comarca o el número de trabajadores que podían reclutarse mediante levas forzosas. Jamás

se había hecho un censo semejante, y no podría haberlo llevado a cabo ningún otro pueblo que no fuera el japonés, tenaz, paciente y patriota.

Pero al poco tiempo el secretismo se echó por la borda. Los oficiales del Japón reorganizaron el ejército chino; sus sargentos instructores convirtieron a aquellos guerreros medievales en soldados del siglo XX, familiarizados con toda la maquinaria bélica moderna y con una puntería media superior a la de los soldados de cualquier nación occidental. Los ingenieros del Japón ahondaron y ensacharon el intrincado sistema de canales, construyeron fábricas y fundiciones, cubrieron el imperio con una red de telégrafos y teléfonos, e inauguraron la era del tendido de ferrocarriles. Fueron esos mismos adalides de la civilización de la máquina quienes descubrieron los grandes yacimientos petrolíferos de Chunsan, las montañas de hierro de Whang-Sing, los filones de cobre de Chinchí, y quienes perforaron los pozos de gas de Wow-Wee, ese depósito de gas natural más maravilloso de todo el mundo.

En los consejos imperiales de China se sentaban los emisarios japoneses. Al oído de los estadistas susurraban los estadistas japoneses. A ellos se debió la reconstrucción política del Imperio. Desalojaron a la clase de los letrados, que era violentamente reaccionaria, y colocaron en los cargos a funcionarios progresistas. Y en cada villa y ciudad del Imperio se fundaron periódicos. Naturalmente, la línea de esos periódicos la marcaban editores japoneses, que la recibían directamente de Tokio. Fueron esos periódicos los que educaron y volvieron progresista a la gran masa de la población.

China estaba por fin despierta. Donde Occidente había fracasado, el Japón había triunfado. Había transmutado la cultura y los logros de Occidente en términos inteligibles para el entendimiento chino. El propio Japón, cuando despertó tan repentinamente, había asombrado al mundo. Pero por entonces no contaba más que con cuarenta millones de habitantes. El despertar de China, con sus cuatrocientos millones y el avance científico del mundo, resultó

espantosamente asombroso. Era el coloso de las naciones, y pronto se oyó su voz, sin ambages, en los asuntos y los consejos de las naciones. El Japón la azuzaba, y los orgullosos pueblos de Occidente la escuchaban con oídos respetuosos.

El ascenso rápido y notable de China se debió, acaso más que a ninguna otra cosa, a la calidad superlativa de su mano de obra. El chino era el tipo perfecto de la laboriosidad. Siempre lo había sido. En pura capacidad de trabajo, ningún trabajador del mundo podía comparársele. El trabajo era el aliento de sus narices. Era para él lo que para otros pueblos habían sido el vagar y el combatir por tierras lejanas y la aventura espiritual. La libertad, para él, se cifraba en el acceso a los medios de labor. Labrar la tierra y trabajar sin descanso era todo cuanto pedía a la vida y a los poderes constituidos. Y el despertar de China había dado a su vasta población no solo el acceso libre e ilimitado a los medios de labor, sino el acceso a los medios de labor mecánicos más avanzados y científicos.

¡China rejuvenecida! No había más que un paso hasta China desatada. Descubrió en sí misma un orgullo nuevo y una voluntad propia. Comenzó a impacientarse bajo la tutela del Japón, pero no tardó en dejar de tolerarla. Por consejo del Japón, al principio había expulsado del Imperio a todos los misioneros, ingenieros, sargentos instructores, comerciantes y maestros occidentales. Ahora empezó a expulsar a los representantes análogos del Japón. A los estadistas asesores de este los colmaron de honores y condecoraciones, y los enviaron de vuelta a casa. Occidente había despertado al Japón, y, así como el Japón había pagado entonces a Occidente con la misma moneda, China no pagó al Japón de igual manera. Se dio las gracias al Japón por su amable ayuda, y su gigantesco protegido lo puso de patitas en la calle con armas y bagajes. Las naciones occidentales se rieron por lo bajo. El sueño de arco iris del Japón se había desvanecido. El Japón se enfureció. China se rio de él. La sangre y las espadas de los samuráis pudieron más, y el Japón, temerariamente, entró en guerra. Esto ocurrió en 1922, y en siete sangrientos meses le arrebataron Manchuria, Corea y Formosa, y lo arrojaron de vuelta, en bancarrota, a asfixiarse en sus islas

diminutas y atestadas. El Japón salía así de la escena del drama mundial. A partir de entonces se dedicó al arte, y su misión pasó a ser complacer grandemente al mundo con sus creaciones de maravilla y belleza.

Contra lo que cabía esperar, China no resultó belicosa. No abrigaba ningún sueño napoleónico, y se contentó con consagrarse a las artes de la paz. Tras un período de inquietud, se aceptó la idea de que China era de temer no en la guerra, sino en el comercio. Como se verá, el verdadero peligro no llegó a percibirse. China siguió perfeccionando su civilización de la máquina. En lugar de un gran ejército permanente, desarrolló una milicia inmensamente mayor y espléndidamente eficiente. Su marina era tan exigua que era el hazmerreír del mundo; tampoco intentó nunca reforzarla. Sus acorazados jamás visitaron los puertos de tratado del mundo.

El verdadero peligro residía en la fecundidad de sus entrañas, y fue en 1970 cuando se dio el primer grito de alarma. Desde hacía tiempo, todos los territorios colindantes con China venían quejándose de la inmigración china; pero ahora el mundo cayó de pronto en la cuenta de que la población de China era de 500.000.000. Había aumentado en cien millones desde su despertar. Burchaldter llamó la atención sobre el hecho de que había más chinos en el mundo que personas de piel blanca. Hizo una simple suma aritmética. Sumó las poblaciones de los Estados Unidos, el Canadá, Nueva Zelanda, Australia, Sudáfrica, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Austria, la Rusia europea y toda Escandinavia. El resultado fue 495.000.000. Y la población de China superaba aquel tremendo total en 5.000.000. Las cifras de Burchaldter dieron la vuelta al mundo, y el mundo se estremeció.

Durante muchos siglos la población de China se había mantenido constante. Su territorio estaba saturado de población; es decir, su territorio, con los métodos primitivos de producción, sostenía el límite máximo de población posible. Pero cuando despertó e inauguró la civilización de la máquina, su capacidad productiva se vio enormemente incrementada. Así, sobre el mismo territorio, pudo

sostener una población mucho mayor. De inmediato la natalidad empezó a subir y la mortalidad a bajar. Antes, cuando la población presionaba sobre los medios de subsistencia, el exceso de población era barrido por el hambre. Pero ahora, gracias a la civilización de la máquina, los medios de subsistencia de China se habían extendido enormemente, y ya no había hambrunas; su población seguía de cerca el aumento de los medios de subsistencia.

Durante este tiempo de transición y desarrollo de su poderío, China no había alimentado sueños de conquista. El chino no era una raza imperial. Era laborioso, ahorrativo y amante de la paz. La guerra se consideraba una tarea desagradable pero necesaria que a veces había que llevar a cabo. Y así, mientras las razas occidentales se peleaban, luchaban y se lanzaban unas contra otras a aventuras por el mundo, China había seguido tranquilamente trabajando en sus máquinas y creciendo. Ahora se estaba derramando más allá de las fronteras de su Imperio, eso era todo, derramándose sin más sobre los territorios vecinos con toda la certeza y el terrible y lento impulso de un glaciar.

A raíz de la alarma suscitada por las cifras de Burchaldter, en 1970 Francia adoptó la postura que llevaba tiempo amenazando con adoptar. La Indochina francesa había sido invadida y colmada de inmigrantes chinos. Francia dijo basta. La marea china siguió avanzando. Francia reunió una fuerza de cien mil hombres en la frontera entre su desdichada colonia y China, y China envió un ejército de un millón de soldados milicianos. Detrás venían, formando un segundo ejército, las esposas, los hijos, las hijas y los parientes, con su equipaje doméstico personal. La fuerza francesa fue barrida como una mosca. Los soldados milicianos chinos, junto con sus familias, más de cinco millones en total, tomaron posesión con toda tranquilidad de la Indochina francesa y se instalaron para quedarse unos cuantos millares de años.

Francia, indignada, se echó a las armas. Lanzó flota tras flota contra la costa de China, y estuvo a punto de arruinarse en el empeño. China no tenía marina. Se retiró como una tortuga dentro

de su caparazón. Durante un año las flotas francesas bloquearon la costa y bombardearon las ciudades y aldeas expuestas. A China no le importó. No dependía del resto del mundo para nada. Se mantuvo tranquilamente fuera del alcance de los cañones franceses y siguió trabajando. Francia lloró y se lamentó, se retorció las manos impotentes y apeló a las naciones, atónitas. Luego desembarcó una expedición punitiva para marchar sobre Pekín. Contaba con doscientos cincuenta mil hombres, y era la flor y nata de Francia. Desembarcó sin oposición y se internó tierra adentro. Y eso fue lo último que se supo de ella. La línea de comunicaciones se cortó al segundo día. Ningún superviviente regresó a contar lo ocurrido. Había sido engullida por las fauces cavernosas de China, eso fue todo.

En los cinco años que siguieron, la expansión de China, en todas direcciones por tierra, prosiguió a buen ritmo. Siam pasó a formar parte del Imperio, y, pese a todo cuanto pudo hacer Inglaterra, Birmania y la península de Malaca fueron invadidas; mientras que, a lo largo de toda la extensa frontera meridional de Siberia, Rusia se veía severamente presionada por las huestes avanzadoras de China. El proceso era sencillo. Primero llegaba la inmigración china (o, más bien, ya estaba allí, pues había ido llegando de forma lenta e insidiosa durante los años anteriores). Después venía el choque de las armas y el barrido de toda oposición por un ejército monstruoso de soldados milicianos, seguidos de sus familias y su equipaje doméstico. Y, por último, venía su asentamiento como colonos en el territorio conquistado. Jamás hubo un método de conquista mundial tan extraño y eficaz.

Nepal y Bután fueron invadidos, y toda la frontera septentrional de la India se vio presionada por aquella temible marea de vida. Hacia el oeste, Bujará y, más al sur y al oeste todavía, Afganistán, fueron engullidos. Persia, Turquestán y toda el Asia central sintieron la presión de la inundación. Fue por entonces cuando Burchalder revisó sus cifras. Se había equivocado. La población de China debía de ser de setecientos millones, de ochocientos millones, nadie sabía cuántos millones, pero en todo caso pronto llegaría a los mil

millones. Había dos chinos por cada ser humano de piel blanca en el mundo, anunció Burchalder, y el mundo tembló. El aumento de China debía de haber comenzado de inmediato, en 1904. Se recordó que desde esa fecha no había habido una sola hambruna. Con un incremento de 5.000.000 al año, su aumento total en los setenta años transcurridos debía de ser de 350.000.000. Pero ¿quién podía saberlo? Podía ser más. ¡Quién iba a saber nada de esta extraña y nueva amenaza del siglo XX: China, la vieja China, rejuvenecida, fecunda y belicosa!

La Convención de 1975 se convocó en Filadelfia. Estuvieron representadas todas las naciones de Occidente, y algunas pocas de Oriente. No se logró nada. Se habló de que todos los países concedieran primas por hijo para aumentar la natalidad, pero los aritméticos se rieron de ello con desdén, pues señalaron que China les llevaba ya una ventaja demasiado grande en ese terreno. No se sugirió ningún modo viable de hacer frente a China. Las Potencias Unidas apelaron a China y la amenazaron, y en eso quedó la Convención de Filadelfia; y China se rio de la Convención y de las Potencias. Li Tang Fwung, el poder tras el Trono del Dragón, se dignó responder.

—¿Qué le importa a China el concierto de las naciones? —dijo Li Tang Fwung—. Somos la más antigua, honorable y regia de las razas. Tenemos nuestro propio destino que cumplir. Es enojoso que nuestro destino no coincida con el del resto del mundo, pero ¿qué queréis? Habéis hablado con mucha palabrería de las razas regias y de la herencia de la tierra, y solo podemos responderos que eso está por ver. No podéis invadirnos. No os preocupéis por vuestras armadas. No gritéis tanto. Ya sabemos que nuestra armada es pequeña. Como veis, la usamos para fines de policía. No nos importa el mar. Nuestra fuerza está en nuestra población, que pronto será de mil millones. Gracias a vosotros, estamos equipados con toda la maquinaria de guerra moderna. Enviad vuestras armadas. Ni las notaremos. Enviad vuestras expediciones punitivas, pero recordad antes lo de Francia. Desembarcar medio millón de soldados en nuestras costas agotaría los recursos de cualquiera de vosotros. Y

nuestros mil millones se los tragarían de un bocado. Enviad un millón; enviad cinco millones, y nos los tragaremos con la misma facilidad. ¡Puf! Un mero nada, un bocado insignificante. Destruid, como habéis amenazado, vosotros los Estados Unidos, a los diez millones de culis que os hemos impuesto en vuestras costas: la cifra apenas equivale a la mitad del exceso de nuestra natalidad de un año.

Así habló Li Tang Fwung. El mundo quedó desconcertado, impotente, aterrado. Y había hablado con razón. No había forma de combatir la asombrosa natalidad de China. Si su población era de mil millones y aumentaba en veinte millones al año, en veinticinco años sería de mil quinientos millones: igual a la población total del mundo en 1904. Y no se podía hacer nada. No había manera de contener aquel monstruoso torrente desbordado de vida. La guerra era inútil. China se reía de un bloqueo de sus costas. Acogía de buen grado la invasión. En sus fauces capaces cabían todas las huestes de la tierra que pudieran lanzarse contra ella. Y mientras tanto, su marea de vida amarilla se derramaba sobre toda Asia. China se reía y leía, en las revistas de estos, las doctas lucubraciones de los desquiciados eruditos occidentales.

Pero había un erudito con el que China no había contado: Jacobus Laningdale. No es que fuera un erudito, salvo en el sentido más amplio. Jacobus Laningdale era, ante todo, un científico, y hasta entonces un científico muy oscuro, un profesor empleado en los laboratorios de la Oficina de Sanidad de la ciudad de Nueva York. La cabeza de Jacobus Laningdale se parecía mucho a cualquier otra cabeza, pero en ella se había gestado una idea. Y también había en ella la sensatez de mantener secreta esa idea. No escribió ningún artículo para las revistas. En vez de eso, pidió unas vacaciones. El 19 de septiembre de 1975 llegó a Washington. Era de noche, pero se dirigió directamente a la Casa Blanca, pues ya tenía concertada una audiencia con el presidente. Estuvo reunido a puerta cerrada con el presidente Moyer durante tres horas. Lo que pasó entre ambos no lo supo el resto del mundo hasta mucho después; de hecho, por entonces el mundo no sentía el menor interés por Jacobus

Laningdale. Al día siguiente el presidente convocó a su gabinete. Jacobus Laningdale estaba presente. Las deliberaciones se mantuvieron en secreto. Pero aquella misma tarde Rufus Cowdery, el secretario de Estado, salió de Washington, y a primera hora de la mañana siguiente zarpó rumbo a Inglaterra. El secreto que llevaba consigo empezó a propagarse, pero solo se propagó entre los jefes de Gobierno. Puede que a media docena de hombres en cada nación se les confiara la idea que había tomado forma en la cabeza de Jacobus Laningdale. Tras la difusión del secreto, se desató una gran actividad en todos los astilleros, arsenales y bases navales. Las gentes de Francia y Austria empezaron a sospechar, pero eran tan sinceros los llamamientos a la confianza de sus Gobiernos que aceptaron el desconocido proyecto que se estaba fraguando.

Corría entonces el tiempo de la Gran Tregua. Todos los países se comprometieron solemnemente a no entrar en guerra unos con otros. La primera medida concreta fue la movilización gradual de los ejércitos de Rusia, Alemania, Austria, Italia, Grecia y Turquía. Luego comenzó el movimiento hacia el este. Todas las líneas férreas que llevaban a Asia se vieron atestadas de trenes de tropas. China era el objetivo; eso era todo cuanto se sabía. Algo más tarde comenzó el gran movimiento naval. De todos los países zarparon expediciones de buques de guerra. Una flota seguía a otra, y todas se dirigían hacia la costa de China. Las naciones vaciaron sus arsenales navales. Enviaron sus guardacostas, sus buques de aviso y sus barcos de suministro de faros, y enviaron también sus últimos cruceros y acorazados anticuados. No contentas con esto, requisaron la marina mercante. Las estadísticas muestran que 58.640 vapores mercantes, equipados con reflectores y cañones de tiro rápido, fueron enviados a China por las distintas naciones.

Y China sonrió y esperó. En su frontera terrestre, a lo largo de sus límites, había millones de guerreros de Europa. Ella movilizó cinco veces más millones de milicianos y aguardó la invasión. En sus costas hizo lo mismo. Pero China estaba desconcertada. Tras tan ingentes preparativos, no hubo invasión. No lograba entenderlo. A lo largo de la gran frontera siberiana todo estaba en calma. A lo largo

de sus costas ni siquiera se bombardeaban los pueblos y las aldeas. Jamás, en la historia del mundo, se había reunido una concentración tan poderosa de flotas de guerra. Allí estaban las flotas del mundo entero, y día y noche millones de toneladas de acorazados surcaban las aguas saladas de sus costas, y no ocurría nada. No se intentaba nada. ¿Pretendían hacerla salir de su caparazón? China sonrió. ¿Pretendían agotarla, o matarla de hambre? China volvió a sonreír.

Pero si el lector hubiera estado, el 1 de mayo de 1976, en la ciudad imperial de Pekín, que contaba entonces con once millones de habitantes, habría sido testigo de un espectáculo curioso. Habría visto las calles llenas de la parlanchina población amarilla, todas las cabezas de coleta echadas hacia atrás, todos los ojos rasgados vueltos hacia el cielo. Y en lo alto, en el azul, habría distinguido un minúsculo punto negro que, por sus ordenadas evoluciones, habría identificado como una aeronave. Desde esa aeronave, mientras describía su vuelo en curvas de un lado a otro sobre la ciudad, caían proyectiles: extraños e inofensivos proyectiles, tubos de vidrio frágil que se hacían añicos en miles de fragmentos sobre las calles y los tejados. Pero aquellos tubos de vidrio no tenían nada de mortífero. No ocurrió nada. No hubo explosiones. Es cierto que tres chinos murieron al caerles los tubos sobre la cabeza desde tan enorme altura; pero ¿qué eran tres chinos frente a un exceso de natalidad de veinte millones? Un tubo cayó perpendicularmente en el estanque de un jardín y no se rompió. El dueño de la casa lo sacó a la orilla. No se atrevió a abrirlo, pero, acompañado de sus amigos y rodeado de una multitud cada vez más numerosa, llevó el misterioso tubo al magistrado del distrito. Este era un hombre valeroso. Con todas las miradas puestas en él, rompió el tubo de un golpe con su pipa de cazoleta de latón. No ocurrió nada. Uno o dos de los que estaban muy cerca creyeron ver salir volando algunos mosquitos. Eso fue todo. La multitud prorrumpió en grandes carcajadas y se dispersó.

Igual que Pekín fue bombardeada con tubos de vidrio, lo fue toda China. Las pequeñas aeronaves, despachadas desde los buques de guerra, llevaban solo dos hombres cada una, y sobre todas las

ciudades, pueblos y aldeas trazaban giros y curvas: un hombre dirigía la nave, el otro arrojaba los tubos de vidrio.

Si el lector hubiera vuelto a Pekín seis semanas después, habría buscado en vano a los once millones de habitantes. Habría hallado a unos pocos, quizá unos cientos de miles, con sus cadáveres pudriéndose en las casas y en las calles desiertas, y amontonados en los carros de la muerte abandonados. Pero al resto habría tenido que buscarlo por los caminos y vericuetos del Imperio. Y no todos los habría encontrado huyendo de la Pekín asolada por la peste, pues tras ellos, por los centenares de miles de cadáveres insepultos que jalonaban el camino, se podía seguir el rastro de su huida. Y lo mismo que sucedía con Pekín, sucedía con todas las ciudades, pueblos y aldeas del Imperio. La peste los azotó a todos. Y no fue una sola peste, ni dos; fueron una veintena de pestes. Toda forma virulenta de muerte infecciosa recorrió el país. Demasiado tarde comprendió el Gobierno chino el sentido de aquellos colosales preparativos, de la concentración de las huestes del mundo, de los vuelos de las aeronaves de hojalata y de la lluvia de tubos de vidrio. Las proclamas del Gobierno fueron vanas. No pudieron detener a los once millones de desdichados apestados que huían de la única ciudad de Pekín para propagar la enfermedad por todo el país. Los médicos y los funcionarios de sanidad murieron en sus puestos; y la muerte, la gran conquistadora, pasó por encima de los decretos del emperador y de Li Tang Fwung. Pasó por encima de ellos también, pues Li Tang Fwung murió en la segunda semana, y el emperador, escondido en el Palacio de Verano, murió en la cuarta.

De haber sido una sola peste, China habría podido hacerle frente. Pero ante una veintena de pestes ninguna criatura era inmune. El hombre que escapaba a la viruela sucumbía a la escarlatina. El hombre inmune a la fiebre amarilla era arrebatado por el cólera; y si también era inmune a esta, la peste negra, que era la peste bubónica, se lo llevaba por delante. Pues eran estas bacterias, gérmenes, microbios y bacilos, cultivados en los laboratorios de Occidente, los que habían caído sobre China en la lluvia de vidrio.

Toda organización se desvaneció. El Gobierno se desmoronó. Los decretos y las proclamas resultaban inútiles cuando los hombres que los redactaban y los firmaban estaban vivos un momento y muertos al siguiente. Ni tampoco podían los millones de enloquecidos, empujados a la huida por la muerte, detenerse a atender nada. Huían de las ciudades para infectar el campo, y allá donde huían llevaban consigo las pestes. Era pleno verano —Jacobus Laningdale había elegido la época con astucia— y la peste se enconaba por doquier. Mucho se conjetura sobre lo que ocurrió, y mucho se ha sabido por los relatos de los pocos supervivientes. Aquellas desdichadas criaturas se lanzaron en tropel por todo el Imperio, en una huida de muchos millones. Los vastos ejércitos que China había reunido en sus fronteras se disolvieron. Las granjas fueron saqueadas en busca de alimento, y no se plantaron más cosechas, mientras las ya sembradas quedaban desatendidas y jamás llegaban a recogerse. Lo más notable, quizá, fueron las huidas. En ellas tomaron parte muchos millones, que se lanzaban hacia los confines del Imperio para toparse allí con los gigantescos ejércitos de Occidente, que los rechazaban. La matanza de aquellas huestes enloquecidas en las fronteras fue prodigiosa. Una y otra vez la línea de vigilancia hubo de replegarse entre treinta y cincuenta kilómetros para escapar del contagio de la multitud de muertos.

En una ocasión la peste rompió el cerco y se cebó en los soldados alemanes y austriacos que vigilaban las fronteras de Turquestán. Se habían tomado precauciones para un caso así, y aunque perecieron sesenta mil soldados de Europa, el cuerpo internacional de médicos aisló el contagio y logró contenerlo. Fue durante esta lucha cuando se sugirió que había surgido un nuevo germen de peste, que de algún modo se había producido una especie de hibridación entre gérmenes de peste, dando lugar a un germen nuevo y espantosamente virulento. Sospechado primero por Vomberg, que se contagió de él y murió, fue después aislado y estudiado por Stevens, Hazenfelt, Norman y Landers.

Tal fue la invasión sin paralelo de China. Para aquellos mil millones de almas no hubo esperanza. Encerrados en su vasto y pestilente

osario, perdidas toda organización y cohesión, no pudieron hacer otra cosa que morir. No podían escapar. Del mismo modo que fueron rechazados en sus fronteras terrestres, también lo fueron desde el mar. Setenta y cinco mil naves patrullaban las costas. De día, sus chimeneas humeantes velaban el horizonte marino, y de noche sus reflectores centelleantes surcaban la oscuridad y la escudriñaban en busca del más ínfimo junco fugitivo. Los intentos de las inmensas flotillas de juncos fueron lastimosos. Ninguno logró jamás pasar a los sabuesos que vigilaban el mar. La moderna maquinaria de guerra contenía a la masa desorganizada de China, mientras las pestes hacían el trabajo.

Pero la vieja Guerra quedó convertida en motivo de irrisión. No le quedó más que la labor de patrulla. China se había reído de la guerra, y guerra era lo que estaba recibiendo, pero era una guerra ultramoderna, una guerra del siglo veinte, la guerra del científico y del laboratorio, la guerra de Jacobus Laningdale. Los cañones de cien toneladas eran juguetes al lado de los proyectiles microorgánicos lanzados desde los laboratorios, los mensajeros de la muerte, los ángeles exterminadores que recorrieron el imperio de mil millones de almas.

Durante todo el verano y el otoño de 1976, China fue un infierno. No había manera de eludir los proyectiles microscópicos que buscaban hasta los escondites más recónditos. Los cientos de millones de muertos quedaban insepultos y los gérmenes se multiplicaban, y, hacia el final, morían de hambre millones de personas cada día. Además, el hambre debilitaba a las víctimas y destruía sus defensas naturales contra las pestes. Reinaron el canibalismo, el asesinato y la locura. Y así pereció China.

Hasta el febrero siguiente, en pleno rigor del frío, no se organizaron las primeras expediciones. Estas expediciones eran reducidas, compuestas de científicos y destacamentos de tropas; pero penetraron en China por todos los costados. Pese a las más esmeradas precauciones contra el contagio, cayeron enfermos numerosos soldados y algunos médicos. Pero la exploración

prosiguió valerosamente. Encontraron a China devastada, un yermo aullante por el que vagaban jaurías de perros salvajes y bandidos desesperados que habían sobrevivido. A todos los supervivientes se les daba muerte dondequiera que se los encontraba. Y entonces comenzó la gran tarea: el saneamiento de China. Se consumieron cinco años y cientos de millones en recursos, y luego el mundo se instaló allí, no por zonas, como era la idea del barón Albrecht, sino de manera heterogénea, conforme al programa democrático americano. Fue una vasta y feliz mezcla de nacionalidades la que se asentó en China en 1982 y en los años siguientes: un experimento formidable y logrado de fecundación cruzada. Hoy conocemos la espléndida producción mecánica, intelectual y artística que de ello resultó.

Fue en 1987, disuelta ya la Gran Tregua, cuando recrudeció la antigua disputa entre Francia y Alemania por Alsacia y Lorena. El nubarrón de la guerra se tornó oscuro y amenazador en abril, y el 17 de ese mes se convocó la Convención de Copenhague. Presentes los representantes de las naciones del mundo, todas se comprometieron solemnemente a no emplear jamás las unas contra las otras los métodos de guerra de laboratorio que habían utilizado en la invasión de China.

—Fragmento de *Certain Essays in History*, de Walt Mervin.

EL ENEMIGO DEL MUNDO ENTERO

Fue Silas Bannerman quien dio finalmente con aquel prodigio científico y archienemigo de la humanidad, Emil Gluck. La confesión de Gluck, antes de que fuera ejecutado en la silla eléctrica, arrojó mucha luz sobre la serie de misteriosos sucesos —muchos de ellos aparentemente inconexos— que tanto perturbaron al mundo entre los años 1933 y 1941. No fue hasta que se hizo público ese extraordinario documento cuando el mundo llegó a sospechar siquiera que pudiera existir conexión alguna entre el asesinato del rey y la reina de Portugal y los crímenes de los agentes de policía de la ciudad de Nueva York. Aunque los actos de Emil Gluck fueron de la peor calaña, no podemos sino sentir, hasta cierto punto, compasión por ese desgraciado, deforme y maltratado genio. Este aspecto de su historia nunca había sido narrado hasta ahora, y a partir de su confesión, del ingente caudal de pruebas, de los documentos y registros de la época, podemos trazar un retrato bastante fiel de él, y discernir los factores y las presiones que lo moldearon en el monstruo humano que llegó a ser y que lo empujaron hacia adelante y hacia abajo por el terrible camino que recorrió.

Emil Gluck nació en Syracuse, Nueva York, en 1895. Su padre, Josephus Gluck, era policía auxiliar y vigilante nocturno, y en el año 1900 murió repentinamente de pulmonía. La madre, una criatura bella y frágil que antes de casarse había sido sombrerera, se consumió de dolor por la pérdida de su marido. Esa sensibilidad de

la madre fue la herencia que en el muchacho se tornó mórbida y terrible.

En 1901, el niño Emil, que tenía entonces seis años, fue a vivir con su tía, la señora Ann Bartell. Era hermana de su madre, pero en su pecho no había sentimiento afectuoso alguno hacia ese niño sensible y apocado. Ann Bartell era una mujer vanidosa, frívola y sin corazón. Además, estaba aquejada por la pobreza y cargaba con un marido holgazán, veleidoso y sin oficio ni beneficio. El joven Emil Gluck no era bienvenido, y podía confiarse en que Ann Bartell se encargaría de hacérselo saber de manera más que suficiente. Como muestra del trato que recibió en ese periodo temprano y formativo, se ofrece el siguiente episodio.

Cuando llevaba poco más de un año viviendo en casa de los Bartell, se rompió una pierna. Se lesionó jugando en el tejado, que estaba prohibido —como han hecho todos los chicos y seguirán haciéndolo hasta el fin de los tiempos—. La pierna quedó rota por dos sitios entre la rodilla y el muslo. Emil, ayudado por sus asustados compañeros de juego, consiguió arrastrarse hasta la acera de la entrada, donde se desmayó. Los niños del barrio le tenían miedo a la arpía de rostro duro que presidía la casa de los Bartell; pero, haciendo acopio de valor, llamaron al timbre y comunicaron a Ann Bartell el accidente. Ella ni siquiera miró al pequeño que yacía postrado en la acera, sino que dio un portazo y volvió a su barreño de lavar. El tiempo fue pasando. Comenzó a llover, y Emil Gluck, ya fuera del desmayo, yacía sollozando bajo la lluvia. La pierna debería haberse encajado de inmediato. Tal como estaban las cosas, la inflamación se disparó con rapidez y complicó seriamente la situación. Al cabo de dos horas, las indignadas vecinas del barrio protestaron ante Ann Bartell. Esta vez sí salió y miró al muchacho. Además le dio una patada en el costado mientras él yacía indefenso a sus pies, y lo repudió histéricamente. No era hijo suyo, dijo, y recomendó que llamaran a la ambulancia para llevarlo al hospital municipal de urgencias. Luego volvió a entrar en casa.

Fue una mujer, Elizabeth Shepstone, quien acertó a pasar por allí, se enteró de la situación e hizo que colocaran al niño sobre una hoja de contraventana. Fue ella quien llamó al médico y quien, haciendo a un lado a Ann Bartell, hizo que llevaran al niño adentro de la casa. Cuando llegó el médico, Ann Bartell se apresuró a advertirle que no le pagaría sus honorarios. Durante dos meses, el pequeño Emil estuvo en cama; el primer mes boca arriba, sin que lo cambiaran de postura ni una sola vez, y yació desatendido y solo, salvo por las esporádicas visitas del médico, que trabajaba sin cobrar y estaba desbordado de trabajo. No tenía juguetes, nada con que entretener las largas y tediosas horas. Nadie le dirigía una palabra amable, nadie posaba una mano reconfortante sobre su frente, no había el menor gesto o acto de cariñosa ternura —nada salvo los reproches y la dureza de Ann Bartell, y la información reiterada sin cesar de que no era bienvenido—. Y puede comprenderse perfectamente que en semejante entorno se fuera gestando en ese niño solitario y desatendido mucha de la amargura y la hostilidad hacia sus semejantes que más tarde habría de expresarse en actos tan espantosos que aterrorizaron al mundo.

Podría parecer extraño que Emil Gluck recibiera una educación universitaria de manos de Ann Bartell; pero la explicación es sencilla. Su marido inútil, que la había abandonado, tuvo un golpe de suerte en las minas de oro de Nevada y volvió a su lado hecho un millonario varias veces en. Ann Bartell odiaba al muchacho y de inmediato lo mandó a la Academia de Farristown, a unos ciento sesenta kilómetros de distancia. Tímido y sensible, un alma pequeña, solitaria e incomprendida, en Farristown se sentía más solo que nunca. Nunca volvía a casa en vacaciones y días festivos, como hacían los demás chicos. En cambio, vagaba por los edificios y terrenos desiertos, tratado con cierta amabilidad pero incomprendido por los criados y los jardineros; se recuerda que leía mucho, que pasaba sus días en los campos o ante la chimenea con la nariz hundida siempre entre las páginas de algún libro. Fue en esa época cuando forzó demasiado la vista y se vio obligado a usar gafas, las

mismas que resultan tan llamativas en las fotografías suyas publicadas por los periódicos en 1941.

Era un estudiante extraordinario. Una dedicación como la suya habría llevado lejos a cualquiera; pero él no necesitaba dedicación. Un solo vistazo a un texto le bastaba para dominarlo. El resultado fue que llevó a cabo una ingente labor de lecturas complementarias y adquirió más en medio año de lo que adquiriría el estudiante medio en seis años. En 1909, con apenas catorce años, estaba preparado —«más que preparado», dijo el director de la academia— para ingresar en Yale o Harvard. Su corta edad le impidió ingresar en esas universidades, y así, en 1909, lo encontramos como estudiante de primer año en el histórico Bowdoin College. En 1913 se licenció con los más altos honores e inmediatamente después siguió al profesor Bradlough a Berkeley, California. El único amigo que Emil Gluck encontró en toda su vida fue el profesor Bradlough. Los pulmones débiles de este último le habían llevado a cambiar Maine por California, traslado que se vio facilitado por el ofrecimiento de una cátedra en la Universidad Estatal. A lo largo del año 1914, Emil Gluck residió en Berkeley y cursó asignaturas científicas especializadas. Hacia finales de ese año, dos muertes cambiaron sus perspectivas y su relación con la vida. La muerte del profesor Bradlough le arrebató al único amigo que habría de conocer en su vida, y la muerte de Ann Bartell lo dejó sin un céntimo. Odiándolo hasta el final, lo dejó en el testamento con cien dólares.

Al año siguiente, con veinte años, Emil Gluck fue contratado como instructor de química en la Universidad de California. Allí los años transcurrieron con calma; cumplió fielmente con el trabajo rutinario que le proporcionaba el sueldo y, eterno estudiante, obtuvo media docena de títulos. Era, entre otras cosas, doctor en Sociología, en Filosofía y en Ciencias, aunque el mundo lo conocería, en los años venideros, únicamente como el profesor Gluck.

Tenía veintisiete años cuando saltó a la actualidad en los periódicos por primera vez, con la publicación de su libro *Sexo y progreso*. El libro sigue siendo hoy un hito en la historia y la filosofía

del matrimonio. Es un voluminoso tomo de más de setecientas páginas, meticuloso y preciso en grado sumo, y de una originalidad asombrosa. Era un libro para científicos, no concebido para causar revuelo. Pero Gluck, en el último capítulo, dedicándole apenas tres líneas, mencionó la hipotética conveniencia de los matrimonios de prueba. De inmediato los periódicos se apoderaron de esas tres líneas, las «explotaron en clave amarillista», como se decía en argot por entonces, y pusieron a todo el mundo a reírse de Emil Gluck, el joven profesor con gafas de veintisiete años. Los fotógrafos lo acosaban, los reporteros lo asediaban, los clubes femeninos de todo el país aprobaban resoluciones condenándolo a él y a sus inmorales teorías; y en el seno de la Asamblea de California, mientras se debatía la asignación presupuestaria estatal a la Universidad, se presentó una moción que exigía la expulsión de Gluck bajo amenaza de retirar dicha asignación —por supuesto, ninguno de sus perseguidores había leído el libro; la versión distorsionada que habían dado los periódicos de esas escasas tres líneas les bastaba—. Aquí comenzó el odio de Emil Gluck hacia los periodistas. Ellos habían convertido su obra seria e intrínsecamente valiosa, fruto de seis años de trabajo, en objeto de burla y de notoriedad. Hasta el día de su muerte, y para su eterno pesar, jamás los perdonó.

Fueron los periódicos los responsables del siguiente desastre que le sobrevino. Durante los cinco años siguientes a la publicación de su libro había guardado silencio, y el silencio no es bueno para un hombre solitario. Cabe imaginar con cierta empatía la espantosa soledad de Emil Gluck en esa populosa universidad; pues vivía sin amigos y sin comprensión. Su único recurso eran los libros, y siguió leyendo y estudiando de manera ingente. Pero en 1927 aceptó una invitación para comparecer ante la Sociedad de Interés Humano de Emeryville. No se fiaba de hablar improvisando, y mientras escribimos esto tenemos ante nosotros una copia de su docta ponencia. Es sobria, erudita y científica, y ha de añadirse también que conservadora. Pero en un pasaje trataba, y cito sus palabras, «la revolución industrial y social que está teniendo lugar en la sociedad». Un reportero presente se apoderó de la palabra

«revolución», la desgajó del texto y redactó un relato deformado que hacía aparecer a Emil Gluck como un anarquista. De inmediato, «el profesor Gluck, anarquista» ardió por los telégrafos y fue debidamente «destacado» en todos los periódicos del país.

Había intentado responder al anterior ataque periodístico, pero ahora guardó silencio. La amargura ya había corroído su alma. El claustro universitario le instó a defenderse, pero él se negó hoscamente, rechazando incluso presentar una copia de su ponencia en su defensa para salvarse de la expulsión. Se negó a dimitir y fue destituido del claustro universitario. Debe añadirse que se había ejercido presión política sobre el Consejo de Administración de la Universidad y sobre su rector.

Perseguido, difamado e incomprendido, el desdichado y solitario hombre no hizo ningún intento de represalia. Toda su vida había sido víctima de la maldad ajena, y toda su vida él no había causado mal a nadie. Pero su cáliz de amargura aún no estaba colmado. Habiendo perdido su puesto y sin ningún ingreso, tuvo que buscar trabajo. Su primer empleo fue en los Talleres de Hierro Union, en San Francisco, donde demostró ser un delineante de gran valía. Fue aquí donde adquirió su conocimiento de primera mano sobre los acorazados y su construcción. Pero los reporteros lo descubrieron e hicieron reportajes sobre él en su nueva ocupación. Dimitió de inmediato y encontró otro empleo; pero después de que los reporteros lo hubieran hecho huir de media docena de puestos, se armó de valor para plantar cara a la persecución periodística. Esto ocurrió cuando instaló su taller de galvanoplastia —en Oakland, en Telegraph Avenue—. Era un pequeño negocio que empleaba a tres hombres y dos muchachos. El propio Gluck trabajaba largas jornadas. Noche tras noche, según declaró el agente Carew en el estrado, no abandonaba el taller hasta la una o las dos de la madrugada. Fue durante este periodo cuando perfeccionó el mejorado dispositivo de encendido para motores de gas, cuyas regalías acabarían haciéndole rico.

Instaló su taller de galvanoplastia a principios de la primavera de 1928, y fue ese mismo año cuando trabó el desastroso vínculo amoroso con Irene Tackley. Ahora bien, no es de imaginar que una criatura tan extraordinaria como Emil Gluck pudiera ser otra cosa que un amante extraordinario. Además de su genio, su soledad y su morbosidad, ha de tenerse en cuenta que no sabía nada de las mujeres. Cualquiera que fuesen las mareas de deseo que inundaban su ser, no estaba avezado en la expresión convencional de las mismas; mientras que su timidez excesiva estaba destinada a hacer inusual su manera de cortejar. Irene Tackley era una joven bastante guapa, pero frívola y casquivana. En aquella época trabajaba en una pequeña confitería al otro lado de la calle, frente al taller de Gluck. Él solía entrar a tomar refrescos de helado y limonadas, y no dejaba de mirarla. Al parecer, la joven no sentía nada por él y simplemente jugaba con sus sentimientos. Era «raro», decía ella; y en otra ocasión lo llamó excéntrico al describir cómo se sentaba en el mostrador y la miraba fijamente a través de sus gafas, ruborizándose y tartamudeando cuando ella le prestaba atención, y saliendo con frecuencia de la tienda en precipitada confusión.

Gluck le hacía los regalos más asombrosos: un juego de té de plata, un anillo de diamantes, un conjunto de pieles, unos prismáticos de ópera, una *Historia del mundo* en varios gruesos volúmenes y una motocicleta totalmente chapada en plata en su propio taller. Entra ahora en escena el amante de la joven, que se planta, muestra su gran irritación y la obliga a devolver el extraño surtido de regalos de Gluck. Este hombre, William Sherbourne, era un ser tosco e imperturbable, un individuo de mandíbula prominente y clase obrera que se había convertido en un modesto pero exitoso contratista de obras. Gluck no entendía nada. Intentó obtener una explicación, tratando de hablar con la joven cuando salía del trabajo por las tardes. Ella se quejó a Sherbourne, y una noche este le propinó una paliza a Gluck. Fue una paliza muy severa, pues consta en los registros del Hospital de Urgencias de la Cruz Roja que Gluck fue atendido allí esa noche y no pudo abandonar el hospital en toda una semana.

Aun así, Gluck seguía sin entender. Continuó buscando una explicación por parte de la joven. Temiendo a Sherbourne, solicitó al jefe de policía permiso para portar un revólver, permiso que le fue denegado, mientras los periódicos, como de costumbre, lo explotaban de manera sensacionalista. Entonces llegó el asesinato de Irene Tackley, seis días antes de su proyectada boda con Sherbourne. Fue un sábado por la noche. Había trabajado hasta tarde en la confitería, y salió pasadas las once con el sueldo semanal en el bolso. Tomó el tranvía de la avenida San Pablo hasta la calle Treinta y cuatro, donde bajó y empezó a caminar las tres manzanas que la separaban de su casa. Esa fue la última vez que alguien la vio con vida. A la mañana siguiente la encontraron estrangulada en un solar.

Emil Gluck fue detenido de inmediato. Nada de lo que pudiera hacer podía salvarle. Fue condenado no solo sobre la base de indicios, sino sobre pruebas «fabricadas» por la policía de Oakland. No hay discusión posible en cuanto a que una gran parte de las pruebas fue fabricada. El testimonio del capitán Shehan fue el perjurio más descarado, pues se probó mucho después que la noche en cuestión no solo no se encontraba en las inmediaciones del crimen, sino que estaba fuera de la ciudad, en un lugar de recreo en la carretera de San Leandro. El desgraciado Gluck fue condenado a cadena perpetua en San Quintín, mientras que los periódicos y el público consideraban que se trataba de un error judicial —que debería habersele impuesto la pena de muerte—.

Gluck ingresó en la prisión de San Quintín el 17 de abril de 1929. Tenía entonces treinta y cuatro años. Y durante tres años y medio, gran parte de ese tiempo en régimen de aislamiento, se le dejó meditar sobre la injusticia de los hombres. Fue durante ese periodo cuando su amargura hizo presa definitivamente en él y se convirtió en un ser que odiaba a todos sus semejantes. Otras tres cosas hizo durante ese mismo periodo: escribió su famoso tratado, *La moral humana*, su notable panfleto, *El cuerdo criminal*, y elaboró su terrible y monstruoso plan de venganza. Fue un episodio ocurrido en su taller de galvanoplastia el que le sugirió su singular arma de

venganza. Según se afirma en su confesión, elaboró cada detalle teóricamente durante su encarcelamiento, y al ser puesto en libertad pudo embarcarse de inmediato en su carrera de venganza.

Su puesta en libertad fue sensacional. También fue lamentable y criminalmente retrasada por el insensible papeleo legal entonces en boga. En la noche del 1 de febrero de 1932, Tim Haswell, un atracador, recibió un disparo durante un intento de robo perpetrado contra un ciudadano de Piedmont Heights. Tim Haswell sobrevivió tres días, durante los cuales no solo confesó el asesinato de Irene Tackley, sino que aportó pruebas concluyentes del mismo. Bert Danniker, un recluso que agonizaba de tuberculosis en la prisión de Folsom, quedó implicado como cómplice, y su confesión no tardó en llegar. Nos resulta inconcebible a los de hoy —los torpes y dilatorios procesos de la justicia de hace una generación—. La inocencia de Emil Gluck quedó probada en febrero, y sin embargo no fue puesto en libertad hasta el octubre siguiente. Durante ocho meses, gravemente agraviado, se vio obligado a soportar su inmerecido castigo. Esto no era propicio para la dulzura y la serenidad, y bien podemos imaginar cómo se consumió de amargura durante esos lúgubres ocho meses.

Regresó al mundo en el otoño de 1932, siendo, como de costumbre, tema «de portada» en todos los periódicos. Los periódicos, en lugar de expresar un arrepentimiento sincero, prosiguieron con su vieja persecución sensacionalista. Un diario fue más lejos: el *San Francisco Intelligencer*. John Hartwell, su director, elaboró una ingeniosa teoría que sorteaba las confesiones de los dos criminales y pretendía demostrar que Gluck era, en definitiva, el responsable del asesinato de Irene Tackley. Hartwell murió. Y Sherbourne también murió, mientras que el agente Phillipps recibió un disparo en la pierna y fue dado de baja del cuerpo de policía de Oakland.

El asesinato de Hartwell fue durante mucho tiempo un misterio. Se encontraba solo en su despacho de redacción en aquel momento. El botones oyó las detonaciones del revólver y entró corriendo, para

hallar a Hartwell agonizando en su sillón. Lo que desconcertaba a la policía era el hecho, no ya de que le hubieran disparado con su propio revólver, sino de que el revólver hubiese estallado dentro del cajón de su escritorio. Las balas habían atravesado el frente del cajón y penetrado en su cuerpo. La policía descartó la hipótesis del suicidio, el asesinato se rechazó por absurdo, y la culpa recayó sobre la Eureka Smokeless Cartridge Company. Una explosión espontánea fue la explicación policial, y los químicos de la fábrica de cartuchos se vieron duramente hostigados en la instrucción del caso. Pero lo que la policía ignoraba era que al otro lado de la calle, en el Edificio Mercer, la habitación 633, alquilada por Emil Gluck, había estado ocupada por Emil Gluck en el preciso instante en que el revólver de Hartwell estalló tan misteriosamente.

Por entonces no se estableció relación alguna entre la muerte de Hartwell y la muerte de William Sherbourne. Sherbourne había seguido viviendo en la casa que había edificado para Irene Tackley, y una mañana de enero de 1933 lo encontraron muerto. Suicidio fue el veredicto de la instrucción judicial, pues había recibido un disparo de su propio revólver. Lo curioso que ocurrió aquella noche fue el disparo que abatió al agente Phillipps en la acera, frente a la casa de Sherbourne. El policía se arrastró hasta un teléfono de la comisaría en la esquina y pidió una ambulancia. Aseguraba que alguien le había disparado en la pierna por la espalda. La pierna en cuestión quedó tan destrozada por tres balas del calibre 38 que fue necesaria la amputación. Pero cuando la policía descubrió que el daño lo había causado su propio revólver, se alzó una gran carcajada, y se le acusó de haber estado borracho. Pese a negar que hubiera probado una sola gota, y a su insistente afirmación de que el revólver había permanecido en el bolsillo trasero y de que no había puesto un dedo en él, fue expulsado del cuerpo. La confesión de Emil Gluck, seis años después, limpió de deshonor al desdichado agente, que hoy vive con buena salud y disfruta de una generosa pensión municipal.

Emil Gluck, tras haberse deshecho de sus enemigos más inmediatos, buscaba ahora un campo más amplio, aunque su odio hacia los periodistas y hacia la policía permaneció siempre vivo. Los

derechos de autor de su dispositivo de encendido para motores de gasolina se habían ido acumulando mientras yacía en prisión, y año tras año aumentaba el poder de renta de su invento. Era independiente, capaz de viajar a donde quisiera por la faz de la tierra y de saciar su monstruoso apetito de venganza. Se había convertido en un monomaniaco y en un anarquista; no un anarquista filosófico, meramente, sino un anarquista violento. Quizá el término esté mal empleado, y se le describa mejor como un nihilista, o un aniquilista. Se sabe que no se afilió a ninguno de los grupos terroristas. Operaba enteramente solo, pero sembró mil veces más terror y logró mil veces más destrucción que todos los grupos terroristas juntos.

Anunció su partida de California volando por los aires Fort Mason. En su confesión hablaba de ello como de un pequeño experimento: no hacía más que probar su destreza. Durante ocho años vagó por la tierra, un terror misterioso, destruyendo propiedades por valor de cientos de millones de dólares y segando innumerables vidas. Un buen resultado de sus terribles fechorías fue la destrucción que causó entre los propios terroristas. Cada vez que hacía algo, la redada policial recogía a los terroristas de las cercanías, y muchos de ellos fueron ejecutados. Diecisiete fueron ejecutados solo en Roma, a raíz del asesinato del rey de Italia.

Quizá la más asombrosa de sus hazañas, ante los ojos del mundo, fuera el asesinato del rey y la reina de Portugal. Era el día de su boda. Se habían tomado todas las precauciones posibles contra los terroristas, y el camino desde la catedral, a través de las calles de Lisboa, estaba flanqueado por una doble hilera de tropas, mientras un escuadrón de doscientos jinetes rodeaba la carroza. De pronto sucedió lo increíble. Los fusiles automáticos de los jinetes empezaron a dispararse, y con ellos los fusiles, en las inmediaciones, de la doble hilera de infantería. En medio del pánico, las bocas de los fusiles que se disparaban apuntaban en todas direcciones. La matanza fue espantosa: caballos, tropas, espectadores, el rey y la reina, todos quedaron acribillados a balazos. Para complicar aún más el asunto, en distintos puntos de la muchedumbre, tras los soldados de a pie, a

dos terroristas les estallaron las bombas encima. Esas bombas pensaban arrojarlas si se les presentaba la ocasión. Pero ¿quién iba a saberlo? Los espantosos estragos de las bombas al reventar no hicieron más que aumentar la confusión; se consideraron parte del ataque general.

Un detalle desconcertante que no hubo modo de explicar fue la conducta de los jinetes con sus fusiles que se disparaban solos. Parecía imposible que estuvieran en el complot, y sin embargo ahí estaban los cientos de personas abatidas por sus balas, entre ellas el rey y la reina. Por otra parte, más desconcertante todavía era el hecho de que el setenta por ciento de los propios jinetes hubiera muerto o resultado herido. Algunos lo explicaban aduciendo que los leales soldados de a pie, al ver el ataque contra la carroza real, habían abierto fuego contra los traidores. Sin embargo, no se pudo arrancar a los supervivientes ni una sola prueba que corroborara esto, aunque a muchos se los sometió a tortura. Sostenían con tozudez que ellos no habían disparado sus fusiles en absoluto, sino que los fusiles se habían disparado solos. Los químicos se reían de ellos, pues sostenían que, si bien era apenas probable que un solo cartucho, cargado con la nueva pólvora sin humo, estallara espontáneamente, quedaba fuera de toda probabilidad y posibilidad que todos los cartuchos de una zona dada, así cargados, estallasen espontáneamente. Y así, al final, no se llegó a explicación alguna del asombroso suceso. La opinión general del resto del mundo fue que todo el asunto había sido un pánico ciego de los febriles latinos, precipitado, eso sí, por el estallido de dos bombas terroristas; y a este respecto se recordó el risible encuentro de muchos años atrás entre la flota rusa y los barcos de pesca ingleses.

Y Emil Gluck reía por lo bajo y seguía su camino. Él lo sabía. Pero ¿cómo iba a saberlo el mundo? Había dado con el secreto en su vieja galvanoplastia de Telegraph Avenue, en la ciudad de Oakland. Ocurrió, por entonces, que la Thurston Power Company instaló una estación de telegrafía sin hilos cerca de su taller. Al poco tiempo, su cuba de galvanoplastia dejó de funcionar. El cableado de la cuba tenía muchas juntas defectuosas y, al investigarlo, Gluck descubrió

diminutas soldaduras en las juntas del cableado. Estas, al reducir la resistencia, habían provocado que pasara una corriente excesiva a través de la solución, «hirviéndola» y echando a perder el trabajo. Pero ¿qué había causado las soldaduras? Esa era la pregunta que rondaba la mente de Gluck. Su razonamiento fue sencillo. Antes de instalarse la estación inalámbrica, la cuba funcionaba bien. No fue hasta después de instalarse la estación inalámbrica cuando la cuba quedó inservible. Por lo tanto, la estación inalámbrica había sido la causa. Pero ¿cómo? Respondió enseguida a la pregunta. Si una descarga eléctrica era capaz de accionar un cohesor a través de casi cinco mil kilómetros de océano, entonces, con toda certeza, las descargas eléctricas de la estación inalámbrica situada a ciento veinte metros de distancia podían producir efectos de cohesor en las juntas defectuosas del cableado de la cuba.

Gluck no volvió a pensar en ello por el momento. Se limitó a recablear su cuba y siguió con la galvanoplastia. Pero más tarde, en prisión, recordó el incidente, y como un relámpago acudió a su mente todo su significado. Vio en ello el arma silenciosa y secreta con que vengarse del mundo. Su gran descubrimiento, que murió con él, fue el control sobre la dirección y el alcance de la descarga eléctrica. En aquel entonces, este era el problema sin resolver de la telegrafía sin hilos —como lo sigue siendo hoy—, pero Emil Gluck, en su celda de la prisión, lo dominó. Y, cuando quedó en libertad, lo aplicó. Era bastante sencillo, dado el poder de dirección que poseía, introducir una chispa en los polvorines de un fuerte, de un acorazado o de un revólver. Y no solo podía hacer estallar así la pólvora a distancia, sino que podía prender incendios. El gran incendio de Boston lo provocó él; de forma completamente accidental, eso sí, según declaró en su confesión, añadiendo que fue un accidente agradable y que nunca había tenido motivo alguno para lamentarlo.

Fue Emil Gluck quien provocó la terrible guerra germano-estadounidense, con la pérdida de 800.000 vidas y el dispendio de un tesoro casi incalculable. Se recordará que en 1939, a causa del incidente Pickard, existían relaciones tensas entre ambos países.

Alemania, aunque agraviada, no ansiaba la guerra y, como prenda de paz, envió al príncipe heredero y a siete acorazados en visita amistosa a los Estados Unidos. La noche del 15 de febrero, los siete buques de guerra estaban fondeados en el Hudson, frente a la ciudad de Nueva York. Y esa noche Emil Gluck, solo, con todos sus aparatos a bordo, se hallaba fuera en una lancha. Esta lancha, según se probó después, se la había comprado a la Ross Turner Company, mientras que buena parte del instrumental que empleó aquella noche lo había adquirido a la Columbia Electric Works. Pero esto no se supo en su momento. Todo lo que se supo fue que los siete acorazados volaron por los aires, uno tras otro, a intervalos regulares de cuatro minutos. El noventa por ciento de las tripulaciones y los oficiales, junto con el príncipe heredero, perecieron. Muchos años antes, el acorazado estadounidense *Maine* había volado por los aires en el puerto de La Habana, y a ello había seguido de inmediato la guerra con España, aunque siempre ha existido una duda razonable sobre si la explosión se debió a una conspiración o a un accidente. Pero un accidente no podía explicar la voladura de los siete acorazados en el Hudson a intervalos de cuatro minutos. Alemania creyó que lo había hecho un submarino, y declaró la guerra de inmediato. Fue seis meses después de la confesión de Gluck cuando devolvió las Filipinas y Hawái a los Estados Unidos.

Entretanto, Emil Gluck, el malévolo brujo y archienemigo del género humano, recorría su vertiginosa senda de destrucción. No dejaba rastro. Científicamente meticuloso, siempre lo limpiaba todo tras de sí. Su método consistía en alquilar una habitación o una casa e instalar en secreto sus aparatos, unos aparatos que, dicho sea de paso, perfeccionó y simplificó de tal modo que apenas ocupaban espacio. Una vez cumplido su propósito, retiraba cuidadosamente el instrumental. Todo apuntaba a que viviría una larga vida de crímenes horrendos.

La epidemia de disparos contra los policías de la ciudad de Nueva York fue un asunto notable. Se convirtió en uno de los misterios de horror de la época. En dos breves semanas, más de cien policías recibieron disparos en las piernas de sus propios revólveres. El

inspector Jones no resolvió el misterio, pero fue idea suya lo que al fin burló a Gluck. Por recomendación suya, los policías dejaron de llevar revólveres, y no volvieron a producirse disparos accidentales.

Fue a comienzos de la primavera de 1940 cuando Gluck destruyó el arsenal naval de Mare Island. Desde una habitación de Vallejo lanzó sus descargas eléctricas al otro lado del estrecho de Vallejo, hasta Mare Island. Primero dirigió sus fogonazos sobre el acorazado *Maryland*. Estaba amarrado al muelle de uno de los pañoles de minas. En su cubierta de proa, sobre una enorme plataforma provisional de maderos, había dispuestas más de cien minas. Esas minas estaban destinadas a la defensa de la Golden Gate. Cualquiera de esas minas era capaz de destruir una docena de acorazados, y había más de cien minas. La destrucción fue tremenda, pero no fue más que la obertura de Gluck. Fue paseando sus fogonazos por la orilla de Mare Island, volando cinco lanchas torpederas, la estación de torpedos y el gran pañol del extremo oriental de la isla. De vuelta hacia el oeste, y arrasando de paso algún que otro pañol aislado en las alturas que dominaban la costa, voló tres cruceros y los acorazados *Oregon*, *Delaware*, *New Hampshire* y *Florida*; este último acababa de entrar en dique seco, y el magnífico dique seco quedó destruido junto con él.

Fue una catástrofe pavorosa, y un escalofrío de horror recorrió el país. Pero no fue nada comparado con lo que estaba por venir. A finales del otoño de aquel año, Emil Gluck barrió de un plumazo el litoral atlántico desde Maine hasta Florida. Nada escapó. Fuertes, minas, defensas costeras de toda clase, estaciones de torpedos, pañoles: todo saltó por los aires. Tres meses después, en pleno invierno, azotó la costa norte del Mediterráneo desde Gibraltar hasta Grecia del mismo modo estupefaciente. Un lamento se alzó de las naciones. Estaba claro que una mano humana se hallaba detrás de toda aquella destrucción, e igual de claro estaba, por la imparcialidad de Emil Gluck, que la destrucción no era obra de ninguna nación en particular. Una cosa era patente, a saber: que, quienquiera que fuese el hombre que estaba detrás de todo, ese hombre era una amenaza para el mundo. Ninguna nación estaba a

salvo. No había defensa alguna contra aquel enemigo desconocido y todopoderoso. La guerra era inútil; más aún, no solo inútil, sino la esencia misma del peligro. Durante doce meses cesó la fabricación de pólvora, y todos los soldados y marineros fueron retirados de todas las fortificaciones y buques de guerra. E incluso se consideró seriamente un desarme mundial en la Convención de las Potencias, celebrada por aquel entonces en La Haya.

Y entonces Silas Bannerman, un agente del servicio secreto de los Estados Unidos, saltó a la fama mundial al detener a Emil Gluck. Al principio se rieron de Bannerman, pero había preparado bien su caso, y en pocas semanas hasta los más escépticos quedaron convencidos de la culpabilidad de Emil Gluck. Sin embargo, lo único que Silas Bannerman nunca consiguió explicar, ni siquiera a su propia satisfacción, fue cómo llegó por primera vez a relacionar a Gluck con los atroces crímenes. Es cierto que Bannerman se hallaba en Vallejo, en misión secreta del gobierno, en el momento de la destrucción de Mare Island; y es cierto que en las calles de Vallejo le señalaron a Emil Gluck como a un chiflado extravagante; pero en su momento no le produjo impresión alguna. No fue hasta después, estando de vacaciones en las Montañas Rocosas y leyendo los primeros informes publicados sobre la destrucción a lo largo de la costa atlántica, cuando de pronto Bannerman pensó en Emil Gluck. Y al instante le vino a la mente, como un relámpago, la conexión entre Gluck y la destrucción. No era más que una hipótesis, pero bastaba. Lo grande fue la concepción de la hipótesis, en sí misma un acto de cerebración inconsciente, algo tan inexplicable como el destello con que, por ejemplo, surgió en la mente de Newton el principio de la gravitación.

El resto fue fácil. ¿Dónde estaba Gluck en el momento de la destrucción a lo largo del litoral atlántico? Esa fue la pregunta que se formó en la mente de Bannerman. A petición propia, se le puso al frente del caso. En un abrir y cerrar de ojos averiguó que el propio Gluck había recorrido de arriba abajo la costa atlántica a finales del otoño de 1940. También averiguó que Gluck había estado en la ciudad de Nueva York durante la epidemia de disparos contra los

agentes de policía. ¿Dónde estaba Gluck ahora? Fue la siguiente pregunta de Bannerman. Y, como en respuesta, llegó la destrucción en masa a lo largo del Mediterráneo. Gluck había zarpado para Europa un mes antes; Bannerman lo sabía. No fue necesario que Bannerman fuera a Europa. Por medio de mensajes por cable y de la cooperación de los servicios secretos europeos, siguió el rastro de Gluck a lo largo del Mediterráneo y comprobó que en cada caso coincidía con la voladura de defensas costeras y de barcos. También se enteró de que Gluck acababa de zarpar rumbo a los Estados Unidos en el transatlántico *Plutonic*, de la Green Star.

El caso estaba completo en la mente de Bannerman, aunque en el intervalo de espera fue perfilando los detalles. En ello le prestó una hábil ayuda George Brown, un operador al servicio del Wood's System of Wireless Telegraphy. Cuando el *Plutonic* arribó frente a Sandy Hook, Bannerman lo abordó desde un remolcador del gobierno, y Emil Gluck fue hecho prisionero. Siguió el juicio y la confesión. En la confesión, Gluck manifestó lamentar una sola cosa, a saber: haberse tomado su tiempo. Como dijo, de haber sospechado que alguna vez sería descubierto, habría trabajado con mayor rapidez y logrado mil veces la destrucción que causó. Su secreto murió con él, aunque hoy se sabe que el gobierno francés se las arregló para acceder a él y le ofreció mil millones de francos por su invento, con el que era capaz de dirigir y confinar estrechamente las descargas eléctricas. «¡Cómo! —fue la respuesta de Gluck—, ¿venderos a vosotros aquello que os permitiría esclavizar y maltratar a la sufriente Humanidad?». Y aunque los ministerios de la guerra de las naciones han seguido experimentando en sus laboratorios secretos, hasta el momento no han logrado dar con el más leve rastro del secreto. Emil Gluck fue ejecutado el 4 de diciembre de 1941, y así murió, a los cuarenta y seis años, uno de los genios más desdichados del mundo, un hombre de portentoso intelecto, pero cuyas poderosas facultades, en lugar de encaminarse al bien, se torcieron y deformaron de tal modo que llegó a ser el más asombroso de los criminales.

—Extraído de las *Excentricidades del crimen* del señor A. G. Burnside, con la amable autorización de los editores, los señores Holiday y Whitsund.

EL SUEÑO DE DEBS

ME DESPERTÉ casi una hora antes de mi hora habitual. Aquello era en sí mismo extraordinario, y me quedé muy despierto, dándole vueltas. Algo andaba mal, algo no estaba bien; no sabía qué. Me oprimía el presentimiento de algo terrible que había sucedido o estaba a punto de suceder. ¿Pero qué era? Traté de orientarme. Recordé que durante el Gran Terremoto de 1906 muchos afirmaron haberse despertado momentos antes del primer temblor y que durante esos instantes habían experimentado extrañas sensaciones de terror. ¿Iba San Francisco a sufrir otro terremoto?

Me quedé tumbado un minuto entero, en muda expectación, pero no se produjo el bamboleo de las paredes ni el estruendo de cascotes al desplomarse. Todo estaba en calma. ¡Eso era! ¡El silencio! Con razón me había inquietado. El rumor de la gran ciudad viva brillaba por su ausencia de un modo extraño. Los tranvías de superficie pasaban por mi calle, a esa hora del día, con una frecuencia media de uno cada tres minutos; pero en los diez minutos siguientes no pasó ni uno. Quizá fuera una huelga de tranvías, pensé; o quizá hubiera habido un accidente y hubieran cortado el suministro eléctrico. Pero no, el silencio era demasiado profundo. No oí el traqueteo y el estrépito de las ruedas de los carruajes, ni el golpeteo de los cascos herrados que pugnaban por subir el empinado adoquinado.

Pulsé el timbre que había junto a mi cama e intenté escuchar el sonido de la campanilla, aunque bien sabía que era imposible que el sonido llegara hasta mí desde tres pisos más abajo aunque sonase.

Y sonó, pues pocos minutos después Brown entró con la bandeja y el periódico matinal. Aunque su semblante era tan impasible como siempre, advertí en sus ojos una chispa de sobresalto y aprensión. Advertí también que en la bandeja no había nata.

—Esta mañana no ha repartido la lechería —explicó—; ni la panadería tampoco.

Eché otro vistazo a la bandeja. No había bollos frescos; solo rebanadas del pan integral del día anterior, el pan más detestable para mi gusto.

—Esta mañana no ha repartido nadie, señor —empezó a explicar Brown con tono de disculpa; pero le interrumpí.

—¿El periódico?

—Sí, señor, ese sí lo han traído, pero ha sido lo único, y además es la última vez. Mañana no habrá periódico. Así lo dice el propio periódico. ¿Quiere que salga a buscarle leche condensada?

Negué con la cabeza, acepté el café solo y desplegué el periódico. Los titulares lo explicaban todo; demasiado, a decir verdad, pues el periódico llegaba a extremos de pesimismo que resultaban ridículos. Se había convocado, decía, una huelga general en todo Estados Unidos; y se expresaban las más sombrías inquietudes respecto al abastecimiento de las grandes ciudades.

Seguí leyendo a toda prisa, saltándome mucho y recordando mucho de los conflictos laborales del pasado. Durante toda una generación, la huelga general había sido el sueño del sindicalismo organizado, un sueño surgido en la mente de Debs, uno de los grandes líderes obreros de treinta años atrás. Recordé que en mis tiempos de joven universitario comprometido con los barrios pobres había llegado incluso a escribir un artículo sobre el tema para una de las revistas, y que lo había titulado «El sueño de Debs». Y he de confesar que había tratado la idea con gran frivolidad y academicismo, como un sueño y nada más. El tiempo y el mundo habían seguido rodando: Gompers había desaparecido, la Federación Americana del Trabajo había desaparecido, y desaparecido estaba

Debs con todas sus alocadas ideas revolucionarias; pero el sueño había persistido, y ahora se hacía realidad por fin. Sin embargo, al leer, me reí del sombrío panorama que dibujaba el periódico. Yo sabía más. Había visto al sindicalismo organizado perder en demasiados conflictos. Era solo cuestión de días que aquello se resolviera. Era una huelga nacional, y al Gobierno no le costaría mucho romperla.

Dejé el periódico a un lado y me dispuse a vestirme. Sin duda resultaría interesante salir a las calles de San Francisco cuando no giraba ni una rueda y toda la ciudad se tomaba unas forzadas vacaciones.

—Perdone, señor —dijo Brown al entregarme la petaca de puros—, pero el señor Harmmed le ruega que le reciba antes de salir.

—Que pase de inmediato —respondí.

Harmmed era el mayordomo. Al entrar pude ver que luchaba por contener su agitación. Fue directamente al grano.

—¿Qué debo hacer, señor? Habrá que conseguir provisiones, y los repartidores están en huelga. Y han cortado la electricidad; supongo que ellos también están en huelga.

—¿Están abiertas las tiendas? —pregunté.

—Solo las pequeñas, señor. Los empleados de comercio están de huelga y las grandes no pueden abrir; pero los propietarios y sus familias llevan ellos mismos las pequeñas.

—Entonces coja el coche —dije—, dé la vuelta por las tiendas y haga las compras. Compre de todo en abundancia, de lo que necesite o pueda necesitar. Coja una caja de velas... no, coja media docena de cajas. Y cuando haya terminado, dígle a Harrison que traiga el coche al club para mí, no más tarde de las once.

Harmmed sacudió la cabeza con gravedad.

—El señor Harrison se ha sumado a la huelga junto con el sindicato de chóferes, y yo no sé conducir el coche.

—¡Vaya, conque sí, eh! —dije yo—. Pues la próxima vez que el señor Harrison se pase por aquí, dígle que puede buscar otro empleo.

—Muy bien, señor.

—¿No pertenece usted por casualidad a un sindicato de mayordomos, Harmmed?

—No, señor —fue la respuesta—. Y aunque perteneciera a uno, no abandonaría a mi empleador en una crisis como esta. No, señor, yo...

—Bien, gracias —dije—. Ahora prepárese para acompañarme. Conduciré el coche yo mismo y haremos acopio de provisiones para resistir un asedio.

Era un hermoso primero de mayo, incluso para ser un día de mayo. El cielo estaba despejado, no corría el viento y el aire era cálido, casi balsámico. Había muchos automóviles en la calle, pero los conducían los propios dueños. Las calles estaban concurridas pero tranquilas. La clase obrera, vestida con sus mejores galas domingueras, había salido a tomar el aire y a observar los efectos de la huelga. Todo era tan insólito y, al mismo tiempo, tan apacible, que me sorprendí disfrutándolo. Tenía los nervios en punta con una leve excitación. Era una especie de aventura plácida. Pasé junto a la señorita Chickering. Iba al volante de su pequeño coche descapotable. Dio un giro y vino tras de mí, alcanzándome en la esquina.

—¡Ay, señor Corf! —me llamó—. ¿Sabe usted dónde puedo comprar velas? He ido a más de una docena de tiendas y todas están agotadas. Es espantoso, ¿verdad?

Pero sus ojos chispeantes desmentían sus palabras. Como el resto de nosotros, lo estaba disfrutando enormemente. Menuda aventura resultó hacerse con aquellas velas. No fue hasta que atravesamos la ciudad y bajamos al barrio obrero al sur de Market Street que encontramos pequeñas tiendas de ultramarinos en esquinas que todavía no habían agotado sus existencias. La señorita Chickering

pensó que una caja era suficiente, pero la convencí para que se llevara cuatro. Mi coche era grande y yo hice acopio de una docena de cajas. No había forma de saber qué retrasos podía acarrear la resolución de la huelga. Además, llené el coche de sacos de harina, levadura en polvo, conservas en lata y todo lo demás indispensable para la vida que sugirió Harmmed, quien iba de un lado a otro y cacaraqueaba sobre las compras como una gallina angustiada.

Lo notable de aquel primer día de huelga fue que nadie previó realmente nada serio. El anuncio del sindicalismo organizado en los periódicos matinales de que estaba dispuesto a mantenerse en huelga un mes o tres meses fue recibido con risas. Y sin embargo, ese mismo primer día podríamos haberlo adivinado por el hecho de que la clase obrera no tomó prácticamente parte en la gran carrera por aprovisionarse. Claro que no. Durante semanas y meses, con astucia y en secreto, toda la clase obrera había ido almacenando sus propias reservas de provisiones. Por eso se nos permitió bajar a comprar en los pequeños ultramarinos de los barrios obreros.

No fue hasta que llegué al club aquella tarde cuando empecé a sentir la primera inquietud. Todo era un caos. No había aceitunas para los cócteles, y el servicio iba a trancas y barrancas. La mayoría de los caballeros estaban irritados, y todos preocupados. Una babel de voces me saludó al entrar. El general Folsom, acomodando su considerable barriga en un asiento junto a la ventana en la sala de fumadores, se defendía de media docena de caballeros exaltados que exigían que hiciera algo.

—¿Qué puedo hacer más de lo que ya he hecho? —estaba diciendo—. No hay órdenes de Washington. Si ustedes, caballeros, consiguen mandar un telegrama, haré todo lo que se me ordene. Pero no veo qué puede hacerse. Lo primero que hice esta mañana, en cuanto me enteré de la huelga, fue llamar a las tropas del Presidio; tres mil hombres. Están custodiando los bancos, la Casa de la Moneda, la oficina de correos y todos los edificios públicos. No hay desorden alguno. Los huelguistas mantienen el orden a la

perfección. No pueden esperar que los fusile mientras pasean por las calles con sus mujeres e hijos, todos emperifollados.

—Me gustaría saber qué está pasando en Wall Street —oí decir a Jimmy Wombold mientras pasaba. Podía imaginar su inquietud, pues sabía que estaba metido de lleno en el gran negocio de la Consolidated-Western.

—Oiga, Corf —se me acercó presuroso Atkinson—, ¿funciona su coche?

—Sí —respondí—, pero ¿qué le pasa al suyo?

—Averiado, y todos los talleres están cerrados. Y creo que mi mujer está por los alrededores de Truckee, atascada en el ferrocarril transcontinental. No hay forma de mandarle un telegrama. Debería haber llegado esta tarde. Puede que esté pasando hambre. Présteme su coche.

—No hay forma de cruzar la bahía —intervino Halstead—. Los ferrís no funcionan. Pero le diré lo que puede hacer. Está Rollinson... ah, Rollinson, venga un momento. Atkinson quiere cruzar un coche a la otra orilla. Su mujer está atascada en el transcontinental en Truckee. ¿No podría traer el *Lurlette* desde Tiburón y transportar el coche para él?

El *Lurlette* era un yate-goleta de doscientas toneladas, apto para alta mar.

Rollinson sacudió la cabeza.

—No encontraría un estibador que embarcara el coche aunque yo pudiera traer el *Lurlette*, que no puedo, pues la tripulación pertenece al Sindicato de Marineros de la Costa y están en huelga como los demás.

—Pero mi mujer puede estar pasando hambre —oí lamentarse a Atkinson mientras me alejaba.

Al otro extremo de la sala de fumadores me topé con un grupo de hombres arremolinados con excitación e indignación alrededor de

Bertie Messener. Y Bertie los estaba azuzando y provocando a su manera fría y cínica. A Bertie no le importaba la huelga. En realidad, no le importaba gran cosa. Era un *blasé*; al menos en todo lo respetable de la vida, pues lo sórdido no tenía ningún atractivo para él. Valía veinte millones, todo en inversiones seguras, y en su vida había dado un solo golpe de trabajo productivo: lo había heredado todo de su padre y sus dos tíos. Había estado en todas partes, lo había visto todo y lo había hecho todo salvo casarse, y esto último a pesar de las tenaces y resueltas acometidas de unos cuantos cientos de ambiciosas mamás. Durante años había sido el mejor partido, y hasta entonces había logrado evitar que lo cazaran. Era un partido de escándalo. Además de su fortuna, era joven, apuesto y, como ya he dicho, decente. Era un gran deportista, un joven dios rubio que hacía todo a la perfección y con maestría, con la única excepción del matrimonio. Y no le importaba nada, no tenía ambiciones, ni pasiones, ni deseos de hacer precisamente las cosas que hacía mucho mejor que los demás hombres.

—¡Esto es sedición! —exclamaba uno de los hombres del grupo. Otro lo llamaba revuelta y revolución, y otro lo llamaba anarquía.

—No lo veo así —dijo Bertie—. He estado en la calle toda la mañana. Reina el orden perfecto. Nunca vi un vecindario más respetuoso de la ley. No sirve de nada ponerle nombres. No es ninguna de esas cosas. Es exactamente lo que dice ser, una huelga general, y ahora les toca jugar a ustedes, caballeros.

—¡Y vaya si jugaremos! —exclamó Garfield, uno de los millonarios del transporte—. ¡Les enseñaremos a estas basuras cuál es su sitio, bestias! Esperen a que intervenga el Gobierno.

—¿Y dónde está el Gobierno? —interpuso Bertie—. Para lo que les sirve a ustedes podría estar en el fondo del mar. No saben qué está pasando en Washington. No saben si tienen Gobierno o no.

—De eso no se preocupe usted —espetó Garfield.

—Le aseguro que no me preocupo —sonrió Bertie lánguidamente—. Pero me parece que es lo que están haciendo ustedes. Mírese al

espejo, Garfield.

Garfield no se miró, pero de haberse mirado habría visto a un caballero muy agitado, con el cabello canoso alborotado, la cara encendida, la boca hosca y rencorosa, y los ojos brillando con ferocidad.

—Es que no está bien, se lo digo yo —dijo el pequeño Hanover; y por su tono estaba seguro de que lo había dicho ya varias veces.

—Eso ya es pasarse, Hanover —replicó Bertie—. Ustedes me agotan. Todos son partidarios del taller abierto. Me han taladrado los tímpanos con su interminable cháchara sobre el taller abierto y el derecho del hombre a trabajar. Llevan años dando el mismo sermón. El movimiento obrero no hace nada malo al declarar esta huelga general. No está violando ninguna ley de Dios ni de los hombres. Cállese, Hanover. Lleva demasiado tiempo tocando y retocando el tema del derecho divino a trabajar... o a no trabajar; no puede escapar al corolario. Es una pelea mezquina y sórdida, eso es todo lo que es. Ustedes tuvieron al movimiento obrero pisoteado y lo exprimieron, y ahora el movimiento obrero les tiene a ustedes pisoteados y los está exprimiendo, eso es todo, y están chillando.

Cada uno de los hombres del grupo prorrumpió en indignadas negativas de que el movimiento obrero hubiera sido explotado jamás.

—¡En absoluto! —vociferaba Garfield—. Hemos hecho lo mejor para el trabajo. En lugar de exprimirlo, le hemos dado una oportunidad de vivir. Le hemos creado trabajo. ¿Dónde estaría el movimiento obrero si no fuera por nosotros?

—Mucho mejor —se mofó Bertie—. Ustedes tuvieron al movimiento obrero pisoteado y lo exprimieron cada vez que tuvieron ocasión, y se desvivieron por crear ocasiones.

—¡No! ¡No! —fueron los gritos.

—Está la huelga de los carreteros, aquí mismo en San Francisco —prosигuió Bertie imperturbablemente—. La Asociación de

Empresarios provocó esa huelga. Ustedes lo saben. Y saben que yo también lo sé, pues he estado sentado en estas mismas salas y he oído los comentarios internos y las noticias del conflicto. Primero provocaron la huelga, luego compraron al alcalde y al jefe de policía y la rompieron. Bonito espectáculo: ustedes los filántropos teniendo a los carreteros pisoteados y exprimiéndolos.

—Esperen, que no he terminado. El año pasado la candidatura obrera de Colorado eligió a un gobernador. Nunca tomó posesión. Saben por qué. Saben cómo lo amañaron sus colegas filántropos y capitalistas de Colorado. Fue un caso de pisotear al movimiento obrero y exprimirlo. Mantuvieron al presidente de la Asociación Amalgamada del Suroeste de Mineros en la cárcel durante tres años con cargos de asesinato inventados, y con él fuera de juego disolvieron la asociación. Eso fue exprimir al movimiento obrero, lo reconocerán. La tercera vez que el impuesto sobre la renta progresivo fue declarado inconstitucional fue otra vuelta de tuerca. También lo fue el proyecto de ley de las ocho horas que ustedes tumbaron en el último Congreso.

—Y de todas las explotaciones inmorales sin paliativos, la destrucción del principio del taller cerrado fue el colmo. Saben cómo se hizo. Compraron a Farburg, el último presidente de la vieja Federación Americana del Trabajo. Era una criatura suya, o de todos los trusts y asociaciones de empresarios, que viene a ser lo mismo. Provocaron la gran huelga del taller cerrado. Farburg traicionó esa huelga. Ustedes ganaron, y la vieja Federación Americana del Trabajo se desmoronó. Ustedes la destruyeron, y al hacerlo se destruyeron a sí mismos; pues justo a continuación comenzó la organización de la I.L.W., la organización obrera más grande y sólida que han visto los Estados Unidos, y ustedes son responsables de su existencia y de la presente huelga general. Aplastaron todas las viejas federaciones y empujaron al movimiento obrero hacia la I.L.W., y la I.L.W. convocó la huelga general, siguiendo en la lucha por el taller cerrado. Y después tienen la desfachatez de estar aquí cara a cara y decirme que nunca tuvieron al movimiento obrero pisoteado ni lo exprimieron. ¡Bah!

Esta vez no hubo negativas. Garfield intervino en su propia defensa:

—No hemos hecho nada que no estuviéramos obligados a hacer si queríamos ganar.

—No estoy diciendo nada sobre eso —respondió Bertie—. Lo que me molesta es que estén chillando ahora que les están dando a probar su propia medicina. ¿Cuántas huelgas han ganado ustedes dejando al movimiento obrero sin comer hasta doblegarlo? Pues bien, el movimiento obrero ha ideado un plan para dejarles a ustedes sin comer hasta someterlos. Quiere el taller cerrado, y si puede conseguirlo dejándoles sin comer, pues hambre pasarán.

—Noto que usted ha sacado provecho en el pasado de esas mismas explotaciones obreras que menciona —insinuó Brentwood, uno de los más astutos y hábiles de nuestros abogados corporativos—. El encubridor es tan culpable como el ladrón —se burló—. Usted no puso la mano en la explotación, pero se llevó su tajada.

—Eso está completamente fuera de la cuestión, Brentwood —dijo Bertie con calma—. Es usted tan malo como Hanover, trayendo el elemento moral. No he dicho que nada esté bien ni mal. Es todo un juego podrido, lo sé; y mi única queja es que ustedes están chillando ahora que están en el suelo y el movimiento obrero les está exprimiendo. Claro que me he llevado los beneficios de la explotación y, gracias a ustedes, caballeros, sin tener que hacer el trabajo sucio personalmente. Ustedes lo hicieron por mí; y créanme, no porque sea más virtuoso que ustedes, sino porque mi buen padre y sus distintos hermanos me dejaron mucho dinero con el que pagar el trabajo sucio.

—Si pretende insinuar... —comenzó Brentwood acaloradamente.

—Calma, no se encrespe —interpuso Bertie con insolencia—. No tiene sentido hacerse el hipócrita en esta guarida de ladrones. Las grandes palabras están bien para los periódicos, los clubes de jóvenes y las escuelas dominicales; eso es parte del juego. Pero, por el amor de Dios, no nos las gastemos entre nosotros. Usted sabe, y

sabe que yo sé, exactamente qué trapicheos se hicieron en la huelga de la construcción el otoño pasado, quién puso el dinero, quién hizo el trabajo y quién sacó provecho. (Brentwood se puso rojo de ira.) Pero todos somos de la misma calaña, y lo mejor que podemos hacer es dejar la moral fuera de esto. Repito: jueguen, jueguen hasta el final, pero por lo que más quieran, no chillen cuando les duela.

Cuando abandoné el grupo, Bertie había tomado un nuevo rumbo y los atormentaba con los aspectos más serios de la situación, señalando la escasez de suministros que ya comenzaba a sentirse y preguntándoles qué iban a hacer al respecto. Un poco después me lo encontré en el guardarropa, a punto de marcharse, y le llevé a casa en mi coche.

—Es un gran golpe, esta huelga general —dijo mientras rodábamos por las calles concurridas pero ordenadas—. Es un mazazo demoledor. El movimiento obrero nos pilló dormidos y nos golpeó en nuestro punto más débil: el estómago. Voy a salir de San Francisco, Corf. Siga mi consejo y salga también. Diríjase al campo, adondequiera que sea. Tendrá más posibilidades. Haga acopio de provisiones y busque una tienda de campaña o una cabaña en algún sitio. Pronto no habrá en esta ciudad más que hambre para gente como nosotros.

Cuánta razón tenía Bertie Messener, nunca lo hubiera imaginado. Decidí que era un alarmista. En cuanto a mí, estaba dispuesto a quedarme y disfrutar del espectáculo. Después de dejarlo, en lugar de ir directamente a casa, salí en busca de más comida. Para mi sorpresa, descubrí que los pequeños ultramarinos donde había comprado por la mañana estaban agotados. Amplié mi búsqueda hasta el Potrero y, con buena suerte, conseguí hacerme con otra caja de velas, dos sacos de harina de trigo, cuatro kilos y medio de harina integral (que valdría para los criados), una caja de maíz en conserva y dos cajas de tomate en conserva. Parecía que iba a haber al menos una escasez temporal de alimentos, y me felicité por el buen acopio de provisiones que había hecho.

A la mañana siguiente tomé el café en cama como de costumbre y, más que la nata, eché en falta el periódico diario. Fue esa ignorancia de lo que ocurría en el mundo lo que encontré como la mayor penuria. En el club había pocas noticias. Rider había cruzado desde Oakland en su lancha, y Halstead había ido y vuelto de San José en su coche. Informaron de las mismas condiciones en esos lugares que en San Francisco. Todo estaba paralizado por la huelga. La clase alta había acaparado todas las existencias de los ultramarinos. Y reinaba el orden perfecto. Pero ¿qué estaba ocurriendo en el resto del país? ¿En Chicago? ¿Nueva York? ¿Washington? Probablemente lo mismo que nos estaba ocurriendo a nosotros, concluimos; pero el hecho de no saberlo con absoluta certeza resultaba irritante.

El general Folsom tenía alguna noticia. Se había intentado colocar telegrafistas del ejército en las oficinas de telégrafos, pero los cables habían sido cortados en todas direcciones. Este era, hasta el momento, el único acto ilegal cometido por el movimiento obrero, y estaba plenamente convencido de que se trataba de un acto concertado. Había comunicado por radiotelegrafía con el puesto militar de Benicia; en aquel momento las líneas telegráficas ya estaban siendo patrulladas por soldados hasta Sacramento. Una vez, durante un breve instante, habían conseguido la señal de Sacramento; luego los cables, en algún punto, volvieron a ser cortados. El general Folsom razonó que las autoridades estaban haciendo intentos similares para restablecer la comunicación a lo largo de todo el continente, pero no se comprometió a opinar sobre si creía que el intento tendría éxito. Lo que le preocupaba era el corte de los cables; no podía dejar de creer que era una parte importante de la profunda conspiración obrera. Asimismo, lamentaba que el Gobierno no hubiera establecido tiempo atrás su proyectada red de estaciones de radiotelegrafía.

Los días fueron y vinieron, y durante un tiempo fue una época monótona. No ocurría nada. El filo de la excitación se había embotado. Las calles ya no estaban tan concurridas. La clase obrera ya no venía al centro a ver cómo llevábamos la huelga. Y tampoco

circulaban tantos automóviles. Los talleres y los garajes estaban cerrados, y cuando un coche se averiaba quedaba fuera de servicio. El embrague del mío se rompió, y no había forma, ni por amor ni por dinero, de conseguir que lo repararan. Como los demás, ahora iba a pie. San Francisco yacía muerta, y no sabíamos qué estaba ocurriendo en el resto del país. Pero del simple hecho de no saberlo solo podíamos concluir que el resto del país yacía tan muerto como San Francisco. De vez en cuando la ciudad se llenaba de carteles con las proclamas del sindicalismo organizado; estas habían sido impresas meses antes y evidenciaban con qué minuciosidad se había preparado la I.L.W. para la huelga. Cada detalle había sido elaborado con mucha antelación. No se había producido violencia hasta el momento, a excepción del fusilamiento de algunos cortadores de cables por los soldados, pero la gente de los barrios bajos se estaba muriendo de hambre y se volvía ominosamente inquieta.

Los hombres de negocios, los millonarios y la clase profesional celebraban reuniones y aprobaban resoluciones, pero no había modo de hacer públicas las proclamas. Ni siquiera lograban imprimirlas. Uno de los resultados de aquellas reuniones, sin embargo, fue que se persuadió al general Folsom para que tomara posesión militar de los almacenes al por mayor y de todos los depósitos de harina, grano y víveres. Ya era hora, pues el sufrimiento se agudizaba en los hogares de los ricos, y las colas del pan se hacían necesarias. Yo sabía que mis criados empezaban a poner cara larga, y era asombroso el boquete que abrían en mis reservas de provisiones. De hecho, según deduje más tarde, cada criado me robaba y se escondía una despensa particular para sí mismo.

Pero con la formación de las colas del pan llegaron nuevos problemas. Solo había cierta reserva de alimentos en San Francisco y, en el mejor de los casos, no podía durar mucho. El trabajo organizado, lo sabíamos, tenía sus propios suministros; no obstante, toda la clase obrera se sumó a las colas del pan. Como consecuencia, las provisiones de las que se había apoderado el general Folsom menguaban con peligrosa rapidez. ¿Cómo iban a distinguir los soldados entre un hombre de clase media venido a

menos, un miembro del I.L.W. o un habitante de los barrios bajos? Al primero y al último había que darles de comer, pero los soldados no conocían a todos los hombres del I.L.W. de la ciudad, y mucho menos a las esposas, los hijos y las hijas de los hombres del I.L.W. Con la ayuda de los patronos, unos cuantos sindicalistas conocidos fueron expulsados de las colas del pan; pero aquello no sirvió de nada. Para colmo de males, los remolcadores del Gobierno que habían estado transportando víveres desde los depósitos del ejército en la isla de Mare hasta la isla del Ángel no encontraron ya más víveres que transportar. Los soldados recibían ahora sus raciones de las provisiones confiscadas, y las recibían los primeros.

El principio del fin estaba a la vista. La violencia empezaba a asomar el rostro. La ley y el orden se desvanecían, y se desvanecían, debo confesarlo, entre la gente de los barrios bajos y entre las clases altas. El trabajo organizado seguía manteniendo un orden perfecto. Bien podía permitírselo: tenía de sobra para comer. Recuerdo aquella tarde en el club en que sorprendí a Halstead y a Brentwood cuchicheando en un rincón. Me hicieron partícipe de la aventura. El automóvil de Brentwood seguía en condiciones de marchar, e iban a salir a robar una vaca. Halstead llevaba un largo cuchillo de carnicero y una cuchilla de partir. Salimos a las afueras de la ciudad. Aquí y allá pastaban vacas, pero siempre estaban vigiladas por sus dueños. Proseguimos nuestra búsqueda, siguiendo el linde de la ciudad hacia el este, y en las colinas cercanas a Hunter's Point dimos con una vaca custodiada por una niña pequeña. Con la vaca había también un ternero. No perdimos tiempo en preliminares. La niña se echó a correr chillando, mientras nosotros degollábamos la vaca. Omito los detalles, pues no son agradables: no estábamos habituados a semejante trabajo, y lo hicimos de manera chapucera.

Pero en plena faena, trabajando con la premura del miedo, oímos gritos y vimos a varios hombres corriendo hacia nosotros. Abandonamos el botín y pusimos pies en polvorosa. Para nuestra sorpresa, no nos persiguieron. Al mirar atrás, vimos a los hombres despedazando la vaca a toda prisa. Iban a lo mismo que nosotros. Razonamos que había de sobra para todos y volvimos corriendo. La

escena que siguió desafiando toda descripción. Nos peleamos y disputamos por el reparto como salvajes. Brentwood, lo recuerdo, se comportó como una bestia perfecta, gruñendo y dando dentelladas y amenazando con que habría un muerto si no obteníamos la parte que nos correspondía.

Y estábamos obteniendo nuestra parte cuando se produjo una nueva irrupción en la escena. Esta vez eran los temidos agentes del orden del I.L.W. La niña los había traído. Iban armados con látigos y porras, y eran una veintena. La niña saltaba de rabia de un lado a otro, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, gritando: — ¡Dadles su merecido! ¡Dadles su merecido! ¡Ese de las gafas, ha sido él! ¡Partidle la cara! ¡Partidle la cara! — Ese de las gafas era yo, y también a mí me partieron la cara, aunque tuve la presencia de ánimo de quitármelas a la primera. ¡Vaya paliza que nos llevamos mientras nos dispersábamos en todas direcciones! Brentwood, Halstead y yo huimos hacia el automóvil. A Brentwood le sangraba la nariz, mientras que a Halstead un latigazo de vergajo le había abierto la mejilla de un tajo escarlata.

Y, mira por dónde, cuando cesó la persecución y alcanzamos el automóvil, allí, escondido detrás de él, estaba el ternero asustado. Brentwood nos advirtió que fuésemos cautos y se le acercó reptando como un lobo o un tigre. El cuchillo y la cuchilla habían quedado atrás, pero a Brentwood aún le quedaban las manos, y rodó una y otra vez por el suelo con el pobre ternerillo mientras lo estrangulaba. Arrojamos la res al automóvil, la cubrimos con una manta de viaje y arrancamos hacia casa. Pero nuestras desgracias no habían hecho más que empezar. Reventamos un neumático. No había forma de arreglarlo, y caía el crepúsculo. Abandonamos el automóvil, con Brentwood tirando y tambaleándose al frente, el ternero, cubierto por la manta, echado sobre los hombros. Nos íbamos turnando para cargar con aquel ternero, y por poco nos mata. Además, nos perdimos. Y entonces, tras horas de vagar y penar, nos topamos con una banda de gamberros. No eran hombres del I.L.W. y me figuro que estaban tan hambrientos como nosotros. Sea como fuere, ellos se quedaron con el ternero y nosotros con la paliza. Brentwood

despotricó como un loco durante el resto del camino a casa, y parecía uno, con la ropa hecha jirones, la nariz hinchada y los ojos amoratados.

Después de aquello ya no hubo más robos de vacas. El general Folsom envió a sus soldados de caballería y confiscó todas las vacas, y sus soldados, con la ayuda de la milicia, se comieron casi toda la carne. No había que culpar al general Folsom; era su deber mantener la ley y el orden, y la mantenía por medio de los soldados, por lo cual se veía obligado a alimentarlos a ellos antes que a nadie.

Fue por entonces cuando se produjo el gran pánico. Las clases pudientes precipitaron la huida, y luego la gente de los barrios bajos contrajo el contagio y salió de la ciudad en estampida enloquecida. El general Folsom quedó complacido. Se calculó que al menos doscientas mil personas habían abandonado San Francisco, y en esa misma medida quedaba resuelto su problema de abastecimiento. Bien recuerdo aquel día. Por la mañana me había comido un mendrugo de pan. Media tarde la pasé de pie en la cola del pan; y al anochecer volví a casa, cansado y miserable, con un litro de arroz y una loncha de tocino. Brown me recibió en la puerta. Tenía el rostro demacrado y aterrado. Todos los criados habían huido, me informó. Solo él quedaba. Me conmovió su fidelidad y, al enterarme de que no había comido nada en todo el día, compartí mi comida con él. Cocinamos la mitad del arroz y la mitad del tocino, repartiéndolo por igual y reservando la otra mitad para la mañana. Me acosté con mi hambre, y me revolví inquieto toda la noche. Por la mañana descubrí que Brown me había abandonado y, desgracia aún mayor, se había llevado lo que quedaba del arroz y del tocino.

Fue un lúgubre puñado de hombres el que se reunió en el club aquella mañana. No había servicio de ninguna clase. El último criado se había marchado. Reparé, además, en que la platería había desaparecido, y supe adónde había ido a parar. No la habían tomado los criados, por la razón, supongo, de que los socios del club se les habían adelantado. Su método para deshacerse de ella era sencillo. Al sur de Market Street, en las viviendas del I.L.W., las amas de casa

daban comidas en condiciones a cambio de ella. Volví a mi casa. En efecto, mi platería había desaparecido, toda salvo una maciza jarra. La envolví y la llevé al sur de Market Street.

Me sentí mejor tras la comida, y regresé al club para averiguar si había alguna novedad en la situación. Hanover, Collins y Dakon salían justo en ese momento. No había nadie dentro, me dijeron, y me invitaron a acompañarlos. Se marchaban de la ciudad, dijeron, en los caballos de Dakon, y había uno de sobra para mí. Dakon tenía cuatro magníficos caballos de tiro que quería salvar, y el general Folsom le había soplado que a la mañana siguiente se iban a confiscar como alimento todos los caballos que quedaran en la ciudad. No quedaban muchos, pues decenas de miles de ellos habían sido soltados en el campo cuando el heno y el grano se agotaron durante los primeros días. Birdall, lo recuerdo, que tenía grandes intereses en el acarreo, había soltado trescientos caballos de tiro. A un valor medio de quinientos dólares, aquello ascendía a ciento cincuenta mil dólares. Al principio había esperado recuperar la mayoría de los caballos una vez terminada la huelga, pero al final no recuperó ni uno solo. Se los comió toda la gente que huyó de San Francisco. Por lo demás, ya había comenzado el sacrificio de las mulas y los caballos del ejército para alimentarse.

Por fortuna para Dakon, tenía almacenado en su cuadra un abundante suministro de heno y grano. Nos las arreglamos para reunir cuatro sillas de montar, y encontramos a los animales en buen estado y briosos, aunque poco acostumbrados a ser montados. Recordé el San Francisco del gran terremoto mientras cabalgábamos por las calles, pero este San Francisco era muchísimo más digno de lástima. No lo había causado ningún cataclismo de la naturaleza, sino, más bien, la tiranía de los sindicatos obreros. Bajamos cabalgando por Union Square y atravesamos los distritos de los teatros, los hoteles y los comercios. Las calles estaban desiertas. Aquí y allá había automóviles, abandonados donde se habían averiado o donde se les había acabado la gasolina. No había señal de vida, salvo por algún que otro policía y los soldados que custodiaban los bancos y los edificios públicos. En una ocasión nos

cruzamos con un hombre del I.L.W. que pegaba en la pared la última proclama. Nos detuvimos a leerla. «Hemos mantenido una huelga ordenada», rezaba; «y mantendremos el orden hasta el final. El final llegará cuando se satisfagan nuestras demandas, y nuestras demandas se satisfarán cuando hayamos rendido a nuestros patronos por hambre, como en el pasado a menudo nos han rendido a nosotros por hambre».

—Palabras exactas de Messener —dijo Collins—. Y yo, por mi parte, estoy dispuesto a rendirme, solo que no me dan ocasión de rendirme. Hace un siglo que no me pego una comida en condiciones. Me pregunto a qué sabrá la carne de caballo.

Nos detuvimos a leer otra proclama: «Cuando consideremos que nuestros patronos están dispuestos a rendirse, abriremos los telégrafos y pondremos en comunicación a las asociaciones patronales de los Estados Unidos. Pero solo se permitirán por los cables mensajes relativos a las condiciones de paz».

Seguimos cabalgando, cruzamos Market Street y poco después atravesábamos el barrio obrero. Aquí las calles no estaban desiertas. Asomados a las verjas o formando corrillos estaban los hombres del I.L.W. Niños felices y bien alimentados jugaban a sus juegos, y robustas amas de casa se sentaban en los escalones de la entrada a chismorrear. Todos, sin excepción, nos lanzaban miradas divertidas. Los niños pequeños corrían tras nosotros, gritando: —¡Eh, señor! ¿No tiene hambre? —Y una mujer, que amamantaba a un niño al pecho, le gritó a Dakon: —Oye, gordo, te doy una comida por tu jamelgo: jamón y patatas, jalea de grosella, pan blanco, mantequilla de lata y dos tazas de café.

—¿Te has fijado, estos últimos días —me comentó Hanover—, en que no hay un solo perro callejero por las calles?

Me había fijado, pero no lo había pensado hasta entonces. Ya era hora de abandonar la desdichada ciudad. Por fin logramos enlazar con la carretera de San Bruno, por la que nos dirigimos hacia el sur. Yo tenía una casa de campo cerca de Menlo, y ese era nuestro

objetivo. Pero pronto empezamos a descubrir que el campo estaba peor y era mucho más peligroso que la ciudad. Allí los soldados y el I.L.W. mantenían el orden; pero el campo había sido entregado a la anarquía. Doscientas mil personas habían huido de San Francisco, y teníamos incontables pruebas de que su huida había sido como la de un ejército de langostas.

Lo habían arrasado todo. Había habido robos y peleas. Aquí y allá pasábamos junto a cadáveres al borde del camino y veíamos las ennegrecidas ruinas de granjas. Las cercas estaban derribadas, y las cosechas habían sido pisoteadas por los pies de una multitud. Todos los huertos habían sido desenterrados por las hordas famélicas. Todas las gallinas y los animales de granja habían sido sacrificados. Así ocurría en todas las carreteras principales que salían de San Francisco. Aquí y allá, apartados de los caminos, algunos granjeros habían resistido a escopetazos y tiros de revólver, y aún resistían. Nos ahuyentaban y se negaban a parlamentar con nosotros. Y toda la destrucción y la violencia la habían obrado los habitantes de los barrios bajos y las clases altas. Los hombres del I.L.W., con abundantes reservas de comida, permanecían tranquilamente en sus hogares de las ciudades.

Al poco de emprender la cabalgada recibimos una prueba concreta de lo desesperado de la situación. A nuestra derecha oímos gritos y disparos de fusil. Las balas silbaban peligrosamente cerca. Hubo un estrépito en la maleza; luego, un magnífico caballo de tiro negro cruzó a la carrera la carretera por delante de nosotros y desapareció. Apenas tuvimos tiempo de advertir que sangraba y cojeaba. Lo seguían tres soldados. La caza prosiguió entre los árboles de la izquierda. Oíamos a los soldados llamarse unos a otros. Un cuarto soldado salió cojeando a la carretera por la derecha, se sentó en un peñasco y se enjugó el sudor del rostro.

—Milicianos —susurró Dakon—. Desertores.

El hombre nos sonrió de oreja a oreja y nos pidió una cerilla. En respuesta al «¿Qué se cuenta?» de Dakon, nos informó de que los milicianos estaban desertando. —No hay rancho —explicó—. Se lo

dan todo a los regulares. —También supimos por él que los presos militares habían sido puestos en libertad de la isla de Alcatraz porque ya no podía dárselos de comer.

Jamás olvidaré la escena que encontramos a continuación. Dimos con ella de improviso al doblar un recodo del camino. Sobre nuestras cabezas se arqueaban los árboles. La luz del sol se filtraba entre las ramas. Revoloteaban las mariposas, y de los campos llegaba el canto de las alondras. Y allí estaba, un potente automóvil de turismo. En torno a él y dentro de él yacían varios cadáveres. La escena hablaba por sí sola. Sus ocupantes, que huían de la ciudad, habían sido atacados y derribados por una banda de habitantes de los barrios bajos, unos gamberros. La cosa había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Unas latas de carne y de fruta recién abiertas explicaban el motivo del ataque. Dakon examinó los cuerpos.

—Ya me lo imaginaba —informó—. He viajado en ese coche. Era Perriton, toda la familia. De ahora en adelante tendremos que andarnos con ojo.

—Pero si no llevamos comida con que provocar un ataque —objeté.

Dakon señaló el caballo que yo montaba, y comprendí.

A primera hora del día, el caballo de Dakon había perdido una herradura. El delicado casco se le había resquebrajado, y hacia el mediodía el animal cojeaba. Dakon se negó a seguir montándolo, y se negó a abandonarlo. Así que, a instancia suya, seguimos adelante. Él llevaría el caballo de la brida y se reuniría con nosotros en mi casa. Fue la última vez que lo vimos; nunca llegamos a saber cuál fue su final.

Hacia la una llegamos a la localidad de Menlo o, mejor dicho, al lugar donde había estado Menlo, pues estaba en ruinas. Había cadáveres por todas partes. La parte comercial del pueblo, así como parte de las residencias, había quedado destripada por el fuego. Aquí y allá alguna casa aún resistía; pero no había manera de acercarse a ellas. Cuando nos aproximábamos demasiado, nos

disparaban. Nos encontramos con una mujer que hurgaba entre las humeantes ruinas de su casita. El primer ataque, nos contó, había sido contra las tiendas y, mientras hablaba, pudimos imaginar aquella turba rabiosa, rugiente y hambrienta arrojándose sobre el puñado de vecinos. Millonarios y pordioseros habían luchado codo con codo por la comida, y luego habían luchado entre sí una vez la tuvieron. La localidad de Palo Alto y la Universidad de Stanford habían sido saqueadas de manera similar, supimos. Ante nosotros se extendía una tierra desolada y arrasada; y creímos obrar con prudencia al desviarnos hacia mi casa. Se hallaba a cinco kilómetros al oeste, acurrucada entre las primeras ondulaciones de las estribaciones montañosas.

Pero mientras cabalgábamos vimos que la devastación no se limitaba a las carreteras principales. La vanguardia de la huida se había ceñido a los caminos, saqueando los pueblos pequeños a su paso; mientras que los que iban detrás se habían desperdigado y habían barrido todo el campo como una gran escoba. Mi casa era de hormigón, mampostería y tejas, y por eso se había librado de arder, pero la habían dejado limpia por dentro. Encontramos el cadáver del jardinero en el molino de viento, rodeado de cartuchos de escopeta vacíos. Había opuesto una buena resistencia. Pero no pudimos hallar ni rastro de los dos jornaleros italianos, ni del ama de llaves y su marido. No quedaba nada con vida. Los terneros, los potros, todas las aves de corral de raza y el ganado de pura sangre, todo, había desaparecido. La cocina y los hogares, donde la turba había guisado, eran una pocilga, mientras que numerosas fogatas en el exterior daban testimonio del gran número de gente que había comido y pasado allí la noche. Lo que no habían comido, se lo habían llevado. No había un solo bocado para nosotros.

Pasamos el resto de la noche esperando en vano a Dakon y, por la mañana, a tiros de revólver, rechazamos a media docena de merodeadores. Luego matamos uno de los caballos de Dakon, escondiendo para el futuro la carne que no comimos de inmediato. Por la tarde, Collins salió a dar un paseo, pero no regresó. Aquello fue la gota que colmó el vaso para Hanover. Quería huir allí mismo y

en ese instante, y me costó mucho persuadirlo de que aguardara a que amaneciera. Por mi parte, yo estaba convencido de que el final de la huelga general andaba cerca, y resolví regresar a San Francisco. Así pues, por la mañana nos separamos: Hanover se dirigió al sur, con unos veintitrés kilos de carne de caballo atados a la silla, mientras que yo, cargado de manera parecida, me dirigí al norte. El pequeño Hanover salió del apuro sin novedad y, hasta el fin de sus días, seguirá, lo sé, dando la lata a todo el mundo con el relato de sus posteriores aventuras.

Llegué hasta Belmont, en la carretera principal de vuelta, cuando tres milicianos me robaron la carne de caballo. No había cambios en la situación, dijeron, salvo que iba de mal en peor. El I.L.W. tenía muchas provisiones escondidas y podía aguantar meses. Conseguí llegar hasta Baden, cuando una docena de hombres me arrebató el caballo. Dos de ellos eran policías de San Francisco, y los demás, soldados regulares. Aquello era de mal agüero. La situación era desde luego extrema cuando hasta los regulares empezaban a desertar. Cuando reanudé mi camino a pie, ya tenían el fuego encendido, y el último de los caballos de Dakon yacía sacrificado en el suelo.

Quiso la suerte que me torciera el tobillo, y no logré llegar más allá de South San Francisco. Pasé allí la noche en un cobertizo, tiritando de frío y al mismo tiempo ardiendo de fiebre. Dos días estuve allí tendido, demasiado enfermo para moverme, y al tercero, tambaleándome y mareado, apoyándome en una muleta improvisada, me arrastré vacilante hacia San Francisco. Estaba débil, además, pues era el tercer día desde que un bocado había pasado por mis labios. Fue un día de pesadilla y de tormento. Como en un sueño, pasé junto a cientos de soldados regulares que iban a la deriva en dirección contraria, y muchos policías, con sus familias, organizados en grandes grupos para protegerse mutuamente.

Al entrar en la ciudad me acordé de la casa del obrero en la que había cambiado la jarra de plata, y en esa dirección me empujó el hambre. Caía el crepúsculo cuando llegué al lugar. Rodeé por el

callejón y trepé por los negros escalones, sobre los que me desplomé. Conseguí alargar la muleta y llamar a la puerta. Después debí de desmayarme, pues volví en mí en la cocina, con la cara mojada de agua y con güisqui vertiéndoseme garganta abajo. Me atraganté, farfullé e intenté hablar. Empecé a decir algo sobre que no me quedaban más jarras de plata, pero que se lo compensaría después con tal de que me dieran algo de comer. Pero el ama de casa me interrumpió.

—Pero, hombre, pobre de usted —dijo—, ¿no se ha enterado? La huelga se ha suspendido esta tarde. Claro que le daremos algo de comer.

Se puso en danza, abriendo una lata de tocino de desayuno y disponiéndose a freírlo.

—Deme un poco ahora, por favor —supliqué; y me comí el tocino crudo sobre una rebanada de pan, mientras su marido me explicaba que las demandas del I.L.W. habían sido concedidas. Los cables se habían abierto a primera hora de la tarde y, por todas partes, las asociaciones patronales habían cedido. En San Francisco no había quedado ni un patrono, pero el general Folsom había hablado en su nombre. Los trenes y los vapores empezarían a circular por la mañana, y también todo lo demás en cuanto pudiera restablecerse el sistema.

Y así fue el final de la huelga general. No quiero volver a ver otra en mi vida. Fue peor que una guerra. Una huelga general es algo cruel e inhumano, y el cerebro del hombre debería ser capaz de dirigir la industria de un modo más racional. Harrison sigue siendo mi chófer. Formaba parte de las condiciones del I.L.W. que todos sus miembros fueran reincorporados a sus antiguos puestos. Brown no volvió jamás, pero el resto de los criados están conmigo. No tuve valor para despedirlos; pobres criaturas, bien apurados estaban cuando desertaron con la comida y la plata. Y ahora no puedo despedirlos. A todos los ha sindicado el I.L.W. La tiranía del trabajo organizado va rebasando lo que un ser humano puede soportar. Algo hay que hacer.

EL GRANJERO DEL MAR

—Esa será la lancha del médico —dijo el capitán MacElrath.

El práctico gruñó, mientras el capitán seguía recorriendo con el catalejo desde la lancha hasta la franja de playa y hasta Kingston, más allá, y luego, despacio, a través de la entrada hasta Howth Head, en la orilla norte.

—La marea es favorable, así que en dos horas le tendremos atracado —concedió el práctico, con un esfuerzo por parecer animado—. ¿Ring's End Basin, verdad?

Esta vez fue el capitán quien gruñó.

—Un día asqueroso de Dublín.

El capitán volvió a gruñir. Estaba agotado por la noche de viento en el canal de Irlanda que dejaba atrás, cuyas horas interminables había pasado enteras en el puente. Y estaba agotado por todo el viaje que dejaba atrás: dos años y cuatro meses entre puerto de origen y puerto de origen, ochocientos cincuenta días según su cuaderno de bitácora.

—Tiempo bien de invierno —contestó, tras un silencio—. No se distingue bien el pueblo. Va a llover de lo lindo todo el santo día.

El capitán MacElrath era un hombre pequeño, capaz, sin apuros, de asomar la vista por encima de la pantalla de lona del puente. El práctico y el tercer oficial se alzaban sobre él, y también el timonel, un alemán corpulento, desertor de un buque de guerra, al que había enrolado en Rangún. Pero su falta de estatura no le hacía menos

capaz. Al menos así lo juzgaba la Compañía, y así lo habría juzgado él mismo de haber tenido acceso al expediente, minucioso y cuidadosamente compilado, que sobre él se guardaba en los archivos de la oficina. Pero la Compañía jamás le había dado a entender la confianza que tenía en él. No era ese el estilo de la Compañía, que se regía por el principio de no dejar nunca que un empleado se creyera indispensable, ni siquiera de gran utilidad; por lo cual, presta a censurar, jamás elogiaba. Al fin y al cabo, ¿qué era el capitán MacElrath sino un patrón más, uno de los ochenta y tantos patrones que mandaban los ochenta y tantos cargueros de la Compañía por todos los caminos y atajos del mar?

Debajo de ellos, en la cubierta principal, dos fogoneros chinos llevaban el desayuno hacia proa, cruzando las planchas de hierro oxidado que contaban su propia y torva historia de peso y embate del mar. Un marinero estaba recogiendo la línea de vida que iba desde el castillo de proa, pasando por las escotillas y los chigres de carga, hasta la escala de la cubierta del puente.

—Un viaje duro —apuntó el práctico.

—Sí, sí, que echaba humo de veras a ratos, pero no me importaba tanto eso como la pérdida de tiempo. No hay cosa que más me disguste que perder el tiempo.

Dicho esto, el capitán MacElrath se volvió y echó una mirada a popa, arriba y abajo, y el práctico, siguiendo su mirada, vio la explicación muda pero elocuente de aquella pérdida de tiempo. La chimenea, de color leonado por debajo, estaba blanca de sal, mientras el tubo del silbato relucía cristalino bajo el sol fugaz que por un instante rompió entre las nubes. Faltaba el bote salvavidas de babor; sus pescantes de hierro, retorcidos y arrancados, daban fe de la fuerza del golpe recibido por el viejo *Tryapsic*. Los pescantes de estribor también estaban vacíos. Los restos destrozados del bote que habían sostenido yacían sobre la rejilla de la chimenea, junto a la claraboya reventada de la sala de máquinas, cubierta con una lona. Más abajo, a estribor, en la cubierta del puente, el práctico vio la puerta del comedor, aplastada y reforzada de cualquier manera con

un mamparo improvisado contra el embate del mar. A su altura, en los obenques de la chimenea, el contramaestre y un marinero estaban desmontando la gran red de cabos que no había logrado quebrar la fuerza de aquellas olas.

—Ya dos veces antes le mencioné esa puerta a los armadores —dijo el capitán MacElrath—. Pero dijeron que ya serviría así. Hubo mar muy gruesa aquella vez. Era una mar que no se podía ni creer de gruesa que era. Y la más gruesa de todas fue la que hizo el daño. Se llevó la puerta de cuajo y la dejó tendida sobre la mesa del comedor, y desbarató el camarote del primer maquinista. Él se quedó bastante disgustado por eso.

—Debió de ser una ola grande —comentó el práctico, compasivo.

—Sí, sí, así fue. La cosa estuvo movida un rato. Acabó con el piloto. Él estaba en el puente conmigo, y le mandé echar un vistazo a las cuñas de la escotilla número uno. Hacía agua de sobra y yo no las tenía todas conmigo con la número uno. No me gustaba nada su aspecto, y ya andaba pensando en ponerla al paio hasta la mañana, cuando nos cayó la ola por la popa del puente. Palabra que era grande. Algo nos tocó también a nosotros en el puente. Al principio no eché de menos al piloto, con eso de sacar al carpintero, reforzar la puerta con un mamparo improvisado y estirar la lona sobre la claraboya. Luego no aparecía por ninguna parte. Los del timón dijeron que lo habían visto bajar la escala justo antes de que nos diera el golpe. Miramos a proa, miramos en su camarote, sí, miramos en la sala de máquinas, y miramos a lo largo de la cubierta baja hacia popa, y allí estaba, a los dos lados de la tapa del tubo de vapor que va hacia los chigres de popa.

El práctico soltó un juramento de asombro y horror.

—Sí —prosiguió el capitán con voz cansada—, a los dos lados del tubo de vapor, igual. Le digo que estaba partido en dos, limpio como un arenque. La ola debió de cogerlo en la cubierta alta del puente, llevárselo de calle por la chimenea y estrellarlo de cabeza contra la tapa del tubo. Lo cortó como si fuera manteca, entre los dos ojos y a

lo largo de todo el cuerpo, de modo que una pierna y un brazo se quedaron pegados a un trozo de él, y la otra pierna y el otro brazo al otro trozo. Le digo que era cosa de veras horrible. Lo juntamos y lo envolvimos en lona al sacarlo de allí.

El práctico volvió a jurar.

—Bueno, no era cosa para ponerse a llorar —le aseguró el capitán MacElrath—. Buena falta que hacía que se fuera. No era marinero, ese del piloto. Solo servía para una pocilga, y mal servidor era hasta para eso.

Se dice que hay tres clases de irlandeses —católicos, protestantes y los del norte de Irlanda— y que el irlandés del norte de Irlanda es un escocés trasplantado. El capitán MacElrath era del norte de Irlanda y, aunque para la mayor parte del mundo hablaba como un escocés, nada le encendía tan pronto la ira como que lo tomasen por tal. Irlandés era con firmeza, e irlandés se mantenía con firmeza, aunque no dejaba de torcer levemente el labio con desdén al mencionar a los simples irlandeses del sur, o incluso a los orangistas. Él mismo era presbiteriano, si bien en su propia comunidad nunca se reunían más de cinco hombres en las asambleas del Salón de los Orangistas. Su comunidad era la Isla McGill, donde siete mil hombres de su misma condición vivían en tal concordia y sobriedad que en toda la isla no había más que un policía y jamás una taberna.

Al capitán MacElrath no le gustaba el mar, y nunca le había gustado. Le arrancaba de él su sustento, y eso era todo lo que el mar era para él: el lugar donde trabajaba, igual que el molino, la tienda o la contaduría eran los lugares donde trabajaban otros hombres. El Romance nunca le cantó su canto de sirena, ni la Aventura gritó jamás en su sangre pausada. Le faltaba imaginación. Las maravillas del abismo carecían de significado para él. Tornados, huracanes, mangas de agua y olas gigantescas no eran más que obstáculos al paso de un buque por el mar y de un capitán en el puente; eso eran para él, y nada más. Había visto, y sin embargo no había visto, las muchas maravillas y prodigios de tierras lejanas. Bajo sus párpados ardían las glorias bronceadas de los mares tropicales,

o dolían los temporales amargos del Atlántico Norte o del lejano Pacífico Sur; pero el recuerdo que de ellos guardaba era de puertas de comedor hundidas, de cubiertas anegadas y escotillas amenazadas, de excesivo consumo de carbón, de travesías larguísimas y de pintura reciente estropeada por chubascos inesperados.

«Yo entiendo de mi oficio», solía decir, y más allá de su oficio quedaba todo lo que no entendía, todo lo que había visto con sus propios ojos mortales y que, sin embargo, jamás llegó a imaginar que existiera. De que entendía su oficio estaban convencidos sus armadores, pues de otro modo no habría tenido, a los cuarenta años, el mando del *Tryapsic*, de tres mil toneladas de registro neto, con una capacidad de carga de nueve mil toneladas y un valor de cincuenta mil libras.

Se había hecho marino no por amor al mar, sino porque era su destino, porque había sido el segundo hijo de su padre y no el primero. La Isla McGill no daba para más, y la tierra solo podía sustentar a una proporción determinada de quienes vivían en ella. El resto, y era un resto considerable, se veía empujado hacia el mar en busca del pan. Así había sido durante generaciones. Los hijos mayores heredaban las granjas de sus padres; a los demás les quedaba el mar y su arado de sal. Así fue como Donald MacElrath, hijo de granjero y mozo de labranza él mismo, había dejado la tierra que amaba por el mar que odiaba y al que estaba destinado a labrar. Y lo había labrado, durante veinte años, sagaz, de cabeza fría, sobrio, trabajador y ahorrador, subiendo de grumete y marinero de proa a piloto y capitán de veleros, y de ahí al vapor, segundo oficial, primero, y capitán, de mandos pequeños a mayores, hasta llegar por fin al puente del viejo *Tryapsic* —viejo, cierto es, pero que valía sus cincuenta mil libras y aún era capaz de aguantar cualquier mar y capear sus nueve mil toneladas de carga.

Desde el puente del *Tryapsic*, el lugar alto que había ganado en la competencia de los hombres, contemplaba el puerto de Dublín que se abría ante él, la ciudad oscurecida por el cielo sombrío de aquel

día desapacible y azotado por el viento, y el enredado dibujo de mástiles y jarcias de los buques del puerto. Volvía de dar dos veces la vuelta al mundo, y de interminables correrías arriba y abajo por rutas lejanas, de regreso a casa junto a la esposa a la que no veía desde hacía veintiocho meses, y junto al hijo al que nunca había visto y que ya andaba y hablaba. Vio a la guardia de descanso de fogoneros y paleros salir a saltos por las puertas del castillo de proa, como conejos de una madriguera, y dirigirse a popa sobre la cubierta oxidada, al pase de revista del médico del puerto. Eran chinos, de rostros inexpresivos, como esfinges, y caminaban de un modo peculiar y desgarrado, arrastrando los pies como si los toscos zapatones les pesaran demasiado para sus flacas piernas.

Los veía y no los veía, mientras se pasaba la mano bajo la visera de la gorra y se rascaba pensativo la mata de pelo rubio rojizo. Porque la escena ante él no era más que el fondo, en su mente, de la visión de paz que le era propia: una visión que le acompañaba a menudo durante las largas noches en el puente, cuando el viejo *Trypsic* se revolcaba sobre el fondo agitado del océano, con las cubiertas anegadas y la jarcia zumbando bajo las ráfagas del temporal, o las cellizcas, o la lluvia tropical y recia. Y la visión que veía era de la granja y la casa de labranza y los cobertizos de techo de paja, de niños jugando al sol, y la buena esposa en la puerta, del mugir de las vacas, y el cacareo de las gallinas, y el piafar de los caballos en el establo, de la granja de su padre junto a la suya, con, más allá, la tierra ondulada y sin árboles y los campos cercados, pulcros y ordenados, que se extendían hasta la cresta de las colinas suaves y mansas. Esa era su visión y su sueño, su Romance y su Aventura, la meta de todo su esfuerzo, la recompensa alta al arado de sal y a los largos, larguísimos surcos que trazaba de un lado a otro del mundo entero en su labranza del mar.

En gustos sencillos e inclinaciones hogareñas, este hombre tan viajado era más sencillo y más casero que el más palurdo de los aldeanos. Su padre tenía setenta y un años y jamás había dormido una noche fuera de su propia cama, en su propia casa de la Isla McGill. Ese era el ideal de vida, a juicio del capitán MacElrath, y solía

maravillarse de que un hombre, sin verse obligado a ello, dejara una granja para irse al mar. Para este hombre tan viajado, el mundo entero le era tan familiar como el pueblo al zapatero sentado en su tienda. Para el capitán MacElrath, el mundo era un pueblo. Con los ojos de la imaginación veía sus calles de mil leguas de largo, sí, y más largas aún; recodos que doblaban los cabos más tempestuosos de la tierra, o que llevaban a tranquilas lagunas del interior; cruces de caminos que, tomados en un sentido, conducían a tierras floridas y mares de verano, y en el otro, a temporales amargos y sin tregua y a los peligrosos icebergs de la gran deriva del viento del oeste. Y las ciudades, resplandecientes de luces, eran como tiendas a lo largo de estas calles largas: tiendas donde se hacían negocios, donde se reponían las carboneras, se cargaban o trasladaban las mercancías, y se recibían órdenes de los armadores en Londres para ir a otra parte y más allá, siempre por las largas rutas del mar, buscando aquí nuevos cargamentos, llevando allá otros, corriendo fletes adondequiera que llamasen los chelines y los peniques y no lo prohibiesen los aseguradores. Pero todo aquello era un fastidio de solo contemplarlo, y, salvo porque de allí le venía el pan, carecía de todo provecho bajo el sol.

El último adiós a su esposa había sido en Cardiff, veintiocho meses atrás, cuando zarpó hacia Valparaíso con carbón: nueve mil toneladas, cargado hasta la línea de flotación. De Valparaíso había ido a Australia, en lastre, unas seis mil millas seguidas, con una travesía tormentosa y falto de carbón de consumo. Otra vez carbón a Oregón, siete mil millas, y casi otras tantas más con carga general para Japón y China. De allí a Java, cargando azúcar para Marsella, y de vuelta por el Mediterráneo hasta el mar Negro, y luego a Baltimore, cargado hasta la línea de flotación con mineral de cromo, zarandeado por huracanes, otra vez corto de carbón de consumo y haciendo escala en las Bermudas para reponerlo. Después un fletamento por tiempo, Norfolk, Virginia, cargando un misterioso carbón de contrabando y zarpando hacia Sudáfrica bajo las órdenes del misterioso sobrecargo alemán que los fletadores habían embarcado. A Madagascar, navegando a cuatro nudos por orden del

sobrecargo, mientras crecía la sospecha de que la flota rusa pudiera querer aquel carbón. Confusión y demoras, largas esperas en el mar, complicaciones internacionales, el mundo entero pendiente del viejo *Tryapsic* y su cargamento de contrabando, y luego a Japón y al puerto naval de Sasebo. De vuelta a Australia, otro fletamento por tiempo y mercancía general recogida en Sídney, Melbourne y Adelaida, y llevada a Mauricio, Lourenço Marques, Durban, la bahía de Algoa y Ciudad del Cabo. A Ceilán en busca de órdenes, y de Ceilán a Rangún a cargar arroz para Río de Janeiro. De allí a Buenos Aires, cargando maíz para el Reino Unido o el continente, con escala en San Vicente para recibir la orden de dirigirse a Dublín. Dos años y cuatro meses, ochocientos cincuenta días de cuaderno de bitácora, subiendo y bajando por las rutas marítimas de mil leguas de largo y de vuelta otra vez a la ciudad de Dublín. Y estaba realmente muy cansado.

Un pequeño remolcador se había hecho cargo del *Tryapsic*, y entre golpes, estrépito y órdenes a voces, con las máquinas a media avance, despacio, o a media atrás, el viejo y maltrecho vapor de carga fue empujado, guiado y llevado a hombros a través de las compuertas del dique hasta Ring's End Basin. Se lanzaron amarras a tierra, a proa y a popa, y se largó un esprín de a medio buque. Ya se había reunido en el muelle un pequeño grupo de la gente feliz que se queda en tierra.

—Acabado con máquinas —ordenó el capitán MacElrath con su voz lenta y espesa; y el tercer oficial accionó la palanca del telégrafo de máquinas.

—¡Fuera la plancha! —gritó el segundo oficial; y cuando esto se cumplió—: Ya está.

Era la última tarea de todas, sacar la plancha. «Ya está» fue la despedida. El viaje había terminado, y la tripulación avanzó a trompicones y con ansia por las cubiertas oxidadas, hacia donde tenían sus petates hechos y listos para tierra. El sabor de la tierra firme era fuerte en la boca de los hombres, y fuerte era también en la boca del capitán, que masculló un adiós seco al práctico que se

marchaba, y bajó él mismo a su camarote. Por la plancha subían en tropel los agentes de aduanas, el perito, el empleado del consignatario y los estibadores. Un despacho rápido dio cuenta de todos ellos y dejó libre su camarote, mientras el agente esperaba para llevarlo a la oficina.

—¿Le mandó aviso a mi mujer? —había sido su saludo al empleado.

—Sí, un telegrama, en cuanto se le dio el parte de llegada.

—Seguramente vendrá en el tren de la mañana —había dicho el capitán para sus adentros, y había entrado a cambiarse de ropa y lavarse.

Echó una última mirada por el camarote y a dos fotografías en la pared, una de su esposa y otra de un niño de pecho: el hijo al que nunca había visto. Salió al comedor, de paredes revestidas de cedro y arce, con su larga mesa para diez comensales, en la que había comido solo durante todo aquel tiempo tan largo. No había tenido para él las risas ni el bullicio ni las discusiones a voces del comedor común. Había comido en silencio, casi con hosquedad, un silencio que imitaba el sirviente asiático, callado, que le atendía. Cayó de pronto sobre él, abrumadora, la conciencia de la soledad de aquellos dos años y pico. Todas sus contrariedades y desvelos habían sido solo suyos. No los había compartido con nadie. Sus dos jóvenes oficiales eran demasiado jóvenes y ligeros de cascos, y el piloto demasiado torpe. No había con quién consultar. Un solo inquilino había compartido el camarote con él: ese inquilino era su propia responsabilidad. Habían comido y cenado juntos, recorrido el puente juntos, y juntos se habían acostado.

—¡Ah! —masculló a aquel torvo compañero—. Me libro de ti, y libre estaré... por un tiempo.

En tierra se cruzó con los últimos marineros y sus petates, y en las oficinas del agente, con las demoras de costumbre, despachó los asuntos del buque. Cuando lo invitaron a beber, pidió leche con soda.

—No es que sea abstemio —explicó—, pero por mi vida que no puedo con la cerveza ni con el whisky.

A primera hora de la tarde, cuando terminó de liquidar a la tripulación, se apresuró hacia el despacho privado donde le habían dicho que le esperaba su esposa.

Sus ojos fueron primero para ella, aunque grande era la tentación de echar algo más que una mirada apresurada al niño sentado en la silla a su lado. Tras el largo abrazo, la apartó un poco de sí y la miró a la cara, largo rato y con fijeza, bebiéndose cada uno de sus rasgos y preguntándose cómo era que no marcaba en ella cambio alguno el paso del tiempo. Su esposa lo tenía por un hombre cálido, aunque, de habersele preguntado a sus oficiales, la opinión habría sido bien distinta: un hombre duro y de genio agrio.

—Bueno, Annie, ¿cómo te va? —preguntó, y volvió a atraerla hacia sí.

Y de nuevo la apartó de sí, a esta esposa de diez años de matrimonio a la que tan poco conocía. Era casi una extraña —más extraña que su camarero chino, y desde luego mucho más extraña que sus propios oficiales, a quienes había visto todos los días, día tras día, durante ochocientos cincuenta días. Diez años casados, y en ese tiempo había estado con ella nueve semanas: apenas una luna de miel. Cada regreso a casa había sido un volver a conocerla. Era el destino de los hombres que se echaban al arado de sal. Poco sabían de sus esposas, y menos aún de sus hijos. Ahí estaba su primer maquinista, el viejo y corto de vista MacPherson, que contaba la historia de haber vuelto a casa y encontrarse con que su hijo de cuatro años, que jamás le había puesto los ojos encima, le dejaba fuera de la puerta.

—Y este será el chiquillo —dijo el capitán, alargando una mano titubeante hacia la mejilla del niño.

Pero el niño se apartó de él, refugiándose contra el costado de su madre.

—¡Ay! —exclamó ella—, si no conoce a su propio padre.

—Ni yo a él. Sabe Dios que no habría sabido distinguirlo entre una multitud, aunque me parece que tiene tu nariz.

—Y tus mismos ojos, Donald. Mírale. Es tu propio padre, hijo. Bésale, que ya eres todo un hombrecito.

Pero el niño se arrimó más a ella, con el gesto de miedo y desconfianza cada vez más marcado, y cuando el padre intentó cogerlo en brazos, amagó con echarse a llorar.

El capitán se enderezó, y para disimular la punzada que sintió en el pecho sacó el reloj y lo consultó.

—Ya es hora de irnos, Annie —dijo—. Ese tren va a salir.

En el tren guardó silencio al principio, repartido entre mirar a su esposa con el niño que se le iba durmiendo en brazos y mirar por la ventanilla los campos labrados y las colinas verdes y sin árboles, vagas e indistintas bajo la llovizna recia que se había puesto a caer. Tenían el compartimento para ellos solos. Cuando el niño se durmió, ella lo tendió en el asiento y lo arropó bien. Y una vez preguntado por la salud de parientes y amigos, y contados los chismes de la Isla McGill, junto con el tiempo y el precio de la tierra y las cosechas, quedaba poco de que hablar salvo de ellos mismos, y el capitán MacElrath emprendió el relato que traía a casa para su buena esposa de todo su vagar por los confines del mundo. Pero no fue un relato de maravillas lo que contó, ni de hermosas tierras floridas ni de misteriosas ciudades de Oriente.

—¿Cómo es Java? —preguntó ella en cierto momento.

—Llena de fiebres. La mitad de la tripulación caída con eso, y poco trabajo. Fue quinina y más quinina todo el bendito tiempo. Cada mañana, quinina y ginebra para toda la mano en ayunas. Y los que no estaban enfermos se las daban de estar tan mal como los demás.

Otra vez le preguntó por Newcastle.

—Carbón y polvo de carbón, y nada más. No un sitio agradable, todo negro de hollín. Perdí allí a dos chinos, los dos fogoneros. Y los armadores pagaron una multa al Gobierno de cien libras por cada

uno. «Lamentamos comunicarle», me escribieron —la carta me llegó a Oregón—, «lamentamos comunicarle la pérdida de dos miembros chinos de su tripulación en Newcastle, y le recomendamos mayor cuidado en el futuro». ¡Mayor cuidado! Y no podía yo haber tenido más cuidado. Los chinos tenían cuarenta y cinco libras cada uno por cobrar en salarios, y no se me ocurría pensar que fueran a desertar.

—Pero así es su modo: «lamentamos comunicarle», «nos permitimos advertirle», «recomendamos», «no alcanzamos a comprender», y cosas por el estilo. ¡Maldito cascarón de carga! Y se creían que podía yo llevarla como si fuera el *Lucania*, y sin quemar carbón encima. Ahí estaba lo de la hélice. Anduve detrás de ellos buen tiempo por eso. La vieja era de hierro, gruesa de bordes, y no lográbamos sacar la velocidad. Y la nueva era de bronce, novecientas libras costó, y luego querían sacarle rendimiento enseguida, y yo con una travesía mala y perdiendo tiempo cada día. «Lamentamos comunicarle su larga travesía de Valparaíso a Sídney, con una media diaria de solo ciento sesenta y siete. Esperábamos mejores resultados con la hélice nueva. Debería haber hecho una media diaria de doscientas dieciséis.»

—Y yo en una travesía de invierno, con temporal recio soplando la mitad del tiempo, y fuerza de huracán a ratos, y al paio seis días, con las máquinas paradas y el carbón de consumo escaseando, y con un piloto tan torpe que no podía cruzarse con la luz de un buque de noche sin llamarme al puente. Se lo escribí y se lo dije. Y entonces: «Nuestro asesor náutico sugiere que se mantuvo usted demasiado al sur», y «Esperamos mejores resultados de esa hélice». ¡Asesor náutico! ¡Un práctico de tierra firme! Era la latitud de costumbre para una travesía de invierno de Valparaíso a Sídney.

—Y cuando llegué a Auckland corto de carbón, tras dejarla a la deriva seis días con los fuegos apagados para ahorrar carbón, y con solo veinte toneladas en las carboneras, pensando en la pérdida de tiempo y en el gasto, y por ahorrarles a los armadores, la llevé dentro y fuera sin práctico. El practicaaje no era obligatorio. Y en Yokohama, con quién me topo sino con el capitán Robinson, del

Dyapsic. Nos pusimos a hablar de puertos y de sitios por la zona de Australia, y lo primero que dice él: «Hablando de Auckland... claro que usted, capitán, nunca ha estado en Auckland, ¿verdad?». «Sí», le digo, «estuve allí hace bien poco». «Ah, vaya», dice él, muy enfadado, «así que fue usted el listillo que me trajo aquella carta de los armadores: "Observamos una partida de quince libras por practica en Auckland. Un buque nuestro estuvo recientemente en Auckland y no incurrió en tal gasto. Nos permitimos advertirle que consideramos este practica un gasto innecesario en el que no debería incurrirse en el futuro."»

—Pero ¿me dijeron una palabra a mí por las quince libras que les ahorré? Ni una palabra. Le mandaron una carta al capitán Robinson por no ahorrarles las quince libras, y a mí: «Observamos una partida de dos guineas por honorarios médicos en Auckland para la tripulación. Sírvese explicar este gasto inusual.» Eran dos de los chinos. Yo pensaba que tenían beriberi, y por eso mandé llamar al médico. Enterré a los dos en el mar no una semana después. Pero fue: «Sírvese explicar este gasto inusual», y al capitán Robinson: «Nos permitimos advertirle que consideramos este practica un gasto innecesario.»

—¿No les puse un cable desde Newcastle, diciéndoles que el viejo cascarón estaba tan sucio de fondos que necesitaba varada? Siete meses sin dique seco, y la costa oeste el sitio del mundo donde más rápido se ensucia el fondo de un buque. Pero los fletes estaban altos, y tenían un fletamento de carbón para Portland. El *Arrata*, de la Woor Line, salió de puerto el mismo día que nosotros, rumbo a Portland, y el viejo *Tryapsic* haciendo seis nudos, siete a lo más. Y fue en Comox, cargando carbón de consumo, cuando recibí la carta de los armadores. La había firmado el propio jefe, y al pie escribió de su puño y letra: «El *Arrata* le sacó cuatro días y medio. Estoy decepcionado.» ¡Decepcionado! Cuando les había puesto un cable desde Newcastle. Cuando la metieron en dique en Portland, tenía barbas de treinta centímetros de largo, percebes del tamaño de mi puño, ostras como platillos de salsa. Les llevó dos días después limpiar el dique de conchas y porquería.

—Y estaba el asunto de las barras de fuego en Newcastle. La casa de tierra las hizo más pesadas que las especificaciones del maquinista, y luego se olvidaron de cobrar la diferencia. En el último momento, cuando yo estaba en tierra sacando mi despacho, vinieron con la factura: «Por error en barras de fuego, seis libras.» Habían ido al buque y MacPherson le había dado el visto bueno. Dije que era raro aquello y que no pagaría. «Entonces está usted dudando del primer maquinista», dicen ellos. «No estoy dudando», digo yo, «pero no veo el modo de firmar. Vengan conmigo al buque. La lancha no les costará nada y los traerá de vuelta. Y veremos qué dice MacPherson.»

—Pero no quisieron venir. En Portland me llegó la factura por carta. No le hice caso. En Hong Kong me llegó una carta de los armadores. Les habían mandado la factura a ellos. Les escribí desde Java, explicándolo. En Marsella los armadores me escribieron: «Por trabajo extra en la sala de máquinas, seis libras. El maquinista lo ha dado el visto bueno, y usted no. ¿Está usted dudando de la honradez del maquinista?» Les escribí y les dije que no dudaba de su honradez; que la factura era por el peso extra de las barras de fuego; y que estaba conforme. ¿Y la pagaron? No la pagaron. Tenían que investigar. Y algún empleado de la oficina cayó enfermo, y se perdió la factura. Y hubo más cartas. Recibí cartas de los armadores y de la firma —«Por error en barras de fuego, seis libras»— en Baltimore, en la bahía de Delagoa, en Moji, en Rangún, en Río y en Montevideo. Todavía no está saldado. Te lo digo, Annie, a los armadores es difícil complacerlos.

Se quedó pensativo un momento, y luego masculló, indignado: —Por error en barras de fuego, seis libras.

—¿Has oído lo de Jamie? —preguntó su esposa en la pausa.

El capitán MacElrath negó con la cabeza.

—Se lo llevó una ola de la toldilla, con otros tres marineros.

—¿Por dónde?

—Frente al Cabo de Hornos. Fue en el *Thornsby*.

—¿Iban de vuelta a casa?

—Sí —asintió ella—. La noticia solo nos llegó hace tres días. Su mujer está llorando que se muere.

—Buen muchacho, Jamie —comentó él—, pero de los tercos para seguir adelante con todo el trapo. Me acuerdo de cuando éramos pilotos juntos en el *Albion*. Así que Jamie se ha ido.

De nuevo cayó una pausa, que rompió la esposa.

—¿Y no habrás oído lo del *Bankshire*? MacDougall lo perdió en el estrecho de Magallanes. Ayer mismo venía en el periódico.

—Sitio cruel, ese estrecho de Magallanes —dijo él—. ¿No estuvo aquel maldito piloto a punto de ponerme en tierra dos veces en un solo pasaje? Era un idiota, un lunático. No lo habría querido en el puente ni un minuto. Al llegar a Narrow Reach, con tiempo cerrado y ráfagas de nieve, yo estaba en la cámara de las cartas, ¿no le di el nuevo rumbo? «Sudeste cuarta al este», le dije. «Sudeste cuarta al este, señor», dice él. Quince minutos después subo al puente. «Qué raro», dice aquel piloto, «no recuerdo ninguna isla a la entrada de Narrow Reach». Eché una sola mirada a las islas y le grité al timonel: «Todo el timón a estribor». Y había que ver al viejo *Tryapsic* dar el giro más cerrado que ha dado en su vida. Esperé a que despejara la nevada, y ahí estaba Narrow Reach, tan tranquilo como usted quiera, hacia el este, y las islas de la boca de False Bay hacia el sur. «¿Qué rumbo llevaba usted?», le pregunto al timonel. «Sur cuarta al este, señor», dice él. Miré al piloto. ¿Qué podía decirle? Estaba tan furioso que lo habría matado. Cuatro cuartas de diferencia. Cinco minutos más y el viejo *Tryapsic* habría acabado allí.

—¿Y no fue lo mismo cuando salimos del estrecho hacia el este? Cuatro horas más y estábamos bien y a salvo. Yo llevaba entonces cuarenta horas en el puente. Le di al piloto su rumbo, y la marcación de la luz de Askthar por la popa. «No dejes que abra más al norte de oeste cuarta al norte», le dije, «y todo irá bien». Y bajé y me acosté. Pero no podía dormir de la preocupación. Después de cuarenta horas en el puente, ¿qué eran cuatro horas más?, pensaba. ¿Y por

esas cuatro horas vas a dejar que el piloto te la pierda? «No», me dije. Y con eso me levanté, me lavé, tomé una taza de café, y subí al puente. Eché una sola mirada a la marcación de la luz de Askthar. Era noroeste cuarta al oeste, y el viejo *Tryapsic* yendo derecho a los bajos. Era un idiota, aquel piloto. Se podía mirar por la borda y ver la decoloración del agua. Fue un apuro grande para el viejo *Tryapsic*, se lo digo yo. Dos veces en treinta horas lo habría puesto en tierra, de no haber sido por mí.

El capitán MacElrath se quedó mirando al niño dormido con un leve asombro en sus ojillos azules, y su esposa buscó apartarlo de sus penas.

—¿Te acuerdas de Jummy MacCaul? —preguntó ella—. Fuiste a la escuela con sus dos hijos. El viejo Jummy MacCaul, el que tiene la granja más allá de la del doctor Haythorn.

—Ah, sí, ¿y qué es de él? ¿Ha muerto?

—No, pero andaba preguntándole a tu padre, cuando zarpaste la última vez para Valparaíso, si ya habías estado allí antes. Y cuando tu padre le dice que no, entonces Jummy dice: «¿Y cómo sabrá el camino, entonces?». Y con eso tu padre dice: «Muy sencillo es, Jummy. Suponte que fueras a tierra firme, a ver a un hombre que vive en Belfast. Belfast es una ciudad grande, Jummy, ¿y cómo encontrarías tú el camino?». «Con la lengua», dice Jummy; «preguntando a la gente que me fuera encontrando». «Ya te dije que era sencillo», dice tu padre. «Es la misma manera con que mi Donald encuentra el camino a Valparaíso. Le pregunta a cada buque que se cruza en el mar, hasta que por fin se topa con un buque que ha estado en Valparaíso, y el capitán de ese buque le dice el camino.» Y Jummy se rasca la cabeza y dice que ya lo entiende, y que la cosa era muy sencilla después de todo.

El capitán rio entre dientes ante la broma, y sus ojos azules y cansados se alegraron por un instante.

—Era un tipo flaco, aquel piloto, tan flaco como tú y yo juntos —comentó al cabo de un rato, con un ligero brillo en los ojos,

satisfecho de su propio disparate. Pero el brillo se apagó enseguida, y los ojos azules tomaron un aire hosco e invernal—. Qué hizo en Valparaíso sino desembarcar seiscientas brazas de cadena de ancla sin sacar recibo del lanchero. Yo andaba entonces sacando mi despacho. Cuando salimos a la mar, me encontré con que no tenía recibo de la cadena.

—¿Y no sacaste recibo de eso? —le digo.

—No —dice él—. ¿No iba derecha a los agentes?

—¿Cuánto tiempo llevas navegando —le digo— para no saber que es deber del piloto no entregar carga sin recibo de la misma? Y en la costa oeste, encima. ¿Qué le impide al lanchero robarse unos cuantos tramos?

Y resultó tal como dije. Seiscientas brazas pasaron por la borda, pero solo cuatrocientas noventa y cinco recibieron los agentes. El lanchero juró que eso era todo lo que había recibido del piloto: cuatrocientas noventa y cinco brazas. Recibí una carta de los armadores en Portland. No culparon de ello al piloto, sino a mí, y yo estaba en tierra en ese momento, en asuntos del buque. No podía estar en dos sitios a la vez. Y las cartas de los armadores y de los agentes todavía me siguen llegando.

Aquel piloto no era marinero de verdad, ni hombre para trabajar a las órdenes de armadores. ¿No quiso denunciarme al Board of Trade por ir por debajo de mi línea de carga? Se lo dijo al contramaestre. Y me lo dijo a la cara, de vuelta a casa, que había ido poco más de un centímetro por debajo de mi línea. Fue en Portland, cargando en agua dulce y yendo a Comox a cargar carbón de consumo en agua salada. Te lo digo, Annie, hace falta calcular con mucho cuidado, y sí que iba poco más de un centímetro por debajo de la línea de carga cuando entró el carbón de consumo. Pero eso no se lo cuento a nadie más que a ti. Y aquel piloto con la intención de denunciarme al Board of Trade, si no fuera porque tuvo a bien hacerse cortar en dos pedazos sobre la tapa del tubo de vapor.

Era un necio. Después de cargar en Portland tuve que tomar sesenta toneladas de carbón para llegarme hasta Comox. Los gastos de lanchaje eran altos, y no había sitio en el muelle del carbón. Había una barca francesa amarrada al muelle, y hablé con el capitán, preguntándole cuánto me cobraría, cuando acabara la faena del día, por apartarse un par de horas y dejarme entrar. «Veinte dólares», dijo. Era ahorrarle dinero al armador en lanchaje, y se lo di. Y aquella noche, ya de oscuro, entré y cargué el carbón. Luego me puse a salir a la corriente para fondear, por supuesto, con máquina propia.

Teníamos que salir de popa, y algo falló en el mecanismo de inversión de marcha. El viejo MacPherson dijo que podía manejarlo a mano, pero muy despacio. Y le dije que bien. Zarpamos. El práctico iba a bordo. La marea bajaba con fuerza, y justo por el través, un poco más abajo, había un buque fondeado con una lancha a cada costado. Vi las luces de fondeo del buque, pero ni una luz en las lanchas. Era cosa de mucho cuidado mover un buque grande a máquina, con MacPherson manejando el mecanismo de inversión a mano. Tuvimos que acercarnos mucho al buque antes de poder avanzar y quedar libres de los buques en las puntas del muelle. Y le dimos a la lancha de popa, justo cuando le tocaba a MacPherson media adelante.

—¿Qué ha sido eso? —dice el práctico, cuando dimos contra la lancha.

—No lo sé —digo yo—, y ya me lo estoy preguntando.

El práctico no era muy espabilado, ya ves, para su oficio. Seguí hasta un buen sitio y fondeé, y todo habría ido bien de no ser por aquel maldito piloto idiota.

—Hemos destrozado esa lancha —dice él, subiendo la escala al puente, con el práctico allí parado, oreja alerta para oír.

—¿Qué lancha? —digo yo.

—Esa lancha junto al buque —dice el piloto.

—Yo no vi ninguna lancha —digo yo, y con eso le piso el pie, bien y fuerte.

Cuando se fue el práctico le dije al piloto: «Si no sabes nada, viejo, por amor de Dios, cierra la boca».

—Pero sí que destrozamos esa lancha, ¿verdad que sí? —dice él.

—Si la destrozamos —digo yo—, no es asunto tuyo andárselo diciendo al práctico; aunque, mira, no estoy admitiendo que hubiera lancha ninguna.

Y a la mañana siguiente, justo cuando acabo de vestirme, dice el camarero: «Un hombre para verle, señor». «Hazlo pasar», digo yo. Y entró. «Siéntese», digo yo. Y se sentó.

Era el dueño de la lancha, y cuando terminó de contar su historia, digo yo: «Yo no vi ninguna lancha».

—¿Cómo dice? —dice él—. ¿No vio una lancha de doscientas toneladas, grande como una casa, junto a ese buque?

—Yo me guiaba por las luces del buque —digo yo—, y al buque no lo toqué, eso lo sé bien.

—Pero a la lancha sí que la tocó —dice él—. La destrozó. Hay mil dólares de daños, y me voy a encargar de que los pague.

—Mire, señor mío —digo yo—, cuando muevo un buque de noche cumplo la ley, y la ley dice con toda claridad que debo regirme por las luces de los buques. Su lancha no llevaba luz de fondeo alguna, ni yo ando buscando lanchas que no tengan luces que las señalen.

—El piloto dice... —empieza él.

—Al diablo con el piloto —digo yo—. ¿Llevaba su lancha luz de fondeo?

—No, no la llevaba —dice él—, pero era noche clara y la luna alumbraba.

—Parece que usted entiende de su oficio —digo yo—. Pero déjeme decirle que yo también entiendo del mío, y que no ando buscando

lanchas sin luces. Si cree que tiene caso, adelante. El camarero le acompañará a la salida. Buenos días.

Y ahí terminó la cosa. Pero eso te dará una idea de lo pobre hombre que era aquel piloto. Yo lo llamo una bendición para todos los capitanes que lo cortaran en dos sobre la tapa de aquel tubo de vapor. Tenía enchufe en la oficina, y por eso lo mantenían a bordo.

—La granja de Wekley pronto estará en venta, según me dicen los agentes —comentó su esposa, observando con disimulo qué efecto tenía en él aquel anuncio.

Le brillaron los ojos de golpe, con ansia, y se enderezó como quien se dispone a emprender una tarea grata. Era la granja de su visión, lindante con la de su padre, y la familia de ella labraba la tierra a menos de una milla.

—La vamos a comprar —dijo—, aunque no se lo diremos a un alma hasta que esté comprada y el dinero entregado. He ahorrado bastante estos últimos años, aunque los tiempos no son los de antes, y tenemos un buen ahorrito guardado. Iré a ver al padre y le tendré el dinero listo en la mano, para que, si estoy en el mar, él pueda comprar en cuanto salga la tierra a la venta.

Se frotó el vaho helado del cristal por dentro y se asomó a mirar la lluvia torrencial, a través de la cual no lograba distinguir nada.

—Cuando era joven solía temer que los armadores me echaran. Todavía temo que me echen. Pero en cuanto sea mía esa granja, ya no temeré más. Pobre oficio este de labrar el mar. Yo, manejando en toda clase de mares y tiempos y peligros del abismo un buque que vale cincuenta mil libras, con cargamentos que a veces valen cincuenta mil más —cien mil libras, medio millón de dólares como dicen los yanquis—, y yo con toda la responsabilidad cobrando un sueldo de veinte libras al mes. ¿Qué hombre en tierra, llevando un negocio que vale cien mil libras, va a cobrar un sueldo tan pequeño como veinte libras? Y con los amos a los que sirve un capitán: los armadores, los aseguradores y el Board of Trade, todos tirando cada uno para su lado y queriendo cosas distintas; los armadores

queriendo travesías rápidas y al diablo el riesgo, los aseguradores queriendo travesías seguras y al diablo la demora, y el Board of Trade queriendo travesías prudentes, y la prudencia siempre quiere decir demora. Tres amos distintos, y los tres capaces y dispuestos a arruinarte si no les sirves cada uno a su gusto.

Notó que el tren aminoraba la marcha, y volvió a mirar por el cristal empañado. Se puso en pie, se abrochó el abrigo, se subió el cuello, y con torpeza recogió en brazos al niño, que seguía dormido.

—Iré a ver al padre —dijo—, y le tendré el dinero listo en la mano, para que, si estoy en el mar cuando salga la tierra, no pierda la ocasión de comprar. Y entonces los armadores pueden echarme en cuanto quieran. Será noche cerrada, y yo estaré contigo, Annie, y el mar que se vaya al infierno.

La felicidad se asomó al rostro de ambos ante aquella perspectiva, y por un instante los dos vieron la misma visión de paz. Annie se inclinó hacia él, y, mientras el tren se detenía, se besaron por encima del niño dormido.

SAMUEL

MARGARET HENAN habría sido una figura llamativa en cualquier circunstancia, pero nunca más que la primera vez que me la encontré, con un saco de grano de bien un quintal al hombro, mientras caminaba con paso firme aunque vacilante desde la parte trasera del carro hasta el establo, deteniéndose un instante para tomar fuerzas al pie de los empinados escalones que llevaban al granero. Había cuatro de esos escalones, y los subía de uno en uno, despacio, sin titubear, y con tan tozuda seguridad que jamás se me pasó por la cabeza que las fuerzas pudieran faltarle y dejar caer aquel saco de un quintal de aquel cuerpo enjuto y marchito que casi se doblaba en dos bajo su peso. Porque era, a todas luces, una anciana, y fue su edad lo que me hizo quedarme junto al carro, observando.

Seis veces fue del carro al establo, cada vez con un saco lleno a la espalda, y aparte de darme los buenos días no reparó en mi presencia. Luego, vació ya el carro, buscó a tientas las cerillas y encendió una pipa corta de arcilla, apretando la superficie encendida del tabaco con un pulgar encallecido y en apariencia insensible. Las manos llamaban la atención. Eran de nudillos grandes, nervudas y deformadas por el trabajo, cubiertas de callos, con las uñas romas y rotas, y aquí y allá cortes y magulladuras, cicatrizadas o a medio cicatrizar, como las que son comunes en las manos de los hombres que trabajan duro. En el dorso se marcaban venas enormes y salientes, elocuentes de la edad y del esfuerzo. Al mirarlas, costaba creer que fueran las manos de la mujer que en otro tiempo había

sido la belleza de la isla de McGill. Esto último, claro está, lo supe después. En aquel momento no conocía ni su historia ni su identidad.

Llevaba unos toscos zapatones de hombre. Iba con las piernas sin medias, y había notado, al caminar, que sus pies descalzos se hundían en aquel calzado rígido y arrugado como el hierro, que le chapoteaba en los flacos tobillos a cada paso. Su figura, informe y sin talle, iba vestida con una tosca camisa de hombre y una raída enagua de franela que en otro tiempo había sido roja. Pero fue su rostro, arrugado, marchito y curtido por la intemperie, rodeado de una aureola de mechones grises, despeinados y desmadejados, lo que me atrapó y me retuvo. Ni los cabellos revueltos ni la apretada red de arrugas lograban ocultar la espléndida cúpula de una frente alta y ancha, sin rayar en lo anormal.

Las mejillas hundidas y la nariz afilada poco decían de la calidad de la vida que parpadeaba tras aquellos claros ojos azules suyos. Pese al minucioso tejido de arrugas que, de algún modo, no lograba marchitarlos, sus ojos eran claros como los de una muchacha — claros, francos y de mirada lejana, con una fijeza abierta e impávida que resultaba desconcertante. Lo verdaderamente notable era la distancia entre ellos. Afortunado es el hombre o la mujer que tiene el ancho de un ojo de separación, pero en Margaret Henan la distancia entre los ojos era de un ojo y medio cumplido. Y, sin embargo, tan simétricamente moldeado estaba su rostro que aquel rasgo singular no producía ningún efecto inquietante, y, dicho sea de paso, habría pasado inadvertido para el observador casual. La boca, informe y desdentada, de comisuras caídas y labios secos como pergamino, carecía no obstante de la flojedad muscular tan propia de la vejez. Aquellos labios podrían haber sido los de una momia, de no ser por esa impresión de rígida firmeza que transmitían. No es que estuvieran atrofiados. Al contrario, parecían tensos, fijos con una determinación tanto muscular como espiritual. Ahí, y en los ojos, estaba el secreto de la seguridad con que subía los pesados sacos por los empinados escalones, sin un paso en falso ni una pérdida de equilibrio, para vaciarlos luego en el granero.

—Es usted una mujer mayor para andar trabajando así —me aventuré a decir.

Me miró con aquella mirada extraña e impávida, y pensó y habló con la lentitud deliberada que caracterizaba todo en ella, como si fuera plenamente consciente de una eternidad que le pertenecía y en la que no había necesidad de prisa. De nuevo me impresionó su enorme seguridad. En esa eternidad que parecía tan indudablemente suya, había tiempo de sobra para el pie firme y el equilibrio estable —para la certeza, en suma. Ni en su vida espiritual, como tampoco al cargar los quintales de grano, cabía la posibilidad de un traspie o una pérdida de equilibrio. La sensación que me produjo fue inquietante. Allí había un alma humana que, salvo por el más tenue de los contactos, quedaba fuera de mi humanidad. Y cuanto más fui conociendo a Margaret Henan en las semanas que siguieron, más misteriosamente remota se volvía. Era tan ajena como una viajera venida de otra estrella, y ni ella ni toda la comarca podían darme la menor pista de qué formas de vida, qué ardores de sentimiento o qué reglas de contemplación filosófica la habían movido en todo lo que había sido y era.

—Setenta y dos cumpliré el Viernes Santo que viene, de hoy en quince días —dijo en respuesta a mi pregunta.

—Pero es usted una anciana para hacer este trabajo de hombre, y trabajo de hombre fuerte, además —insistí.

De nuevo pareció sumergirse en aquella atmósfera de eternidad contemplativa, y de un modo tan extraño me afectó que no me habría sorprendido despertar un siglo después y encontrarla empezando apenas a pronunciar su respuesta—

—El trabajo ha de hacerse, y a nadie le debo nada.

—Pero ¿no tiene usted hijos, familia, parientes?

—Ah, sí, de sobra que los tengo, pero no ven por bien ayudarme.

Sacó la pipa un momento, luego añadió, con un movimiento de cabeza hacia la casa: —Vivo sola.

Eché un vistazo a la casa, de techo de paja y espaciosa, al gran establo, y a la extensa hilera de campos que sin duda pertenecían a la finca.

—Es mucha tierra para labrarla usted sola.

—Ah, sí, bastante grande, unas veintiocho hectáreas. Tenía ocupado a mi difunto marido, junto con un hijo y un mozo contratado, sin contar las manos de más en la siega y una criada en la casa.

Trepó al carro, recogió las riendas en las manos, y me escudriñó con sus ojos vivos y astutos.

—¿Diría yo que viene usted de allende el mar... de América, quiero decir?

—Sí, soy yanqui —respondí.

—¿No habrá usted de encontrar muchos de la isla de McGill afincados en América, digo yo?

—No; no recuerdo haber conocido a ninguno, en los Estados.

Asintió con la cabeza.

—Son gente que ama su hogar, aunque no he de decir que no sean andariegos. Pero al final vuelven a casa, los que no se pierden en el mar ni los matan las fiebres y cosas así en tierras extrañas.

—Entonces, ¿sus hijos se habrán hecho a la mar y habrán vuelto? —pregunté.

—Ah, sí, todos menos Samuel, que se ahogó.

Al mencionar a Samuel, habría jurado que una luz extraña le cruzó los ojos, y me pareció, como por algún destello telepático, adivinar en ella una tremenda añoranza, un anhelo inmenso. Me pareció que ahí estaba la clave de lo inescrutable de su carácter, la pista que, seguida como es debido, aclararía toda su rareza. Comprendí que aquello era un contacto y que, por un instante, estaba vislumbrando su alma. La pregunta me cosquilleaba en la lengua, pero ella se me adelantó.

Chasqueó la lengua —*tchk*— al caballo, y con un «Buen día tenga usted, señor», se marchó.

* * * * *

Gente sencilla y hogareña es la de la isla de McGill, y dudo que en el mundo entero se encuentre un pueblo más sobrio, más ahorrador y más trabajador. Si se les encuentra fuera de casa —y para encontrarlos fuera de casa hay que encontrarlos en el mar, pues son una raza híbrida de marinos y labradores— nadie los tomaría por irlandeses. Irlandeses se dicen, y hablan del norte de Irlanda con orgullo, burlándose de sus hermanos escoceses; y sin embargo son, sin ninguna duda, escoceses, escoceses trasplantados hace mucho tiempo, es verdad, pero escoceses al fin y al cabo, con mil rasgos propios, por no hablar de sus giros de habla y de su pronunciación lanosa, que nada sino su tribalismo escocés podría haber conservado hasta hoy.

Un loch estrecho, de apenas ochocientos metros de ancho, separa la isla de McGill de la Irlanda continental; y, una vez cruzado ese loch, uno se encuentra en un país completamente distinto. La impronta escocesa es fuerte, y sus habitantes, para empezar, son presbiterianos. Si se tiene en cuenta que no hay una sola taberna en toda la isla y que en ella viven siete mil almas, puede uno hacerse una idea de la templanza de la comunidad. Fieles a las viejas costumbres, la opinión pública y los pastores ejercen una influencia poderosa, mientras que los padres y las madres son venerados y obedecidos como en pocos otros lugares de este mundo moderno. El noviazgo nunca se prolonga más allá de las diez de la noche, y ninguna muchacha sale con su pretendiente sin conocimiento y consentimiento de sus padres.

Los mozos se echan a la mar y siembran sus locuras juveniles en los puertos perdidos, para volver, entre viaje y viaje, a vivir la vieja moral rigurosa, a cortejar hasta las diez, a sentarse bajo el pastor cada domingo, y a escuchar en casa los mismos preceptos severos que los mayores les predicaron desde que eran rapaces. Mucho aprenden de mujeres en los confines del mundo, estos hijos del mar,

y sin embargo tenían una sabiduría cautelosa y jamás traían esposas a casa. La única excepción a esto había sido el maestro de escuela, culpable de haber traído una esposa de apenas ochocientos metros al otro lado del loch. Por ello no se le perdonó jamás, y vivió a la sombra de esa mancha el resto de sus días. A su muerte, la esposa regresó al otro lado del loch, con los suyos, y quedó borrada la mancha en el escudo de la isla de McGill. Al final, los marineros se casaban con muchachas de su propia tierra y se asentaban para convertirse en dechado de todas las virtudes por las que la isla era conocida.

La isla de McGill carecía de historia. No podía presumir de ninguno de esos sucesos con que se hace la historia. Nunca hubo allí ostentación del verde, ni conspiraciones fenianas, ni disturbios por la tierra. Solo hubo un desahucio, y este puramente técnico —un caso de prueba, por consejo del abogado del arrendatario. Así que la isla de McGill carecía de anales. La historia la había dejado pasar de largo. Pagaba sus impuestos, reconocía a sus soberanos coronados, y dejaba al mundo en paz; todo lo que pedía a cambio era que el mundo la dejara en paz a ella. El mundo se componía de dos partes —la isla de McGill y el resto. Y todo lo que no fuera la isla de McGill era extranjero y bárbaro; y bien lo sabía, pues ¿acaso no traían sus hijos marineros noticias de ese mundo y de sus modos impíos?

* * * * *

Fue por boca del capitán de un carguero de Glasgow, como pasajero de Colombo a Rangún, que tuve noticia por primera vez de la existencia de la isla de McGill; y fue de él de quien llevaba la carta que me abrió las puertas de la casa de la señora Ross, viuda de un capitán de la marina mercante, que vivía con una hija y tenía dos hijos, capitanes ellos mismos y embarcados en el mar. La señora Ross no admitía huéspedes, y fue solo la carta del capitán Ross la que me permitió obtener de ella cama y comida. Aquella noche, tras mi encuentro con Margaret Henan, interrogué a la señora Ross, y supe al instante que en verdad había tropezado con un misterio.

Como toda la gente de la isla de McGill, según pronto habría de descubrir, la señora Ross se mostró al principio reacia a hablar en absoluto de Margaret Henan. Y sin embargo, fue de ella de quien supe aquella noche que Margaret Henan había sido en otro tiempo una de las bellezas de la isla. Hija ella misma de un labrador acomodado, se había casado con Thomas Henan, igualmente acomodado. Fuera de las labores habituales de ama de casa, nunca había estado acostumbrada a trabajar. A diferencia de muchas mujeres de la isla, jamás había echado una mano en el campo.

—Pero ¿y sus hijos? —pregunté.

—Dos de los hijos, Jamie y Timothy, están casados y se echaron a la mar. Esa casa grande cerca de la oficina de correos es de Jamie. Las hijas que no se casaron viven con las que sí se casaron. Y el resto están muertos.

—Los Samuel —terció Clara, con lo que sospeché era una risita.

Era la hija de la señora Ross, una moza fornida de rasgos hermosos y unos notables ojos negros.

—No es cosa de risa —la reprendió su madre.

—¿Los Samuel? —intervine—. No lo entiendo.

—Sus cuatro hijos que murieron.

—¿Y a todos los llamaron Samuel?

—Sí.

—Extraño —comenté, en el silencio que se alargaba.

—Muy extraño —afirmó la señora Ross, prosiguiendo impasible con el tejido de la camiseta de lana que tenía sobre las rodillas: una más de las incontables prendas interiores que tejía sin descanso para sus hijos capitanes.

—¿Y solo los Samuel murieron? —insistí, en un nuevo intento.

—Los demás vivieron —fue la respuesta—. Una buena familia, no hay ninguna mejor en la isla. Jamás salieron de la isla de McGill

mozos mejores. El pastor los ponía de ejemplo para que los demás los imitaran. Y de las muchachas jamás se susurró una palabra en contra.

—Pero ¿por qué la dejan sola ahora, en su vejez? —insistí—. ¿Por qué no cuida de ella su propia sangre? ¿Por qué vive sola? ¿Nunca van a verla ni se ocupan de ella?

—Ni uno, en veinte años y más. Ella se lo buscó. Los echó de casa igual que echó al viejo Tom Henan, que fue su marido, hasta la muerte.

—¿La bebida? —aventuré.

La señora Ross negó con la cabeza, desdeñosa, como si la bebida fuera una flaqueza indigna hasta del más débil de la isla de McGill.

Siguió una larga pausa, durante la cual la señora Ross siguió tejiendo impasible, y solo asintió dando permiso cuando el novio de Clara, primer oficial de uno de los veleros de la Shire Line, vino a buscarla para salir a pasear. Yo me quedé estudiando la media docena de huevos de avestruz que colgaban en el rincón, contra la pared, como un racimo de alguna fruta monstruosa. En cada cáscara había pintados mares escarpados e imposibles, por los que surcaban espumantes buques de vela con una falta de perspectiva solo igualada por su aguda perfección técnica. Sobre la repisa de la chimenea había dos grandes conchas de nácar, evidentemente un par, talladas con minucia por las pacientes manos de presidiarios de Nueva Caledonia. En el centro de la repisa había un ave del paraíso disecada, mientras que por la habitación se esparcían vistosas conchas de los mares del sur, delicadas ramas de coral brotando de conchas de *pi-pi* cubiertas de bálanos y encerradas en vitrinas de cristal, azagayas de Sudáfrica, hachas de piedra de Nueva Guinea, enormes bolsas de tabaco de Alaska bordadas con motivos heráldicos de tótems, un bumerán de Australia, varios barcos dentro de botellas de cristal, un cuenco caníbal de *kai-kai* de las Marquesas, y frágiles vitrinas de China y las Indias, con incrustaciones de madreperla y maderas preciosas.

Contemplé aquel variado tesoro traído a casa por los hijos marineros, y medité sobre el misterio de Margaret Henan, que había llevado a su marido a la muerte y había sido abandonada por toda su parentela. No era la bebida. Entonces, ¿qué era? ¿Alguna crueldad espantosa? ¿Alguna infidelidad asombrosa? ¿O algún crimen campesino, terrible y de otros tiempos?

Expuse mis teorías, pero ante todas ellas la señora Ross negaba con la cabeza.

—No era eso —dijo—. Margaret fue buena esposa y buena madre, y dudo que hiciera daño ni a una mosca. Crio a su familia temerosa de Dios y de buenas costumbres. Su mal fue que se volvió loca... se volvió idiota.

La señora Ross se dio unos golpecitos elocuentes en la frente para indicar un estado de trastorno.

—Pero yo he hablado con ella esta tarde —objeté—, y la he encontrado una mujer sensata, notablemente despierta para su edad.

—Sí, y le concedo todo lo que dice usted —prosiguió ella con calma—. Pero yo no me refiero a eso. Me refiero a su testarudez malintencionada y viciosa. No hubo jamás mujer más terca que Margaret Henan. Todo fue por causa de Samuel, que era el nombre de su hermano menor y, dicen, su favorito, el que se quitó la vida con su propia mano por culpa del error del pastor al no registrar la nueva iglesia en Dublín. Fue una lección de que el nombre traía desgracia, pero ella no quiso aceptarlo, y ya hubo comentarios cuando llamó Samuel a su primer hijo, el que murió de crup. Y con eso, ¿qué hace luego sino llamar Samuel al siguiente, y él con solo tres años cuando cayó en la tina de agua hirviendo y quedó, sin más, cocido hasta morir? Todo vino, se lo digo yo, de su testarudez malintencionada y necia. Un Samuel había de tener, a la fuerza; y eso fue la muerte de los cuatro hijos. Después del primero, ¿no se echó su propia madre por el suelo, a los pies de ella, rogando y suplicándole que no llamara Samuel al siguiente? Pero no hubo

modo de apartarla de su propósito. Margaret Henan siempre fue tozuda en sus cosas, y nunca más que en aquel nombre de Samuel.

—Estaba como loca con lo de Samuel. ¿No se levantaron sus vecinos y todos los parientes y allegados, salvo los que vivían en la casa con ella, y se marcharon del bautizo del segundo, el que quedó cocido? Eso hicieron, y en el mismo momento en que el pastor preguntó qué nombre había de llevar la criatura. «Samuel», dice ella; y con eso se levantaron y se fueron y dejaron la casa. Y en la puerta, ¿no se volvió su tía Fannie, hermana de su madre, y dijo bien alto para que todos lo oyeran: «¿Para qué querrá matar a la pobre criatura?»? El pastor lo oyó bien claro, y no le gustó, pero, como le dijo después a mi Larry, ¿qué podía hacer él? Era el deseo de la mujer, y no había ley que impidiera a una madre llamar a su hijo como ella quisiera.

—¿Y no hubo luego el tercer Samuel? Y cuando se perdió en el mar frente al Cabo, ¿no quebrantó ella todas las leyes de la naturaleza para tener un cuarto? Tenía cuarenta y siete años, se lo digo yo, y tuvo un hijo a los cuarenta y siete. ¡Piense usted! ¡A los cuarenta y siete! Fue una verdadera escandalera.

* * * * *

De boca de Clara, a la mañana siguiente, oí el relato del hermano favorito de Margaret Henan; y de aquí y de allá, en la semana que siguió, fui reconstruyendo la tragedia de Margaret Henan. Samuel Dundee había sido el menor de los cuatro hermanos de Margaret, y, según me contó Clara, ella lo había adorado casi como a un ídolo. Por entonces se hacía a la mar, capitán de uno de los veleros de la Bank Line, cuando se casó con Agnes Hewitt. La describían como una muchacha frágil y menuda, de rasgos delicados y una naturaleza nerviosa, de lo más sensible. Fue la primera boda celebrada en la iglesia «nueva», y tras dos semanas de luna de miel, Samuel besó a su esposa para despedirse y zarpó al mando del *Loughbank*, un gran velero de cuatro palos.

Y fue por culpa de la iglesia «nueva» que ocurrió el desliz del pastor. Ni fue tampoco error solo del pastor, como explicó después uno de los ancianos; pues fue igualmente error de todo el Presbiterio de Coughleen, que comprendía quince iglesias entre la isla de McGill y tierra firme. La vieja iglesia, ya irreparable, había sido derribada y la nueva construida sobre los mismos cimientos. Al considerar aquellos cimientos como la quilla de un barco, ni al pastor ni al Presbiterio se les pasó jamás por la cabeza que la nueva iglesia fuera legalmente distinta de la vieja.

—Y tres parejas se casaron la primera semana en la iglesia nueva —dijo Clara—. Primero, Samuel Dundee y Agnes Hewitt; al día siguiente, Albert Mahan y Minnie Duncan; y para el fin de semana, Eddie Troy y Flo Mackintosh... todos hombres de mar, y en seis semanas el último de ellos de vuelta a su barco y en marcha, sin que ninguno soñara siquiera con la maldad en que habían andado.

El Espíritu de la Perversidad debió de reírse a carcajadas con aquella situación. Todo lo favorecía. Las bodas se habían celebrado la primera semana de mayo, y no fue hasta tres meses después cuando el pastor, según exigía la ley, hizo su informe trimestral a las autoridades civiles de Dublín. De vuelta llegó, sin tardanza, la notificación de que su iglesia no tenía existencia legal, por no estar registrada conforme a lo que exigía la ley. Esto se remedió con el registro inmediato; pero los matrimonios no eran de arreglo tan sencillo. Los tres maridos marineros estaban ausentes, y sus esposas, en resumidas cuentas, no eran sus esposas.

—Pero el pastor no quiso alarmar a la gente —dijo Clara—. Se guardó su secreto y esperó su momento, aguardando a que los mozos volvieran del mar. Quiso la suerte que él estuviera al otro lado de la isla, en un bautizo, cuando Albert Mahan llegó a casa sin avisar, recién atracado su barco en Dublín. Eran las nueve de la noche cuando el pastor, en zapatillas y bata, se enteró de la noticia. Se levantó de un salto y pidió caballo y silla, y allá se fue como el viento a casa de Albert Mahan. Albert estaba a punto de acostarse, con un zapato ya quitado, cuando llegó el pastor.

—«Venid conmigo, los dos», dice él, sin aliento. «¿Para qué, si estoy muerto de cansado y a punto de acostarme?», dice Albert. «Vais a quedar legalmente casados», dice el pastor. Albert pone mala cara y dice: «Vamos, pastor, estará usted de broma», pero para sus adentros, según ha contado él mismo muchas veces, se preguntaba si el pastor se habría aficionado al whisky a esas alturas de la vida.

—«¿Que no estamos casados?», dice Minnie. Él negó con la cabeza. «¿Y no soy la señora Mahan?» «No», dice él, «no es usted la señora Mahan. Es usted la señorita Duncan, sin más». «Pero si nos casó usted mismo», dice ella. «Lo hice y no lo hice», dice él. Y con eso les contó todo el enredo, y Albert se puso el zapato, y se fueron con el pastor y se casaron como es debido y conforme a la ley, y como dice Albert Mahan muchas veces desde entonces: «No es todo hombre el que tiene dos noches de boda en la isla de McGill».

Seis meses después volvió Eddie Troy y fue vuelto a casar sin demora. Pero Samuel Dundee estaba embarcado en un viaje de tres años y su barco se dio por retrasado. Para complicar más la situación, un niño de más de dos años lo esperaba en brazos de su esposa. Pasaron los meses, y la esposa enflaquecía de tanto preocuparse. «No es en mí en quien pienso», se cuenta que decía muchas veces, «sino en el pobre crío sin padre. Si algo le hubiera pasado a Samuel, ¿qué sería del niño?»

El Lloyd's dio por perdido al *Loughbank*, y los armadores dejaron de enviar la mensualidad de la media paga de Samuel a su esposa. Era la cuestión de la legitimidad del niño lo que la atormentaba, y, cuando se perdió toda esperanza del regreso de Samuel, se ahogó a sí misma y al niño en el loch. Y aquí entra la tragedia mayor. El *Loughbank* no se había perdido. Por una serie de desastres y retrasos en el mar, demasiado largos de contar, había hecho una de esas travesías largas y sin avistar tierra que ocurren una o dos veces cada medio siglo. ¡Cómo debió de reírse el Espíritu, sujetándose los costados! Samuel volvió del mar, y cuando le dieron la noticia, algo

se quebró en algún lugar de su corazón o de su cabeza. A la mañana siguiente lo encontraron donde había intentado matarse, tendido sobre la tumba de su esposa y su hijo. Jamás en la historia de la isla de McGill hubo un lecho de muerte tan terrible. Escupió al pastor en la cara y lo cubrió de injurias, y murió blasfemando tan atrozmente que quienes lo velaron apartaban la mirada y les temblaban las manos.

Y, a pesar de todo esto, Margaret Henan llamó Samuel a su primer hijo.

* * * * *

¿Cómo explicar la terquedad de aquella mujer? ¿O era una obsesión morbosa que exigía que un hijo suyo llevara el nombre de Samuel? Su tercer hijo fue una niña, a la que puso su propio nombre, y el cuarto fue de nuevo varón. Pese a los golpes del destino que ya la habían dejado desamparada, y pese a la pérdida de amigos y parientes, persistió en su decisión de poner al niño el nombre de su hermano. Fue evitada en la iglesia por quienes habían crecido con ella. Su madre, tras un último ruego, abandonó su casa con la advertencia de que, si el niño llevaba ese nombre, no volvería a dirigirle la palabra. Y aunque la anciana vivió treinta años más, cumplió su palabra. El pastor accedió a bautizar al niño con cualquier nombre menos Samuel, y todos los demás pastores de la isla de McGill se negaron a bautizarlo con el nombre que ella había elegido. Hubo por entonces comentarios de que Margaret Henan acudiría a los tribunales, pero al final llevó al niño a Belfast y allí lo hizo bautizar Samuel.

Y entonces no pasó nada. Toda la isla quedó desmentida. El niño creció y prosperó. El maestro de escuela no dejaba de asegurar que era el muchacho más despierto que había visto jamás. Samuel tenía una constitución espléndida, un agarre tremendo a la vida. Para asombro de todos, escapó de las dolencias infantiles habituales. El sarampión, la tos ferina y las paperas no lo conocieron. Iba blindado contra los gérmenes, inmune a toda enfermedad. Los dolores de cabeza y de oídos le eran cosas desconocidas. «Ni siquiera un

forúnculo o un grano», como me dijo una de las viejas del lugar, llegó jamás a estropear su piel sana. Batió récords escolares en estudios y en deportes, y venció a todos los muchachos de su edad o su tamaño en la isla de McGill.

Fue un triunfo para Margaret Henan. Aquel dechado era suyo, y llevaba el nombre tan querido. Con la única excepción de su madre, amigos y parientes fueron volviendo poco a poco y reconociendo que se habían equivocado; aunque hubo viejas que siguieron aferradas a su opinión y que meneaban la cabeza con gesto agorero sobre sus tazas de té. El muchacho era demasiado maravilloso para durar. No había forma de escapar a la maldición del nombre que su madre le había impuesto con tanta maldad. La generación joven se unía a Margaret Henan para reírse de ellas, pero las viejas seguían meneando la cabeza.

Llegaron otros hijos. El quinto de Margaret Henan fue un varón, al que llamó Jamie, y en rápida sucesión llegaron tres niñas, Alice, Sara y Nora, el niño Timothy, y dos niñas más, Florence y Katie. Katie fue la última, la undécima, y Margaret Henan, a los treinta y cinco años, puso fin a sus esfuerzos. Había cumplido bien con la isla de McGill y con la Reina. Nueve hijos sanos tuvo. Todos prosperaron. Parecía que su mala fortuna había agotado su cupo con las muertes de los dos primeros. Nueve vivieron, y uno de ellos se llamaba Samuel.

Jamie se decidió por el mar, aunque no fue tanto cosa de elección como de obligación, pues los hijos mayores de la isla de McGill se quedaban en la tierra, mientras que todos los demás iban a arar el mar salado. Timothy siguió a Jamie, y para cuando este obtuvo su primer mando, un vapor de la línea de la bahía con base en Cardiff, Timothy ya era primer oficial de un gran velero. Samuel, sin embargo, no tomó afición a la tierra. La vida de labrador no lo atraía en absoluto. Sus hermanos se hacían a la mar, no por deseo, sino porque era el único modo de ganarse el pan; y él, que no tenía necesidad de irse, los envidiaba cuando, de vuelta de largos viajes, se sentaban junto al fuego de la cocina y contaban sus atrevidas historias de las tierras maravillosas más allá del confín del mar.

Samuel se hizo maestro, para gran disgusto de su padre, e incluso obtuvo certificados adicionales, yendo a Belfast a examinarse. Cuando el viejo maestro se retiró, Samuel tomó su escuela. En secreto, sin embargo, estudiaba navegación, y era la delicia de Margaret cuando él, sentado junto al fuego de la cocina, y pese a los títulos de patrón de sus hermanos, los enredaba en la teoría de su propio oficio. Solo Tom Henan se sintió ultrajado cuando Samuel, maestro de escuela, caballero, y heredero de la granja de los Henan, se embarcó hacia el mar como marinero raso. Margaret tenía una fe inquebrantable en la estrella de su hijo, y fuera lo que fuese lo que él hiciera, estaba segura de que sería para bien. Como todo lo demás relacionado con su gloriosa persona, jamás se conoció un ascenso tan rápido como el de Samuel. Con apenas dos años de experiencia en el mar como marinero raso, lo sacaron del castillo de proa y lo hicieron segundo oficial provisional. Esto ocurrió en un puerto de fiebres de la Costa Oeste, y el tribunal de capitanes que lo examinó reconoció que sabía más de la ciencia de la navegación de lo que ellos recordaban o habían olvidado. Dos años después zarpó de Liverpool, primer oficial del *Starry Grace*, con los títulos de capitán y de capitán de altura en su poder. Y entonces sucedió... aquello por lo que las viejas llevaban años meneando la cabeza.

Me lo contó Gavin McNab, contramaestre del *Starry Grace* en aquella época, él mismo natural de la isla de McGill.

—Bien que me acuerdo yo de aquello —dijo—. Íbamos corriendo nuestro Este, y se nos hacía duro el tiempo. Tan buen marino como jamás pisó cubierta era Samuel Henan. Bien recuerdo su aspecto aquella última mañana, mirando aquellas grandes olas que se encrespaban por la popa, y mirando a la vieja y viendo cómo las aguantaba... el capitán abajo, borracho desde hacía días. Fue a las siete cuando Henan la puso a la capa, sin atreverse a seguir corriendo más en aquel mar espantoso. A las ocho, después de desayunar, se metió a dormir, y media hora después sube el capitán, con los ojos legañosos y temblando, agarrado a la escalerilla. Soplaban de veras, se lo digo yo, y allí se quedó, parpadeando y cabeceando y hablando solo para sus adentros. «Arriba», dice al fin

al timonel. «¡Dios mío!», dice el segundo oficial, a su lado. El capitán ni lo mira siquiera, sigue murmurando y farfullando para sí. De pronto se yergue y echa la cabeza atrás, y dice: «¡Mete el timón, hombre... ahora, maldito seas! ¿Estás sordo que no me oyes?»

Fue suerte de borracho, que la *Starry Grace* viró en redondo ante aquel vendaval de todos los demonios sin embarcar un solo cubo de agua, con el segundo oficial gritando órdenes y la tripulación saltando como posesos. Y con eso el capitán asiente contento para sus adentros y baja a por más whisky. Fue puro asesinato de todos nosotros, que no era momento para que el barco más grande a flote anduviera corriendo el temporal. ¿Correr? ¡Nunca vi cosa igual! Fue cosa que pasaba todo entendimiento, y eso que llevo yo yendo a la mar, de grumete y de hombre, cuarenta años. Le digo que fue cosa de pavor.

La cara del segundo oficial estaba blanca como la muerte, y aguantó solo media hora, hasta que fue demasiado para él y bajó a llamar a Samuel y al tercero. Sí, buen marino aquel Samuel, pero también fue demasiado para él. Miraba y pensaba, miraba y pensaba, y no veía la salida. No se atrevía a ponerla a la capa. Se habría visto barrida de toda la tripulación y de mástiles y de todo antes de poder ponerla a la capa. No había nada que hacer sino seguir corriendo el temporal. Y si empeoraba, de todos modos estábamos perdidos, que tarde o temprano aquella mar que nos venía encima había de barrernos limpios por encima de la toldilla y todo.

¿He dicho que fue un vendaval de todos los demonios? Fue peor que eso. El mismísimo diablo debió de meter mano en su fragua, de tan espantoso que era. He visto algunas cosas, pero no tengo ganas de volver a ver otra igual. Ningún hombre se atrevía a estar en su litera. Ni tampoco ninguno en cubierta. Todos nosotros estábamos encima de la caseta, agarrados y mirando. Los tres oficiales estaban en la toldilla, con dos hombres al timón, y el único hombre abajo era aquel capitán maldito del whisky, roncando borracho.

Y entonces la vi venir, a poco más de un kilómetro y medio, alzándose sobre todas las olas como una isla en el mar: la ola más grande que he visto en mi vida. Los tres oficiales se quedaron juntos mirándola venir, rezando por que no rompiera al pasarnos. Pero no había de ser así. Al final, cuando se alzó como una montaña, encrespándose sobre la popa y tapando el cielo, los oficiales se dispersaron: el segundo y el tercero corriendo hacia los obenques de mesana y trepando por ellos, pero el primero corriendo hacia el timón para echar una mano. Era un hombre valiente, aquel Samuel Henan. Corrió derecho a la cara de aquella madre de todas las olas, sin pensar en sí mismo, sino solo en el barco. Los dos hombres estaban amarrados al timón, pero él quería estar listo por si los mataba. Y entonces la ola se los llevó. Nosotros, en la caseta, no podíamos ver la toldilla por las mil toneladas de agua que la habían golpeado. Aquella ola los barrió a todos, se llevó todo con ella: los dos oficiales, trepando por la jarcia de mesana, Samuel Henan corriendo hacia el timón, los dos hombres al timón, sí, y el timón mismo. Nunca volvimos a ver nada de ellos, que el barco se puso al través, pues había perdido el timón, y dos hombres de los nuestros se ahogaron arrancados de la caseta, sin contar al carpintero, que recogimos al pie de la toldilla con todos los huesos del cuerpo rotos, hecho como una pura gelatina.

Y aquí entra la maravilla del caso, el milagroso prodigio del espíritu heroico de aquella mujer. Margaret Henan tenía cuarenta y siete años cuando llegó a casa la noticia de la pérdida de Samuel; y no mucho después corrió por la isla de McGill el rumor increíble. Digo increíble. La isla de McGill no quería creerlo. El doctor Hall lo desdeñó. Todos se reían de ello como de una buena broma. Rastrearón el chisme hasta Sara Dack, criada de los Henan, la única que vivía con Margaret y su marido. Pero Sara Dack se mantuvo en lo dicho y la llamaron mentirosa deslenguada. Uno o dos se atrevieron a preguntar al propio Tom Henan, pero, aparte de miradas torvas y maldiciones por su atrevimiento, no sacaron de él nada.

El rumor se apagó, y la isla se puso a comentar con todo detalle la pérdida del *Grenoble* en los mares de China, con todos sus oficiales y media tripulación nacidos y casados en la isla de McGill. Pero el rumor no quiso quedarse apagado. Sara Dack se hizo más rotunda en sus afirmaciones, las miradas que Tom Henan echaba en torno se volvieron más torvas que nunca, y el doctor Hall, tras una visita a casa de los Henan, ya no lo desdeñaba. Entonces la isla de McGill se puso en pie, y hubo un tremendo agitar de lenguas. Era cosa antinatural e impía. Nunca se había oído cosa igual. Y cuando, con el paso del tiempo, se hizo manifiesta la verdad de lo que decía Sara Dack, la gente de la isla decidió, igual que el contramaestre de la *Starry Grace*, que solo el diablo podía haber metido mano en suceso tan aciago. Y la mujer, obcecada, según contaba Sara Dack, insistía en que sería varón. «Once hijos he parido —decía—, seis mozas y cinco mozos. Y ya que hay balanza en todas las cosas, balanza habrá conmigo. Seis de uno y media docena del otro: ahí está la balanza, y tan seguro como que el sol sale por la mañana, tan seguro será que ha de ser varón.»

Y varón fue, y un prodigio. El doctor Hall se deshizo en elogios de su perfección sin tacha y su fuerza descomunal, y escribió sobre él un folleto para la Sociedad Médica de Dublín, como el caso más interesante de su especie en toda su larga carrera. Cuando Sara Dack dio el peso increíble de la criatura, la isla de McGill se negó a creerlo y otra vez la llamó mentirosa. Pero cuando el doctor Hall dio fe de haberla pesado él mismo y de haberla visto marcar ese número, la isla de McGill contuvo el aliento y aceptó cuanto informe diera Sara Dack sobre el progreso o el apetito de la criatura. Y una vez más Margaret Henan llevó una criatura a Belfast y la hizo bautizar con el nombre de Samuel.

* * * * *

—Bueno como el oro era —me dijo Sara Dack.

Sara, cuando yo la conocí, era una solterona rolliza y flemática de sesenta años, dotada de una experiencia tan trágica y singular que,

aunque su lengua siguiera corriendo durante décadas, lo que contara seguiría siendo de interés imperecedero para sus comadres.

—Bueno como bueno —dijo Sara Dack—. Nunca se quejaba. ¡Se pasaba el día sentado al sol y no soltaba ni un ruido mientras no tuviera hambre! ¡Y qué fuerte era! El apretón de sus manos era como el de un hombre. Me acuerdo, cuando no tenía más que horas de nacido, me agarró tan fuerte que solté un grito del susto que me dio. Era la viva estampa de la salud. Dormía y comía, y crecía. Nunca daba trabajo. Nunca le quitó a nadie una noche de sueño, ni un minuto siquiera, y eso con la dentición y todo. Y Margaret lo mecía en las rodillas y preguntaba si había habido nunca mozo tan hermoso en los tres Reinos.

—¡Cómo crecía! Iba a la par de cómo comía. Al año tenía el tamaño de una criatura de dos. Era lento para andar y hablar. Salvo por ruiditos guturales y por andar a gatas, no llegaba a mucho en eso de andar y hablar. Pero era de esperar, con lo que crecía. Todo se le iba en criar fuerza y salud. Y hasta el viejo Tom Henan se animaba con su corpulencia y decía si había habido nunca cosa igual en los tres Reinos. Fue el doctor Hall el primero en sospechar, bien me acuerdo, aunque poco soñaba yo entonces en qué andaba él pensando. Le veía sostener cosas delante de los ojos del pequeño Sammy, y hacer ruidos, fuertes y suaves, lejos y cerca, en los oídos del pequeño Sammy. Y luego veía al doctor Hall marcharse, arrugando las cejas y meneando la cabeza como si la criatura estuviera enferma. Pero no estaba enferma, que yo lo podría jurar, viéndolo comer y crecer como lo veía. Pero el doctor Hall no le dijo palabra a Margaret, y yo no era quién para adivinar qué le tenía tan desconcertado.

—Me acuerdo de cuando el pequeño Sammy habló por primera vez. Tenía dos años y el tamaño de un niño de cinco, aunque todavía no se manejaba con lo de andar y seguía yendo a gatas, contento y tranquilo, sin dar más trabajo que el de comer a su hora, cosa que pedía con desusada frecuencia. Yo estaba tendiendo la ropa en la cuerda cuando sale él, a gatas, meneando de un lado a otro su

cabezota y parpadeando al sol. Y entonces, de repente, habló. Me quedé tan pasmada que por poco muero del susto, y bien que entendí entonces por qué meneaba la cabeza el doctor Hall. ¿Hablar? Nunca criatura de la isla de McGill habló tan alto y con tanto empeño. No había manera de confundirlo. Me quedé allí temblando de pies a cabeza. El pequeño Sammy rebuznaba. Se lo digo, señor, rebuznaba como un asno, así tal cual, fuerte y largo y con tal alegría que parecía que se le iban a reventar los pulmones.

—Era idiota, un monstruo de idiota, grande y espantoso. Fue después de hablar cuando el doctor Hall se lo dijo a Margaret, pero ella no quiso creerlo. Todo se arreglaría, decía. Era que crecía demasiado deprisa, y nada más. Dadle tiempo, decía ella, y ya veríamos. Pero el viejo Tom lo sabía, y nunca más volvió a levantar la cabeza. No podía soportar a la criatura, y no se atrevía a tocarla, aunque no he de negar que le tenía bien fascinado. Muchas veces lo vi mirándola desde una esquina, con los ojos como platos del horror; y cuando ella rebuznaba, el viejo Tom se tapaba los oídos con los dedos y ponía una cara tan lastimosa que me daba pena de él.

—¡Y vaya si sabía rebuznar! Era lo único que sabía hacer, aparte de comer y crecer. Cuando tenía hambre, rebuznaba, y no había manera de pararlo si no era con comida. Y siempre por la mañana, en cuanto llegaba a gatas a la puerta de la cocina y parpadeaba al sol, rebuznaba. Y fue el rebuznar lo que trajo su fin.

—Bien me acuerdo. Tenía tres años y era grande como un mozo de diez. El viejo Tom había ido de mal en peor, arando de un lado a otro los campos y hablando y musitando para sus adentros. La mañana de aquel día que digo, estaba sentado en el banco de fuera de la cocina, poniéndole el mango a un hacha. Sin que nadie lo notara, el monstruo idiota llegó a gatas a la puerta y rebuznó a su manera, al sol. Veo al viejo Tom sobresaltarse y mirar. Y allí estaba el monstruo idiota, meneando su cabezota, parpadeando y rebuznando como el gran asno enorme que era. Fue demasiado para Tom. Algo se le rompió por dentro de repente. Se puso en pie de un salto y descargó el mango del hacha sobre la cabeza del monstruo idiota. Y

le golpeó una y otra vez, como si fuera un perro rabioso y él le tuviera miedo. Y se fue derecho al establo y se colgó de una viga. Y yo no me quedé después de aquello, y me fui a vivir con mi hermana, que estaba casada con John Martin y bien acomodada.

* * * * *

Me senté en el banco junto a la puerta de la cocina y contemplé a Margaret Henan, mientras con su pulgar encallecido apretaba la brasa viva de su pipa y miraba a lo lejos, hacia los campos ensombrecidos por el crepúsculo. Era el mismo banco en que se había sentado Tom Henan aquel último día sangriento de su vida. Y Margaret estaba sentada en el umbral donde el monstruo, parpadeando al sol, había meneado tantas veces la cabeza y rebuznado. Llevábamos una hora hablando, ella con aquella lenta certidumbre de la eternidad que tan bien le sentaba; y, por más que hice, no logré poner el dedo en los motivos que corrían por la trama enmarañada de su carácter. ¿Era una mártir de la Verdad? ¿Tenía en sí la capacidad de rendir culto a un altar tan abstracto? ¿Había concebido la Verdad Abstracta como la única meta elevada del esfuerzo humano aquel día lejano en que puso a su primogénito el nombre de Samuel? ¿O era suya la testarudez obstinada del buey? ¿La fijeza de propósito del caballo terco? ¿La solidez del ánimo aldeano y voluntarioso? ¿Era capricho o fantasía? ¿La única veta de locura en una mente por lo demás eminentemente razonable? ¿O bien, volviendo sobre ello, era suyo el espíritu de un Bruno? ¿Estaba convencida de la razón intelectual de la postura que había tomado? ¿Era la suya una firme y esclarecida oposición a la superstición? ¿O era —pensamiento más sutil— que la dominaba una superstición más vasta y honda, un culto fetichista cuyo Alfa y Omega era el críptico *Samuel*?

—¿Me querrá usted decir —dijo ella— que si al segundo Samuel lo hubieran llamado Larry no habría caído en el agua hirviendo y se habría ahogado? Entre usted y yo, señor, y tiene usted cara de pocas luces, ¿habría el nombre cambiado algo de todos modos? ¿No se habría hecho la colada aquel día si hubiera sido Larry o Michael? ¿No

habría estado caliente el agua caliente, y no habría quemado el agua caliente, si hubiera tenido cualquier otro nombre que no fuera Samuel?

Reconocí lo justo de su argumento, y ella prosiguió.

—¿Cambia un nombrecillo de nada los planes de Dios? ¿Anda el mundo a tientes y a trompicones, y es Dios una criatura débil y vacilante que había de alterar el sino y el destino de las cosas porque este gusano de Margaret Henan tuvo a bien ponerle a su criatura el nombre de Samuel? Ahí está mi hijo Jamie. No quiere firmar el enrole de un finlandés ruso en su tripulación, por creer que los finlandeses rusos manejan los vientos y tienen el hacer del mal tiempo. ¿Piensa usted lo mismo? ¿Piensa usted que Dios, que hace soplar los vientos, va a inclinar la cabeza desde lo alto para escuchar la palabra de un finlandés ruso grasiento en el castillo de proa de algún barco sucio?

Dije que no, que desde luego que no; pero ella no estaba dispuesta a dejar de rematar su argumento.

—Entonces, ¿va usted a pensar que Dios, que dirige a los astros en sus cursos, y a cuyo pie poderoso el mundo no es más que un escabel, va usted a pensar que Él le va a tomar ojeriza a Margaret Henan y a mandar una ola enorme frente al Cabo para arrastrar a su hijo hasta la eternidad, todo porque ella se empeñó en ponerle Samuel?

—¿Pero por qué Samuel? —pregunté.

—Eso no lo sé. Yo lo quise así.

—Pero *¿por qué* lo quiso usted así?

—¿Y soy yo quien ha de responder a semejante pregunta? ¿Hay hombre, vivo o muerto, que pueda responderla? ¿Quién puede decir el *por qué* del gusto? Mi Jamie estaba loco por el suero de manteca, bebía de él hasta que, según decía él mismo, se le mojaban las muelas del fondo. Pero mi Timothy no podía sufrir el suero de manteca. A mí me gusta escuchar el trueno gruñendo y rugiendo y

desatándose. Mi Katie no podía sufrir el ruido de aquello, sino que tenía que chillar y revolotear e irse corriendo a meterse en lo más hondo de un colchón de plumas. Nunca he oído todavía la respuesta al *por qué* del gusto; solo Dios tiene esa respuesta. Usted y yo somos mortales y no podemos saberla. Bastante tenemos con saber lo que nos gusta y lo que no nos gusta. *Me gusta*: esa es la primera palabra y la última. Y detrás de ese gusto ningún hombre puede ir a buscar el *por qué*. A mí me *gusta* Samuel, y me gusta mucho. Es un nombre dulce, y hay en su sonido una maravilla rodante que pasa todo entendimiento.

El crepúsculo se hizo más denso, y en el silencio contemplé aquella espléndida cúpula de frente que el tiempo no había logrado estropear, la anchura entre los ojos, y los ojos mismos: claros, francos y de mirada amplia. Se puso en pie con aire de darme a entender que era hora de irme, y dijo:

—Va a ser un paseo a oscuras hasta casa, y va a caer del cielo más que un rocío de agua.

—¿Tiene usted algún remordimiento, Margaret Henan? —pregunté, de pronto y sin pensarlo.

Me estudió un instante.

—Sí: no haber parido otro hijo.

—¿Y usted lo habría...? —titubeé.

—Sí, lo habría hecho —respondió—. Ese habría sido su nombre.

Bajé por el camino oscuro entre los setos de espino, dándole vueltas al porqué del gusto, repitiéndome *Samuel* para mis adentros y en voz alta, y escuchando la maravilla rodante de su sonido, que había hechizado su alma y había llevado su vida por parajes trágicos. ¡*Samuel*! Había una maravilla rodante en aquel sonido. ¡Sí, la había!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB